

¿Cuánto tiempo estaré aquí?



MIGUEL OTERO SILVA

LA MUERTE DE HONORIO

Seix-Barral · Nueva Narrativa Hispanica

MIGUEL OTERO SILVA
LA MUERTE DE HONORIO

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

SEIX BARRAL

BARCELONA • CARACAS • MÉXICO

Autor: Miguel Otero Silva
©1975, Editorial Seix Barral, S.A.
Colección: Nueva narrativa hispánica
ISBN: 9788432213595
Generado con: QualityEbook v0.60

Sinopsis

La narrativa describe la situación de los presos políticos durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela. Debido a su lenguaje, temática y referencias directas, la novela fue censurada en España.

La novela consta de dos partes llamadas 'cuadernos'. El primer cuaderno se titula Cinco que no hablaron y narra el traslado por vía aérea de cinco presos (cuatro de los cuales habían sido torturados en las dependencias de la SN de El Paraíso) desde la Cárcel Modelo de Caracas a la Cárcel Nueva de Ciudad Bolívar.

Los cinco personajes son identificados por su profesión (El tenedor de libros, el periodista, el médico, el capitán y el barbero). El segundo cuaderno, titulado Honorio y su muerte, funciona como un epílogo a las historias de cada uno de los presos.

El hilo narrativo transcurre durante los meses finales de la dictadura de Pérez Jiménez y gira en torno a la figura de Honorio, de quien el resto de los presos se sienten en cierta medida padres emotivos.

MIGUEL OTERO SILVA

LA MUERTE DE HONORIO

Los personajes y el argumento de este libro son imaginarios. En cuanto a los maltratos que en él se narran son auténticos y fueron padecidos por venezolanos de carne y hueso en los años inmediatamente anteriores a 1958.
M.O.S.

A María Teresa

PRIMER CUADERNO

CINCO QUE NO HABLARON

EL YVC-ALI

EL YVC-ALI volaba sobre desamparados pajonales. El Médico —una frente cristalina fusionada al vidrio del tragaluz— atisbaba el desfile de verdes con obstinada fijeza, como si temiera olvidarlos. Al devolverle los anteojos, los objetos recuperaron su relieve y se disipó la bruma que a él lo distanciaba de los seres y de las cosas.

Las muñecas del Médico emergían penosamente de las mangas de la chaqueta, deformadas por la mordedura de las esposas, repugnantes rebanadas de carne rota y lívida. Aun en ese instante de tránsito entre cielo y nubes se engarzaba a la más maltratada de sus muñecas, la de la mano derecha, uno de aquellos garfios circulares que la habían roturado de magulladuras y heridas. Del aro de acero pendía una breve cadena que conducía a un aro similar ceñido a la muñeca izquierda de otro preso, su vecino de asiento.

Era el Barbero. Nunca antes se habían cruzado las vidas de estos dos hombres apareados ahora por argollas metálicas que fueron forjadas gemelas para maniatar a un solo prisionero. El Médico dedicó unos minutos a descifrar un rostro conocido bajo las facciones abotagadas de su acompañante pero renunció a ese inútil propósito y se consagró a otear los manteles de la sabana. El Barbero —patillas de prócer y camisa a cuadros— no miraba hacia la

ventanilla ni hacia el Médico. Sus ojos acechaban sin cesar la cabina del piloto como sus oídos recelosos captaban los ruidos más insignificantes. Era la primera vez que subía a un avión y, en verdad, no las tenía todas consigo. A cada cabezada entre las nubes agarrotaba ansiosamente la mano libre sobre el brazo del asiento, como si de esa manera lograse amortiguar la sensación de caer en un abismo que le crispaba los músculos del abdomen.

Dos hombres igualmente esposados viajaban en los asientos posteriores. El de la ventanilla —barba rubia de Corazón de Jesús añadida a un perfil satánico de Caronte al timón de su barcaza de condenados sin esperanza— era el Periodista. Se sabía de memoria las alternativas de aquel paisaje sobre el cual había volado tantas veces cuando era libre. Ahora lo miraba de reojo, silbaba entre dientes una vieja canción mexicana (*¡Si Adelita se fuera con otro...!*), o se inclinaba para hablar a su vecino, el Tenedor de Libros, a quien aventajaba en altura más de la cabeza.

El Tenedor de Libros —bajo de estatura pero ancho de hombros y forzado como un caletero del puerto— tenía el cabello blanco aunque era fácil advertir que las canas no definían su edad real, que esas greñas habían cambiado de color prematuramente. El Periodista y el Tenedor de Libros, afiliados a banderías políticas rivales, sostuvieron agrias discusiones en tiempos pasados. Un domingo de comicios por un tris no se fueron a las manos a escaso trecho de una mesa electoral. Se encontraban de nuevo en un avión o galera, mancornado el uno al otro por garabatos férreos, apersogados en un calabozo de aluminio que cruzaba el cielo rumbo a un destino incierto. Con la

primera mirada se pusieron de acuerdo para olvidar rencillas de una vida anterior. El Periodista rubricó el pacto con estas palabras:

—¡Compadre, qué viejo te han puesto!

Había un quinto preso en el avión. Era el Capitán —no vestía uniforme pero se traslucía el oficio militar del modo rígido de sentarse y de la altivez de la quijada—, arrinconado en un asiento de la banda derecha. El Barbero había tropezado su fotografía en las páginas de una revista. En cuanto al Periodista, lo conocía de cerca, tan de cerca que llegaron a conspirar juntos en reciente ocasión. Justamente por esa circunstancia no se saludaron al toparse frente a los muros de la cárcel ni se miraban durante la travesía. El Capitán contemplaba el paisaje con devoción parecida a la del Médico, no obstante que un ala del avión le cercenaba un buen trozo de lejanía. Como no hallaron pareja que le sirviera de yunta, los agentes engarzaron el aro libre de sus esposas a un brazo del asiento.

En el tragaluz del Médico los pajonales se sucedían salpicados de extrañas figuras amarillentas: círculos, elipses, parábolas de fango en cuyos bordes alazanos se aquerenciaba un matorral oscuro y compacto. Sobre una carretera de pesebre navideño resbalaba pausadamente un automóvil con dimensiones de insecto. Luego lo cubrió todo una planicie yerma y angustiosa.

Quince guardianes componían la custodia de los cinco prisioneros. Eran policías jóvenes, bien afeitados, vestidos

de limpio, pero repulsivos como el deslizamiento de una culebra, a quienes el pueblo llamaba simplemente *esbirros*. Ocupaban los asientos restantes o se mantenían de pie en el pasadizo vertebral del avión. El jefe de la comisión, algo menos joven que los otros, era el mismo sujeto manco que se había ensañado brutalmente con el Barbero a través de los interrogatorios y las torturas. Viajaba recostado a la cabina del piloto. Con su única mano fumaba cigarrillo tras cigarrillo y sacaba a relucir a cada instante un espejito para vigilar en su pequeña luna el proceso de un orzuelo que le maduraba a la orilla de un párpado.

Azul, plata y oro eran los tintes predominantes en el cielo luminoso de las cinco de la tarde. Un lampo de sol centelleaba sobre el ala derecha del avión, encandilaba al Capitán y lo obligaba a separar los ojos del postigo. Allá abajo se abría una inmensa ostra: era un lagunazo palpitante, de nacarados zanjones y afilados márgenes verdosos.

Al amanecer de aquel día había irrumpido un grito por entre los barrotes del calabozo donde yacía el Barbero amodorrado bajo un revuelo de moscas:

—¡Prepárese a salir! —tronó el oficial de guardia—. ¡Con sus corotos!

El grito se repitió ante la reja del calabozo del Periodista, ante la reja del calabozo del Médico, ante la reja del calabozo del Tenedor de Libros. Pero fue tan sólo después del mediodía cuando asomaron los cuatro civiles por el

portal de la cárcel donde habían sido recluidos una vez que concluyeron las torturas. El Capitán se les reunió afuera, en plena calle y al descender del *jeep* que lo había traído desde un fortín próximo al mar.

Allí, junto a los muros de la cárcel, estuvieron escasos minutos con sus pobres equipajes, sus humildes envoltorios que contenían enseres de elemental necesidad: un pantalón, una franela, un calzoncillo, un par de medias, una toalla, un jabón. Frente a ellos se afanaba el tropel de guardias con sus fusiles y sus ametralladoras. A lo lejos merodeaban los *esbirros* de revólver en mano. Un oficialillo pechisacado dirigía las operaciones, enfático y trascendental cual si se encontrara metido en la tremolina de un campo de batalla.

—Suban al autobús! —gritó.

Subieron los cinco presos, doce guardias armados y un *esbirro* que cargaba un cajón entre las manos. Se sentaron, cada preso con su guardia al lado. Los siete guardias sobrantes permanecieron de pie en el callejón central del vehículo y el *esbirro* depositó la nalga izquierda sobre un extremo del cajón que llevaba consigo. El oficialillo trepó al *jeep*, tomó asiento a la diestra del conductor y desde ese sitio continuó restallando voces de mando:

—¡Las tres camionetas a la retaguardia!

—¡Que me siga el autobús!

—¡No toquen corneta!

El *jeep* señaló el rumbo por entre las casas uniformes de un suburbio. Dejaron atrás las chimeneas de una fábrica y echaron por un camino ancho que escalaba una colina y al descender desembocaba en una avenida patrullada por árboles de gran tamaño. En la bocacalle se atravesó de improviso, como las vacas estúpidas de las carreteras provincianas, la motocicleta distribuidora de una tintorería.

—¡En guardia! —gritó el tenientillo desde su atalaya. El cortejo se detuvo en seco y los *esbirros* saltaron de las camionetas con las ametralladoras en posición de disparar. El inmigrante portugués que conducía la motocicleta, petrificado por el pánico, no lograba realizar movimiento alguno ni articular palabra de disculpa. Más aún, no volvió a respirar hasta tanto el oficialillo comprendió que no se trataba de un terrorista en misión de exterminio sino de un repartidor de ropa limpia, y ordenó proseguir la vía que bordeaba la ciudad y tenía fin en el aeropuerto.

En mitad de la pista los esperaba este pajarraco de dos motores con las letras de su sigla resaltantes en grandes trazos negros: YVC-ALI. El oficialito extremó su griterío de inflexiones marciales para dar adecuado remate a aquella acción riesgosa cuyo gobierno lo colmaba de satisfacción y de orgullo. Dentro de algunos momentos al calor de la sopa, o tal vez esta noche después de cepillarse los dientes referiría los pormenores de la empresa a su joven esposa boquiabierta de admiración:

—Hoy transporté cinco presos políticos peligrosos desde la Cárcel Modelo hasta el aeropuerto...

El último *esbirro* en subir al avión fue aquel que cargaba la caja de madera. La abrió mientras el piloto calentaba los motores y sacó a la luz los pares de esposas que engarzó, en silencio y sin alzar la mirada, a los cinco prisioneros.

—¡Nos abrocharon el cinturón! —se atrevió a apuntar burlonamente el Médico al escuchar el clic metálico que maniataba una de sus muñecas a otra del Barbero.

—¡Se prohíbe hablar en voz alta! —gruñó en respuesta el jefe de la comisión y miró al Médico con ojos de amenaza.

—«Se prohíbe hablar en voz alta...». ¡Qué cretino! —susurró el Periodista tan quedamente que sólo el Tenedor de Libros pudo oírlo

—. Si conociera verdaderamente su oficio de policía habría dicho: (¡Se prohíbe hablar en voz baja...».

Pero eso sucedió antes de despegar. Ahora habían transcurrido más de sesenta minutos de vuelo hacia el sudeste y desde la ventanilla del Capitán se divisaban sucesivamente los tejados de una población, los árboles acorralados en los patios de las casas, las lajas grises de las afueras, un hombrecito a caballo que emprendía una ruta rumbo al sur.

—Es Maturín —dijo el Capitán sin atenerse a la prohibición de hablar en voz alta—. Seguramente vamos hacia la cárcel de Ciudad Bolívar.

La tripulación del YVC-ALI se reducía al piloto y al

copiloto. Ambos ardían en deseos de demostrar que no tenían participación voluntaria en aquel transporte de hombres encadenados. El copiloto surgió de la cabina, enfundado en el traje azul de reglamento, portador de una bandeja cubierta de sándwiches que había preparado para los cinco presos.

—¿Dónde va usted? —lo detuvo el jefe de la comisión—. Está prohibido terminantemente hablar con los detenidos. Se había interpuesto en su camino, empuñando el revólver con la mano que le quedaba. El copiloto lo miró desabridamente, se dio vuelta sin mayor prisa y regresó a la cabina con la pirámide de sándwiches intocados.

Sobre una nueva planicie brotaron arañas oscuras de árboles apretados en pequeños bosques. Más adelante clareó el verdor tierno de una meseta sobre cuyos declives correteaba alegremente el sol rubio del atardecer. Finalmente le nacieron senos diminutos a la sabana adolescente. Y le manchó el delantal una lagartija de fango que el Médico no distinguía si era vereda o riachuelo.

—Nunca he visto el Orinoco —dijo el Barbero al Médico sin desviar los ojos de las luces que les aconsejaban, como si se tratara de pasajeros dueños de sus actos: *“Abróchese el cinturón”*. *“No fume”*.

—No conozco el Orinoco —dijo casi simultáneamente el Tenedor de Libros al Periodista.

Sus vecinos les habrían cedido gustosamente los puestos adyacentes a las ventanillas pero el entrecruzamiento de

las esposas no lo permitía. A la distancia caía la lluvia en encajes plateados. Una lluvia aislada y homogénea como una torre, cimbrada por los aletazos del viento.

—Estamos muy cerca del gran río —murmuró el Médico casi al oído del Barbero—. Podrás verlo cuando aparezca, si te inclinas un poco.

—No vale la pena que lo veas desde arriba —dijo en cambio el Periodista al Tenedor de Libros—. Cuando quieras conocerlo, tendrás que pasarlo en barco. Desde aquí es un canal de agua sucia como cualquier otro canal de agua sucia.

El YVC-ALI se zambulló de pronto en una nube algodonosa que navegaba a la deriva en sentido contrario. Los cristales se empapelaron de blanco y el avión bailoteó torpemente en la entraña deshilachada del cirro. El Barbero engarfió la mano libre sobre el filo del asiento y blasfemó enfurecido:

—¡Me cago en ángeles y serafines!

Pero salieron aprisa de la nube y se aproximaron a las primeras montañas después de tanta llanura. El río era una enorme cinta opaca más allá de una aldea de pescadores. Un universo de agua turbia osciló al vaivén del descenso del avión. Dos peñascos erigieron sus aristas musgosas en mitad de la corriente. Cruzó en diagonal una lancha de motor embanderada. Y ya estaban en la orilla opuesta. El gran río hizo su aparición con tal brusquedad y se desvaneció tan fugazmente que el Periodista se sintió

obligado a consolar al Tenedor de Libros:

—Te lo advertí, compadre. El Orinoco no lo hizo Dios para volarle por encima sino para atravesarlo en una chalana. Descendían sobre casitas dispersas, árboles magníficos y verdes violentos. Después surgieron los tejados mohosos de una ciudad que trepaba a una roca para enguinaldarse con la blancura de un cementerio. Por último las ruedas tocaron tierra a saltitos de cabra y el avión se detuvo en un rústico campo de aterrizaje circundado por una alambrada.

Desde los postigos se observaba el revuelo de guardias y *esbirros* bajo un tinglado de zinc. El Capitán, ya liberadas las manos del cerco de las esposas, fue el primero en bajar por la escalerilla. A los pocos peldaños se volvió hacia el Tenedor de Libros que seguía sus pasos y le informó escuetamente:

—La cárcel queda muy cerca.

Quedaba a unos trescientos metros de arena apisonada, en línea recta. El trayecto lo recorrieron en camionetas de la policía, siempre encañonados por ametralladoras y fusiles. Cuando los vehículos cruzaron la verja exterior de la cárcel, comenzaba a anochecer sobre los altos muros grises y una paloma montaraz cantaba desgarradoramente desde un árbol lejano.

Ya todos de nuevo en tierra, el jefe de la comisión de *esbirros* tomó la vanguardia, franqueó una puerta y marchó a lo largo de un corredor en penumbra. A mitad de

ese corredor, frente a un pequeño jardín donde campeaba entre plantas rastreras un naranjo retorcido, estaba situada la oficina del alcaide. La primera autoridad del penal los esperaba con un libro de tapas negras abierto sobre el escritorio, un revólver a su alcance en una mesita cercana y un tufo de aguardiente en el aliento.

El jefe de la comisión hizo entrega formal de los presos confiados a su custodia. Se adelantó hasta el borde del escritorio y consignó solemnemente en manos del alcaide un sobre largo de los llamados de oficio.

El alcaide, un tipo desgarrado y canoso, requirió sus nombres a los recién llegados y los anotó cuidadosamente en las páginas centrales del libraco negro.

—Salvador Valerio —dijo el Médico.

—Eugenio Rondón —dijo el Periodista.

—Luis Carlos Tosta —dijo el Tenedor de Libros.

—Nicolás Barrientos —dijo el Barbero.

—Roseliano Luigi—dijo el Capitán.

El jefe de la comisión deslizó una advertencia malvada:

—Me permito poner en conocimiento del alcaide que se trata de cinco conspiradores muy peligrosos.

El alcaide deshojó una sonrisa alcohólica, acarició al

desgaire la cache de su revólver y respondió:

—Vamos a ver si aquí lo siguen siendo.

Aparecieron finalmente seis guardias uniformados y se apresuraron a conducirlos al interior de la cárcel, cada preso con su mezquino envoltorio de ropa, cada preso con sus muñecas magulladas, cada preso con su hambre y con su sed.

La noche había ennegrecido las hojas del naranjo y el gris de las paredes. Los pasos de los guardias y los de los cinco presos se alejaron por un largo pasadizo oscuro. Al fondo se encendió una luz, se descorrió un cerrojo y se abrió una reja.

EL TENEDOR DE LIBROS

CUANDO el Tenedor de Libros comenzó a referir su historia, ya habían vivido tres noches y tres días en un calabozo sin más luz que la destilada por un par de bombillas lánguidas que colgaban del techo. La misma noche de la llegada, tan pronto se cerró tras los pasos de los presos el candado de la reja, los guardias se marcharon y aparecieron cuatro *esbirros* cargados de martillos, clavos y cartones cortados en láminas de gran tamaño. Con atropellada prisa, porque tenían órdenes de finalizar el trabajo antes del pito de silencio, se pusieron a clavetear los bordes de los cartones sobre las paredes exteriores, movidos por la determinación de tapiar totalmente el área de los barrotes y cerrar el paso al más tenue soplo de aire y a la más diminuta gota de luz. Pero no se conformaron con

tabicar la puerta enrejada sino que a los pocos minutos se escuchó su martilleo al otro lado del calabozo, en lo alto del muro que daba al extenso patio interior, indicio de que clavaban los últimos cartones sobre el boquete de las claraboyas, trepados seguramente a una escalera. En el primer momento los cinco presos no concedieron mayor importancia a aquella operación de los *esbirros*, tal vez porque era de noche e igualmente oscuro estaría el calabozo sometido a la barrera de cartones que libre de ella. Pero a las pocas horas, cuando amaneció para el resto de la humanidad mientras ellos seguían entreviéndose las caras y los gestos al parpadeo descolorido de las dos bombillas, no obstante que diez palmos más allá alumbraría las cosas un sol majestuoso, apreciaron cabalmente el lóbrego propósito de los espesos cartones y del afanado clavetear.

En el interior del calabozo hallaron cinco camas de hierro, una en cada ángulo del rectángulo y la quinta al centro, adosada a la pared del fondo. Los cuatro primeros en entrar al recinto se dirigieron maquinalmente hacia las camas de los rincones y tomaron posesión de ellas, adjudicando así en forma tácita la del centro al Médico, último en cruzar la reja. Aunque viéndolo bien no existía diferencia alguna que justificara tal discriminación, ya que las cinco camas eran igualmente estrechas y las cinco colchonetas parejamente desguarnecidas de relleno.

Al día siguiente, no bien se abrió de nuevo el candado para dar entrada a dos cocineros o pinches italianos que llevaban el rancho del desayuno, la voz metálica del Capitán interpeló al *esbirro* que permanecía vigilante

junto a la puerta:

—¡Oiga usted! ¿Dónde hace uno sus necesidades?

El *esbirro* por respuesta lo guió hasta el cuarto vecino, un calabozo de parecidas dimensiones pero no ocupado por presos sino por lavamanos, letrinas y regaderas. Un vaho de asquerosa fetidez se adelantó a recibirlo y lo obligó a detenerse unos segundos bajo el dintel de la puerta. Era un olor viscoso a orines rancios, a excrementos recientes, a grasa de comidas descompuestas, a mugre de ropa sudada y vuelta a sudar, todo mezclado hasta confundirse en una misma, indivisible y repugnante emanación.

A un costado de la reja esparcían los urinarios en fila su agrio berrenchín de cien meados distintos. Más atrás, incrustados a un tabique de ladrillos, seis lavamanos de cemento habían servido también de fregaderos para los platos pringados por las sobras del rancho, y de bateas para enjuagar otros presos sus calzoncillos sucios. Al término del calabozo, dentro de los cuatro cuartuchos desproporcionados que sobresalían del muro posterior, se encontraban en los de la izquierda los dos excusados sin poceta sobre los cuales era necesario agacharse para defecar, y en los de la derecha las dos regaderas mohosas enfrentadas desde su altura a los albañales del piso.

El Capitán recordó involuntariamente su frasco de agua de colonia, la esfera negra de su jabón inglés, su bata de rosetones rojos, el chorro de agua humeante estallando sobre el blancor lustroso de la bañera, toda la confortable pulcritud de su apartamento de soltero. Fue una evocación

impertinente que espantó como si se tratara de un engorroso moscardón, porque no había otra salida sino hacerle frente al hálito innoble y avanzar resueltamente hacia el excusado sin poceta y hacia la herrumbrosa regadera.

En cuanto al desayuno, era una bazofia sin tapujos. Lo componían un pocillo de avena con gorgojos y tan aguada que aparentaba ser caldo de enfermo, un pequeño pan bastante duro y un atisbo de pésima mantequilla, o más propiamente margarina, o todavía más propiamente grasa amarilla. Los cinco presos recibieron los platonos de manos de los cocineros italianos y se trasladaron a sus camas con el objeto de utilizar las propias rodillas a modo de mesa.

—Se necesita un hambre como la nuestra para comerse esta porquería —refunfuñó el Periodista.

—Y haber pasado lo que hemos pasado —agregó el Barbero desde su rincón.

Aludía a la etapa de las torturas. Cada uno había llegado con su tortura auestas, con la mente desquiciada por los vejámenes y las violencias, con las huellas materiales de los maltratos en el cuerpo. Hundirse en la entraña de aquella dura cárcel significaba, visto desde cierto ángulo, una liberación. Ya no eran detenidos sospechosos en cuyas memorias permanecía encerrado algo y a quienes se pretendía arrancarles la confesión de ese algo por medio del suplicio, sino presos definitivos que ya habían dicho cuanto tenían que decir, o nada habían dicho, y esperaban

tan sólo una larga ración de olvido entre los muros de un calabozo.

El rancho del mediodía era un mazacote de macarrones tan detestablemente preparados que nadie al probarlos habría osado sospechar la nacionalidad italiana de los cocineros, a más de unas cucharadas de arroz y un pocillo de café turbio. El rancho de la noche, a su vez, consistía en un trozo de carne de desecho, más pellejos que carne, con papas mal guisadas y un pedazo de pan.

—Este cocinero no debe haber sido cocinero en su patria sino criminal de guerra —sentenció el Médico en el trance de hacer frente a los macarrones del primer almuerzo, sin sospechar que decía la verdad porque no otro destino había cumplido catorce años antes Genaro Mangani.

El rancho infame, las visitas a las letrinas, los sombríos cartones que amordazaban la luz del día, la malevolencia del cocinero Genaro, las penalidades inmediatas y comunes fueron los temas invariables de las conversaciones entre los cinco presos, hasta el momento en que se decidió a referir su historia el Tenedor de Libros. ¿Podían hablar de otros asuntos en aquellos primeros días? Ningún nexo anterior, ningún recuerdo o resonancia los unía. El Barbero era un absoluto desconocido para sus cuatro compañeros. En cuanto al Capitán, apenas el Periodista había cruzado un puñado de frases con él, en el cuchicheo de una conspiración. Y si bien resultaba cierto que el Tenedor de Libros, el Médico y el Periodista eran antiguos conocidos, no menos verdad venía a ser que nunca se encontraron en la calle como amigos sino como

adversarios políticos distanciados por antagonismos teóricos y tácticos.

La situación comenzó a cambiar al cuarto día, cuando emprendió su relato el Tenedor de Libros.

—Yo era el jefe de los servicios especiales del partido —contestó.

Habían engullido entre aspavientos de grima el rancho de la noche y al Tenedor de Libros le correspondió el turno de lavar los platos en los fregaderos del calabozo vecino. Al regreso se tendió sobre su colchoneta y respondía ahora a una pregunta que le había formulado el Médico tras tomar asiento cerca de los pies de su interrogado, sobre el duro larguero de la cama de hierro. Los otros se acercaron lentamente al oír las palabras iniciales del Tenedor de Libros y permanecieron largo tiempo parados e inmóviles escuchando su relato.

—¿Servicios especiales? —indagó el Médico.

—Sí, servicios especiales —repitió el Tenedor de Libros—. De esa manera llamábamos a un organismo creado con la finalidad de fomentar el derrocamiento de la dictadura por medio de la violencia. Nuestros objetivos esenciales eran obtener revólveres y fusiles, adiestrar a unos cuantos compañeros en el manejo de esas armas y establecer contactos con militares dispuestos a participar en una conspiración.

(Estos hombres son mis compañeros de prisión, no mis compañeros de partido, no debo olvidarlo. Rechazo, pues, la tentación de contarles mi vida entera. He comenzado por hablarles de nuestro trabajo clandestino pero esas cosas suceden mucho después de mi llegada a la capital. Racimos de años anteriores me aburro en mi pueblo natal, cavilando detrás del mostrador de la bodega, o mezclado al griterío dominical de las peleas de gallos, o sumergido en la lectura con retraso de los periódicos de Caracas. Un buen día esos periódicos hablan de libertades democráticas, de partidos políticos recién nacidos, de nuevos horizontes para la historia, y yo decido marcharme de este caserío donde la palabra horizonte suena a sarcasmo. No me despido de nadie, ni de la viuda de don Agapito que me abre la puerta a medianoche, ni siquiera de mi padre. Echo mano de los ahorros que guardo en un baúl de latón cobrizo cruzado por franjas de madera y trepo a un camión que arranca rumbo a Caracas con su carga de plátanos verdes. En la capital vive mí padrino, un agente viajero veterano que en repetidas visitas al pueblo ha prometido conseguirme un empleo acorde con mis aptitudes y merecimientos. Mi padrino llega siempre a la bodega con su sonrisa de buen vendedor y dice: «Véngase conmigo, ahijado, y no le va a pesar».)

—Teníamos en depósito más de veinte revólveres, un número crecido de armas blancas y unos cuantos fusiles —prosiguió la voz del Tenedor de Libros—. Pero nuestra

actividad más rendidora era la producción de bombas, industria que llegamos a perfeccionar notablemente. No exagero si les digo que ya habíamos fabricado como doscientas bombas incendiarias y más de trescientas de un modelo especial ideado por nosotros.

(El chofer que me conduce a Caracas detiene su camión frente a una posada de las afueras y en ese mismo sitio encuentro hospedaje. Me consagro sin dilación a la busca de mi padrino y, tras perderme muchas veces como le sucede a todo aquel que en Caracas pretende dar con una dirección, llego a una casa de donde se ha mudado y luego a otra que ha desalquilado recientemente sin dejar señas. Deduzco que mi padrino andará por las poblaciones del interior en persecución de compradores para sus mercancías y como no es ésa razón suficiente para darme por vencido, decido ir en demanda de un empleo por mis propios pasos. Justamente en una página del periódico que tengo entre las manos resaltan al centro de un pequeño recuadro las siguientes letras:

**SE SOLICITA UN TENEDOR DE LIBROS
QUE SEPA INGLÉS Y MECANOGRAFÍA**

y aunque no soy tenedor de libros, y a pesar de que mis conocimientos de inglés se limitan a un centenar de palabras pescadas en la escuela del pueblo, y no obstante que en lo referente a mecanografía sólo he tenido oportunidad de teclear con un dedo, en una remington decrépita y sin eñes, las galeradas del inventario que me dictaba muy despacio el dueño de la bodega, considero

que nada arriesgo si acudo a solicitar aquel cargo vacante. Recorto del periódico el trozo reducido donde se arrincona el anuncio, me guío por las indicaciones que ahí aparecen y voy a parar a un portón con escaleras y después a un segundo piso oscuro y oloroso a tabaco turco. Me recibe, atrincherado en el inmenso escritorio que resalta bajo la luz de una ventana, un libanés bigotudo, agente de los camiones Diamond T. Me pregunta sin saludarme si yo sé inglés, mecanografía y teneduría de libros, a lo cual respondo que tengo conocimientos suficientes de las tres materias pero no me considero todavía experto en ninguna de ellas. Quiere saber en seguida si yo tomo aguardiente y no vacilo en declararle que soy abstemio de nacimiento y de hábito, afirmación que le complace a ojos vistas y en grado superlativo. Me confiesa afligido que no tuvo más remedio sino despedir a su tenedor de libros de toda la vida, un profesional inteligente y entendido en el oficio, porque se convirtió en borracho consuetudinario. Me advierte finalmente que ha rechazado en las últimas horas a varios aspirantes al puesto, a causa del tufillo alcohólico que les reparó al hablar. Mi sobriedad le suscita una satisfacción tan exagerada que me concede el empleo sin preocuparse de comprobar mi capacidad y sin añadir nuevas preguntas. Jamás pensé que fuera tan fácil llegar a ser tenedor de libros.)

—Las bombas —explicó con amor propio de artesano el Tenedor de Libros— eran elaboradas por nosotros a base de *niples* de buen tamaño que cruzábamos de incisiones semejantes a las de las piñas y rellenábamos de material

explosivo. Recurrimos a un procedimiento que consistía en adaptar al tope de los *niples* un resorte provisto de arandela y añadirle un fleje de seguridad que sobresalía como el asa de una lamparilla. Estallaban al caer, cuando el resorte liberado del fleje oprimía un pitón de arma de cacería, y se originaba la explosión. O mejor dicho, fueron fabricadas para estallar al caer y nunca cumplieron su misión. Porque el atentado que habíamos preparado para eliminar al dictador, al pie de una estatua y en mitad de un discurso conmemorativo, no llegó a realizarse. La víspera le explotó una de nuestras bombas entre las manos a un par de compañeros encargados de almacenarlas y transportarlas. Olvidaron pasar el fleje de seguridad y, al manipularla, la bomba rodó al suelo, reventó furiosamente y abrió una tronera en la pared del rancho donde se encontraban. Uno de los compañeros murió en el acto pero el otro fue capturado agonizante cuando la policía acudió al estampido. Lo hallaron tendido entre sangre y despojos, a un milímetro de la muerte, despedazado, delirante, enloquecido. Tan enloquecido que antes de morir respondió tontamente a cuanto le preguntaron, sin darse cuenta de que hablaba frente a la policía, y suministró de esa manera los datos que han servido para desbaratar nuestros servicios especiales. Por ese motivo me encuentro entre ustedes.

(Al observar los balances pulquérrimos y la intachable caligrafía de mi antecesor me resulta inadmisibile el calificativo de borracho consuetudinario que le adjudica el patrón. Me ciño al modelo de esas cuentas ejemplares, apelo a la lógica y al sentido común cuando surge una

dificultad inesperada, y al poco tiempo doy la impresión de verdadero tenedor de libros. El inglés sólo se requiere para traducir las cartas que envía la Diamond T Motor Truck Company desde Chicago, Illinois, tarea factible palabra por palabra con la cooperación de un diccionario de bolsillo, porque las cartas son muy breves, con más cifras que letras y bastante parecidas entre sí. Al principio pretende mi patrón que yo responda la correspondencia en inglés, empresa superior a mis fuerzas y a las del diccionario, pero le arguyo en forma convincente que así como él dispone de un traductor del inglés al español, con mayor razón tendrá a su servicio la poderosa Diamond T de Chicago uno o varios traductores del español al inglés. No logro ocultarle, en cambio, mi estilo de escribir a máquina, con un solo dedo y rebuscando las letras en el tablero, ya que el libanés me sitúa en un escritorio vecino al suyo y por encima del borde de sus espejuelos me mira trabajar. El primer día frunce el ceño peludo pero luego se resigna al cachazudo picoteo de las teclas y se limita a sonreír socarronamente mientras yo tardo en encontrar el rincón de la q.)

—Cuando habló el agonizante y la policía se sirvió de sus palabras para arrestar a varios compañeros pertenecientes a nuestros servicios especiales, deduje que sobre la marcha asaltarían el escondrijo donde yo me hallaba refugiado. Decidí trasladarme esa misma madrugada a la quinta de un abogado amigo del partido, casa que nunca había sido allanada hasta ese momento. Se tenía acordada con los habitantes de la quinta una señal de prevención, la cual consistía en que ellos encendieran dos focos de luz eléctrica, colocados en los ángulos superiores de la pared

que se alzaba más allá del jardín, al observar el menor signo de vigilancia policial o al abrigar la más mínima sospecha de allanamiento. El resplandor de las dos luces se divisaba desde lejos como los faros del mar y daba tiempo a torcer el rumbo sin llegar a penetrar en la zona de peligro. Pero aquella madrugada los focos estaban apagados. Nuestro automóvil se acercó sin recelos hasta la verja, subimos desprevenidos los escalones de la entrada y mi acompañante abrió la puerta con la llave que le había sido confiada. En la antesala nos esperaban agazapados quince *esbirros* armados hasta los dientes. Los dueños de la casa, el abogado y su esposa, sorprendidos en pleno sueño por el asalto, inmovilizados a punta de revólveres en su habitación, no consiguieron en ningún instante la oportunidad de encender las luces de alarma.

(Mis cualidades de oficinista toman vuelo en cuanto me inscribo como alumno en una escuela de comercio donde me convierto al cabo de un año en experto tenedor de libros con diploma, acreciendo considerablemente mi vocabulario inglés, y aunque sigo ejecutando en la máquina mis solos de dedo índice por no llevarle la contraria a un resabio tan arraigado, lo practico con tal velocidad que quien me oye escribir a distancia se imagina que empleo los cinco dedos de ambas manos. He consumido varios meses en recibir facturas y formular pedidos a la casa Diamond T de Chicago sin que un solo hecho merecedor de un recuerdo, salvo ese aprendizaje, me acontezca en la capital. Todas las aventuras trascendentales se conjuran para salirme al paso la misma noche cuando, atraído por las letras rojas de los

carteles acudo a un mitin político que se celebra en el circo de toros. Como el gentío desborda las arenas y atesta los palcos, me relego a las últimas gradas del tendido, junto a la baranda que limita por arriba con las estrellas del cielo y por abajo con los gritos de la calle. A Dios gracias me toca al lado una jovencita vestida de azul y dueña de unos ojos increíblemente negros, a veces dulces como gotas de miel y otras relampagueantes como lengüitas de fuego, que no obstante la ostensible compañía de su madre, responde llanamente a cuantas preguntas le hago. Tras mucho andar por las ramas me decido a pedirle su nombre y la dirección de su casa, y también los dice, sin parar mientes en que ya la madre comienza a ponerse sobre ascuas ante un palique tan prolongado con un desconocido. Entre tanto desfilan por la tribuna los oradores secundarios y es casi la medianoche cuando se levanta a hablar un poeta cuya presencia atrae diez mil miradas y da origen a un silencio que cubre todo el circo. La voz quebrada del poeta dice palabras conmovedoras que humedecen los ojos dulcísimos de mi vecina, y lo grave es que a mí me sucede algo semejante, aunque vuelvo el rostro hacia las luces de la calle para disimularlo. El orador refiere después una anécdota que nos hace reír a ambos y en las frases finales describe las penalidades de nuestros campesinos sin tierra, de nuestros niños sin escuelas y de nuestros obreros sin justicia. Su discurso me emociona de tal manera que al concluir el mitin me aproximo a un negro de brazalete blanco que cumple funciones de vigilancia a la puerta del circo y le pregunto cuáles formalidades se requieren para inscribirse en el partido. Me dicta una dirección y la copio en el mismo trozo de papel donde he

escrito antes las señas de la muchacha del vestido azul y los ojos negrísimos de almíbar y candela. Una corazonada me anuncia que estas dos hileras de números y palabras, trazadas de prisa al respaldo de un volante de propaganda, ejercerán influencia definitiva sobre mi destino. Puedo asegurarlo desde ahora sin riesgo a equivocarme: el destino del Tenedor de Libros se sentenciará mañana cuando en la sede del partido estampe su firma al pie de una solicitud en blanco y cuando toque a la puerta de una casita con zaguán en una calle estrecha de la parroquia de San José.)

—Entraban y salían comisiones en tumulto por las puertas del edificio de la Seguridad Nacional. Descubierta nuestro plan de atentar contra la vida del dictador, se ordenaban y se llevaban a cabo detenciones una tras otra, las primeras originadas por las confesiones del moribundo, las segundas por delaciones de los espías y las últimas por declaraciones arrancadas a algunos torturados. A mi persona no le atribuyeron mayor importancia en ese primer episodio puesto que se limitaron a cachearme minuciosamente, a preguntarme el nombre, que di uno falso, y a lanzarme como un fardo sobre el piso de un calabozo del sótano. La redada había sido cuantiosa y en aquellas covachas húmedas se amontonaban los presos a razón de quince por cada celda. En esas condiciones pasamos todo un día y toda una noche sin que nadie se ocupara de nuestra existencia. Al siguiente amanecer, cuando los *esbirros* armados de ametralladoras y revólveres fueron a sacarnos de los calabozos y nos obligaron a subir en fila india hasta un amplio salón del

piso superior, comprobé que los detenidos éramos sesenta justos. Los sesenta fuimos desnudados en cueros, esposados con las manos hacia la espalda, y luego se nos ordenó mantenernos en inflexible posición de firme, cada uno a tres metros del otro más próximo, a lo largo y ancho del salón. Por entre nosotros caminaban de arriba abajo los *esbirros*, provistos entonces de machetes desenvainados, profiriendo injurias y amenazas sin dejar de vigilar nuestros movimientos. El jefe de la Brigada Política, un hombretón de cara redonda y aceitunada, ojos rayados de mestizo al borde de blanco y vozarrón de perdonavidas, se había sentado a horcajadas sobre una silla de cuero, junto a la puerta lateral del salón. Desde allí nos llegaba como un latigazo su grito insolente: «¡Para comer, beber agua y acostarse a dormir, se necesita hablar! ¡Y el que no hable, se jode!».

(A partir de la noche del mitin mi vida cambia radicalmente. Ingreso al partido y me dedico a trabajar con ahínco en los comités de los barrios populares, a estudiar el programa como un catecismo. Pocos meses bastan para convertirme en personaje muy estimado por todos. Nunca hablo en los mítines porque me faltan dotes de orador, ni escribo artículos en los periódicos porque tampoco nací con disposición para la literatura, pero desempeño funciones de innegable utilidad, tales como llevar los libros donde constan los nombres y las contribuciones de los militantes, o garantizar que bajo mi inspección los organismos de base se reúnan regularmente. Adquiero en el seno del partido los amigos que siempre me han faltado, varios de ellos mucho más

cultos que yo, figuras auténticas con títulos universitarios y renombre nacional, y otros de mi misma procedencia humilde y de mis mismas costumbres sencillas. Juntos integramos una gran familia consagrada a luchar por un ideal común de justicia y libertad para nuestro país, una gran familia formada por los hombres y mujeres más capaces y más probos. Somos distintos a los demás, somos mejores que los demás, así lo veo yo claramente, así lo sostengo contra viento y marea, sin importarme un bledo que me acusen de sectarismo quienes no disfrutaban del altísimo privilegio de pertenecer a las filas de nuestro partido.)

—Ninguno de los sesenta hombres desnudos y esposados podía deslizarse una pulgada de su sitio, ni abandonar un segundo su posición de firme, sin que cayeran sobre él los insultos y los planazos de los *esbirros* —siguió contando la voz del Tenedor de Libros—. Al paso de las horas se agravaba el dolor de la cintura, se hundían los garfios de ese dolor como clavos enterrados en la carne y en los músculos, se volvían anillos de plomo las vértebras de la columna, flaqueaban las piernas como las de los enfermos. No nos dieron un trago de agua ni una pizca de pan, y de ese modo desfiló aquel día y su noche, y el otro día y su otra noche, en medio de un silencio insoportable que a ratos rompía el jefe de la Brigada Política con sus gritos insolentes: “¡Para comer, beber agua y acostarse a dormir, se necesita hablar, grandes carajos! ¡Y el que no hable, se jode!».

También se escuchaban de vez en cuando los improperios de los *esbirros* y el golpe seco del plan del machete sobre las espaldas de un compañero que había

abandonado la posición de firme, derrengado por el dolor de la cintura, por la sed, por el cansancio o por el sueño.

(La muchacha de los ojos negrísimos se llama Mercedita Ramírez y nos enamoramos el uno del otro al mismo tiempo y con igual intensidad, es decir, hasta los huesos. Mercedita Ramírez está sentada junto a mí en un banco del parque y yo la beso en los ojos y en la boca sin escuchar sus súplicas asustadas: «¡Cuidado, que la gente nos está viendo!»). Mercedita Ramírez tiembla y sus ojos se vuelven lengüitas de fuego cuando yo la estrecho entre mis brazos en el zaguán de su casa a la hora de la despedida. Decido casarme con ella después de pedirle un aumento de sueldo al agente de los camiones Diamond T y obtenerlo de inmediato, en virtud del terror que hace palidecer al libanés ante la sola suposición de perder los servicios de un tenedor de libros abstemio y competente como yo. Nos casamos un sábado por la tarde en la iglesia de San José, apadrinados por jefes muy prominentes del partido, entre ellos el poeta de los prodigiosos discursos, quien improvisa unas décimas en nuestro honor a dos dedos de la copa de vino espumante. El partido crece en los poblados y en los campos, el partido gana cuantas elecciones se celebran, y el amor de Mercedita Ramírez es tan dulce como lo prometía el azúcar de sus ojos. Yo me siento trepado a la cumbre más alta de la humana felicidad y bendigo el martes en que se me ocurrió abandonar mi pueblo, saltar al entarimado de un camión de carga y lanzarme a buscar fortuna por las calles de la capital. Mercedita Ramírez vestida de blanco me pregunta: «¿En qué piensas?». Y yo le respondo sin

vacilar: «En mi mujer».)

—Setenta y dos horas consecutivas se mantenía montado aquel espectáculo implacable, empeorado por el mal olor de los orines y de los excrementos, ya que ni para librarnos de eso nos permitían movernos de lugar, cuando observé que empezaba a resquebrajarse la moral de cuatro o cinco presos. Lo deduje de su manera de mirar a los *esbirros*, de su manera de no mirarme a mí, del temblor de los labios, de los lagrimones que les corrían por los pómulos. Era imprescindible que el jefe de los organismos especiales, es decir yo, tomara una decisión extrema antes de que aquellos hombres hablaran y ahondaran los estragos sufridos por el partido. Y la tomé, no había más camino. Al cabo de la tercera medianoche, en los cuatro segundos de alejarse unos pasos el *esbirro* que me custodiaba, transmití en voz baja al compañero más inmediato mi resolución de asumir la responsabilidad íntegra del frustrado complot. Le exigí que hiciera correr la voz entre los cincuenta y ocho torturados restantes. Yo declararé que ningún otro, aparte de mí mismo, conocía la preparación de un atentado contra el dictador. Ellos no me desmentirían y de ese modo terminaría el suplicio para cincuenta y nueve presos. «Con uno que se muera es suficiente", concluí.

(Tal como vinieron en compañía los motivos de dicha, de igual manera se dan cita para llegar juntas las horas amargas. Mi mujer Mercedita Ramírez queda embarazada desde la primera noche de matrimonio y ambos nos

ponemos a contar los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas y los meses. Cuando los dolores anuncian la proximidad del parto, la conduzco solícitamente, como quien lleva el Santísimo entre las manos, hasta la clínica de un médico del partido. Ella se aleja por un pasadizo, tendida en una camilla de ruedas y esforzándose por sonreírme a la distancia, mientras yo regreso a la sala de espera con una revista de deportes bajo el brazo, sin inquietudes ni sobresaltos, en tranquilo aguardo del desenlace que presagian la buena salud de Mercedita y su embarazo sin complicaciones. Y aunque permanezco más de dos horas en un cuartucho apestoso a dolor y a desinfectantes, tiempo sobrado para leer la revista de punta a punta sin excluir los avisos comerciales, conjeturo cándidamente que Mercedita está afrontando las dificultades de las primerizas, contingencia que ya el médico me ha señalado como probable. Un soplo de ceniza me nubla los ojos cuando aparece el partero enfundado en su bata blanca, cabizbajo y sombrío, y me susurra con voz atribulada que me prepare para lo peor. «¿Qué significa lo peor?». Parado a la orilla de la muerte de Mercedita Ramírez, mi mujer, escucho cómo el médico tartamudea desde el fondo de un barranco: «Es inconcebible lo que ha pasado», «No se repetirá un caso similar entre un millón», «La medicina no sirve para nada, absolutamente para nada», «La medicina es una mierda». Y tan apareados vienen los garrotazos que a las tres semanas de la muerte de Mercedita se levantan los jefes militares en sus cuarteles, toman el poder por la fuerza como ha sido costumbre de ellos en este pobre país y arremeten furiosamente contra el partido. Antes de sumergirme en la vida ilegal voy a

despedirme de mi patrono libanés, a quien he comenzado a querer como un padre porque lloró junto conmigo, con lágrimas de verdad, la muerte de Mercedita. Me dice entonces que la policía ha asaltado mi casa y destruido a machetazos los muebles, la mesa de ella, la cama de ella, que aún no he terminado de pagar. El Tenedor de Libros, hasta ayer uno de los hombres más dichosos de la tierra, se transforma repentinamente en bestia acosada por sayones armados que lo rastrean por todos los recovecos de la ciudad, que no le permiten llegar hasta el cementerio para dejar unas flores y unas palabritas de amor sobre la tumba de su mujer.)

—Los cincuenta y nueve torturados se sometieron a mis instrucciones, unos con visible satisfacción y otros de mala gana, convencidos estos últimos de que mi confesión de exclusiva culpabilidad me conduciría a una muerte ineludible. Pero finalmente todos acataron mis órdenes. A medida que confirmaban mis declaraciones ante el jefe de la Brigada Política, los sacaban del salón para devolverlos a los calabozos del sótano. Al cabo de pocas horas quedaba yo solo en mitad de aquel largo recinto, esposado hacia atrás, sediento y extenuado. Sin embargo, fue a partir de ese momento cuando se iniciaron realmente mi interrogatorio y mis torturas, enterados ahora los *esbirros* de que yo ocultaba valiosos secretos y decididos a extraérmelos por medio de los más crueles procedimientos. A empujones me llevaron a un cuartucho miserable que se usa para hacer cantar sus delitos a los ladrones y a los rateros y que no necesito describir porque

seguramente en ese mismo sitio los interrogaron a ustedes.

—¿El cuarto de las bicicletas? —preguntó el Barbero.

—Sí, el cuarto de las bicicletas. Al entrar cayó sobre mis espaldas una lluvia de planazos que me descargaron siete *esbirros*. Un octavo, de libreta y lápiz en mano, escupía sus preguntas: «¿En dónde está depositado el resto de las bombas?». «¿En qué casa está escondido Carnevali?» A cada (“no sé” que yo respondía, arreciaban los golpes y las injurias. De repente grité: «¡Un momento! ¡Voy a hablar!», y los ocho verdugos permanecieron quietos, en expectativa. Entonces les dije: «Ese proyecto de matar al dictador fue una iniciativa personal que yo pretendía realizar sin la autorización del partido, con la sola complicidad de los dos muchachos que murieron al estallar las bombas. Los demás detenidos ignoraban mis planes de violencia, y si alguno mantuvo relaciones conmigo fue simplemente en tareas civilistas de propaganda. Pero no sabían una jota del atentado». El *esbirro* de la libreta copió calmamente mi testimonio, y en seguida se reanudó la zarabanda de porrazos, y ya no volvió a interrumpirse por mucho tiempo. Los tipos que me pegaban se turnaban día y noche, y eran casi siempre mocetones de veinte años con una juventud podrida por el oficio vil. Yo no prestaba atención al sentido de las preguntas y me empecinaba en repetir «no sé», «no sé», con la garganta arañada por una sed arenosa y acre.

(El partido no está preparado para emprender la lucha clandestina, como tampoco lo estuvo para hacer frente al

alzamiento de los militares. Me amoldo a vivir a salto de mata, disfrutando de refugio transitorio en casas de amigos y conocidos, la mayoría de ellos sin convicciones políticas, sin vocación de revolucionarios. En cada hogar existe un miembro de la familia, a veces la esposa del dueño de la casa, otras la suegra, o bien un hermano y hasta una tía solterona, que no está de acuerdo con dar posada al perseguido, que lo considera germen odioso de zozobras y amenazas, que lo mira con ojos de enemigo. Esa persona no es capaz de denunciarte, bien sea porque no tiene alma delatora, bien sea porque no desea en modo alguno perjudicar indirectamente al dueño de la casa, es decir, a su marido, yerno, hermano o sobrino. Pero anhela que te vayas y se esfuerza en hacerte la vida imposible, en quejarse en voz alta de la escasez de alimentos, en anunciar a cada oportunidad que ha observado movimientos sospechosos en la esquina más cercana, en simular llamadas telefónicas de almas caritativas que le revelan la inminente llegada de la policía. Huyendo de una de esas sordas hostilidades voy a parar a un apartamento donde me brinda asilo la querida de un compañero de partido. La mujer, que ha sido prostituta en su juventud y no aparenta estar arrepentida de un todo, vive en un tercer piso muy estrecho, compuesto por una habitación anegada por su inmensa cama de matrimonio y una salita donde cuelgan una hamaca para mí. Mi amigo viene todas las noches a acostarse con la cuarentona, que a más de cuarentona es agresivamente celosa y le reclama entre llantos y amenazas sus tardanzas. Esos melodramas me tienen sin cuidado hasta una noche en que escucho desde mi hamaca el rezongo enconado de la mujer: «Si llego a descubrir

que me engañas, mi amor, soy capaz de denunciar al tipo ese para que te friegues tú también». No espero la luz de la mañana para descender las escaleras con los zapatos en la mano, y la verdad es que nunca me volverán a ver.)

—A los dos días de planazos y bofetones, y en vista de que ni los unos ni los otros lograban hacerme hablar, resolvieron someterme al suplicio del frío. Me sorprendió la entrada de aquella gran panela de hielo, de poco más o menos un metro de alto, sobre la cual yo cabía estrechamente a lo ancho mientras que a lo largo me medía desde los tobillos hasta la nuca, como pude comprobarlo cuando me tendieron sobre su superficie, desnudo y siempre con las esposas cerradas a la espalda. El frío intenso se fue transformando lentamente en ardor de quemada y luego en escozor de espinas innumerables que se clavaban a un tiempo en mi carne, como si estuviera acostado sobre las púas de un cardonal. Pero más tarde el frío uniforme me insensibilizó el lomo y las nalgas, y no sentía dolor alguno salvo un desgarramiento en la región de las muñecas donde se clavaba la mordedura de las esposas, herida que se hacía más y más profunda porque el peso entero de mi cuerpo presionaba sobre esa llaga. Perdí el conocimiento y me caí de la tarima de hielo en tres ocasiones. Los *esbirros* esperaban que volviera del desmayo y me montaban de nuevo sobre el lingote, entre planazos que me lastimaban cien veces más que antes porque la piel despertaba mucho más sensible de su letargo. Había cumplido cinco días sin sorber un trago de agua, sin engullir un bocado de pan, pero esas privaciones me parecían secundarias junto al

agudo sufrimiento de mis muñecas. No pensaba con obsesión en mi hambre ni en mi sed. Llegué a sospechar que el organismo se habitúa a ellas cuando está a punto de extinguirse, que la cercanía de la muerte anula la voluntad de comer y beber. Todo se borraba menos el dolor de las muñecas y los gritos de los *esbirros* que insistían más allá de los chasquidos de los planazos: «¿Dónde están las bombas?». «¿Dónde está Carnevali?», y como ya no me alcanzaba el aliento para decir «no sé», me limitaba a negar con un movimiento de cabeza.

(Iba a referir un incidente que me sucedió en medio de la tortura del hielo pero he recordado repentinamente que ninguno de estos cuatro hombres que me escuchan pertenece al partido. En tal caso, prefiero callarlo. Una tarde, tras cesar de pronto las injurias y los porrazos, me alzan de la barra de hielo, me quitan las esposas y me llevan a un cuarto vecino. Aquí, de pie y con la mirada enloquecida por el terror, encuentro a un preso que ha sido torturado en otro rincón del edificio. Bajo la muela de pavor adivino las facciones de un compañero que trabajó junto conmigo en la fabricación de bombas. Se advierte a simple vista que, una vez aniquilados los resortes de su voluntad, ha comenzado a hablar lo que no debe. En mi presencia reanudan su interrogatorio. ¿Es ése el hombre?». «Sí, ése es el hombre», responde sin mirarme. «¿Fue él quien distribuyó las bombas?» «Sí, fue él quien distribuyó las bombas», asiente roncamente. «¿Dónde obtuvieron el material explosivo?», «¿En qué casa fabricaron las bombas?». Al medir el alcance de estas peligrosas preguntas lanzo un alarido que hace

callar al torturado y a los torturadores: «¡Mentira! Todo eso es mentira. Y agrego a continuación: «Ese tipo no es ningún conspirador sino un miserable y un cobarde que quiere vengarse de mí porque yo le quité la mujer». Por último, salto sobre el infeliz fingiendo que estoy resuelto a estrangularlo como fingí antes la primera historia que se me vino a la mente, la de una mujer que no existe. Tres esbirros se interponen y me someten a puñetazos, a un paso nada más de mi acusador, que me mira ahora con extraños ojos compungidos. Los esbirros me dejan en paz para zarandearlo bruscamente a él y preguntarle con furia: «¿Qué responde usted a ese cuento de la mujer que le quitaron?». El hombre sacude la cabeza como quien regresa de una crispante pesadilla y jadea entre pausas: «Es verdad». «No me ha entregado ninguna bomba», «Me quitó la mujer», «Esa es la verdad» «Yo quería vengarme», «Por eso lo acusé». Después concluye resueltamente: «No sé más nada». Se lo llevan a empellones y sin duda recomienzan a torturarlo en otro rincón del edificio, pero no volverán a arrancarle una palabra comprometedora, yo estoy seguro de ello.)

—No había defecado desde el día en que me capturaron.”
¿Cuántos días hace que caí preso?», cavilaba y no sabía responderme. Orinaba apenas unas cuantas gotas cuando un *esbirro* se acercaba al rincón del cuartucho donde me dejaban tendido entre tortura y tortura, me ponía un vasito de aluminio bajo la verga y luego aventaba los orines mezquinos sobre las bicicletas del fondo. En una de aquellas madrugadas, cuando el rumor de los pasos de los

esbirros me anunció la proximidad de un nuevo interrogatorio, comprendí que estaba en vísperas de volverme loco. Una sofocante preocupación me invadió desde ese momento. Los locos hablan sin darse cuenta de lo que están diciendo, ¿quién no lo sabe? Si yo me volvía definitivamente loco y me lanzaba a gritar frases irreflexivas, de nada valdría haber callado bajo las torturas. Denunciaría en mis delirios el garaje donde habían estado encerradas nuestras bombas, la madriguera donde se escondía Carnevali, la organización completa del partido. Si llegaba a perder el juicio, los anchos salones del segundo piso y los calabozos del sótano iban a ser insuficientes para dar cabida a los centenares de personas cuyos nombres yo guardaba en mi memoria bajo siete llaves.

Me propuse firmemente no volver a articular palabra alguna, ni siquiera un «no sé» aunque me sintiera con fuerzas para decirlo, porque por un «no sé» comienzan a predicar los locos. Sin embargo, esa misma mañana olvidé mi promesa y le dicté al *esbirro* de la libreta un discurso sobre la libertad y la justicia, lamentando que el hecho de tener las manos atadas hacia atrás me impidiera acompañar mi arenga con los gestos adecuados. Aunque yo nunca había sido un buen orador, aquél era sin duda un elocuente discurso.

El *esbirro* me lanzó un salivazo y cesó de copiarlo a las pocas palabras, pero yo continué mi alegato y al concluirlo caí derrengado sobre el cemento. Les costó trabajo levantarme de nuevo a planazos porque yo pretendía quedarme para siempre tendido en el suelo y gritaba

estúpidamente: «¡Déjenme dormir! ¡Déjenme dormir!».

(Mi cerebro ha dejado de funcionar normalmente y yo tengo conciencia de su desvarío, lo cual me indica que aún no estoy loco de remate. Toda mi vida he sido un desmemoriado, pero ahora consigo reconstruir en forma lúcida los detalles y acontecimientos de mi infancia que nunca antes se me vinieron a la mente: Rosalvina se llamaba la maestra que me enseñó el abecedario y Mantilla el autor del libro donde aprendí a leer. A mí, que jamás he pasado por hombre de talento, se me ocurren conceptos de elevado ingenio, expresiones brillantes que no alcancé a producir en mis cabales, e incluso me siento capaz de componer poesías a la muerte de Mercedita Ramírez o de pintar su retrato en febriles pinceladas rojas y negras. De repente decido regresar a mi pueblo, cruzarlo de un extremo a otro, hasta dejar atrás la iglesia a medio construir, la estatua de Bolívar y las casitas de bahareque. Mi empeño es llegar al río de allá lejos y lanzarme de cabeza a la poza más honda para pescar las sardinas de estaño que sacan la cabeza del agua. Atrapo la más gorda y, cuando la tengo entre las manos sangrantes por las cuchilladas de las esposas, la sardina rompe a hablar como suelen hablar los animales con los locos. Yo no le contesto por temor de denunciar al mecánico que nos prestó un garaje para esconder las bombas. Los esbirros me siguen pegando a la orilla del río y me empujan hacia las matas de cují para impedir que me agache a tomar agua. Entonces yo suelto la sardina y bramo «no sé», «no sé», «no sé», «no sé», «no sé», cinco veces seguidas, cien veces seguidas, hasta que

los esbirros retroceden ensordecidos y dejan de pegarme. Estoy al filo de llorar, o posiblemente ya lloro sin darme cuenta, aterrado de haberme vuelto loco. Porque los locos, aunque con frecuencia atinan a decir la verdad, nunca escogen la verdad que dicen.)

—Yo no supe cuándo cesaron las torturas. Quedé solo en mitad del cuarto de las bicicletas, desnudo y tambaleante, vuelto una piltrafa. ¿Por qué no terminaron de matarme? Tal vez influyó la alharaca que se formó en la Universidad y en los barrios obreros cuando se supo, porque se supo, que mi tortura duraba muchos días y que estaba a punto de morir. Lo cierto fue que una noche cualquiera entró a grandes pasos el jefe de la Brigada Política, se quedó mirando con perversos ojos rayados lo que restaba del Tenedor de Libros y gritó luego: «¡Saquen de aquí a ese loco de mierda que está empeñado en hacerse matar por salvar a unos carajos!» Los *esbirros* me tomaron por los sobacos y me remolcaron dando tumbos hasta el mismo calabozo del sótano donde había estado anteriormente, el número trece, no es posible olvidarlo. El guardia me llevó una cobija y regresó un poco más tarde con una taza de leche y un pedazo de pan. Me miró de reojo a la luz de una linterna, mojó el pan en la leche para dármele a chupar lentamente y exclamó como si hablara con una tercera persona: “¡Caray! A este tipo se le puso la cabeza blanca en dos semanas».

(Pero no les dije nada. Yo era apenas un hombre canoso cuando caí preso y a las dos semanas tengo la cabeza

blanca como un anciano, pero no les dije nada. Me desbarataron las muñecas con la cremallera de las esposas, me desollaron el pellejo a plan de machete, casi me mataron de hambre y de sed, pero no les dije nada. Ni siquiera les dije algo cuando me volví loco, porque me volví realmente loco y todavía lo estoy al caer de bruces en el suelo del calabozo número trece. Con la cara pegada al piso mugriento escucho la campanilla de un reloj que canta las horas y las medias en alguna oficina del piso superior. Me sorprende el tintinear de un cascabelito de plata en esta bóveda apropiada para oír el tañido de un doble de difuntos. Me pongo a contar las finísimas campanadas, tilín, tilín, tilín, hasta diez, pero ignoro si es de noche o de día porque siempre reina pareja oscuridad en mi calabozo del sótano. Y no puedo acudir a ningún ser humano para que me aclare si son las diez de la mañana o las diez de la noche. Al parpadeo borroso de la bombilla del corredor sólo diviso la figura enemiga del guardia, que nunca me habla, ni yo a él.)

—Es verdad —asintió el Periodista—. Se te puso la cabeza blanca en dos semanas.

—Fueron catorce días de tortura —concluyó el Tenedor de Libros, dejándose llevar por la tentación profesional de hacer un balance—. Catorce días sin probar alimentos ni beber una gota de agua, dos de ellos tendido sobre una barra de hielo y otros cuatro recibiendo sin parar planazos en el cuerpo y puñetazos en la cara. Todos los catorce días esposado hacia la espalda, desnudo y sangrante como un Cristo.

El sonsonete del pito de silencio coincidió con el final de la historia del Tenedor de Libros. Sus cuatro compañeros de calabozo se retiraron a pasos lentos y se tendieron en sus camas estrechas, no a dormir sino a pensar.

EL PERIODISTA

ERA un domingo al mediodía y se abrió la reja como todos los mediodías. Los dos italianos traían entre ambos un caldero rebosante de un líquido grasiento en cuyas ondas navegaban huesos pelados y esquifes de yuca.

Genaro llevaba puesto un delantal asqueroso, salpicado de tiznes y chorreaduras, y esgrimía en la mano derecha el largo cucharón de servir el hervido. Se complacía en arrastrar el extremo cóncavo del cucharón por sobre la superficie mugrienta del piso, a ras de salivazos y horruras, regodeándose en hacerles a los presos aún más repugnante la deglución de aquel caldo miserable.

Antonio, el segundo italiano, no era un malvado como Genaro. Eso lo dedujeron prontamente de la forma de servirles y de hablarles. Antonio había llegado al país como inmigrante, bajo el compromiso firmado ante un cónsul de dedicarse a la agricultura, y por circunstancias imprevistas terminó de carcelero.

La puerta de la reja encartonada no se abría sino para dar entrada a los italianos con el rancho o para dar salida a los cinco presos, uno por uno, rumbo al calabozo de las letrinas. No habían logrado ver otros seres humanos fuera de los cocineros, los *esbirros* y los guardias. Sabían, sin

embargo, que la cárcel estaba llena de prisioneros políticos y que la noche acogía el resuello agitado de centenares de hombres dormidos en los restantes pabellones.

El solo indicio del mundo exterior que trascendía hasta ellos, el único reflejo de la presencia de los demás prisioneros, eran los ruidos que llegaban amortiguados por la barrera de cartones. Poco después del amanecer se colaba hasta el calabozo el grito de «¡Formación!» que estallaba en el patio del pabellón inmediato. A renglón seguido se producía un tropel de pasos apresurados y luego se escuchaba el clamoreo de numerarse los presos para demostrar que seguían siendo setenta y dos: «¡Uno!», «¡Dos!», «¡Tres!», «¡Cuatro!», «¡Cinco!», hasta «¡Setenta y dos!».

El Capitán pretendía descifrar la personalidad de sus invisibles vecinos a través del timbre y las inflexiones de sus voces durante el conteo.

—¡Uno! —gritaba una voz reposada.

—Ése es un hombre sensato —deducía el Capitán.

—¡Dos! —gritaba una voz recelosa.

—A ése todavía no se le ha pasado el miedo —diagnosticaba el Capitán.

—¡Tres! —gritaba una voz altanera.

—Ése es un rebelde.

—¡Cuatro! —gritaba una voz indolente.

—Ése no se ha dado cuenta todavía de que está preso.

—¡Cinco! —gritaba una voz meliflua.

—Ése tiene alma de servil.

—¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! —gritaban con precisión de autómatas tres voces isócronas que aligeraban el ritmo de la numeración.

—Tipos anodinos sin iniciativa —murmuraba el Capitán.

—¡Diez! —gritaba una voz distraída, a la cual le correspondía decir «¡Nueve!», y los insultos de los guardias interrumpían la cuenta en tanto caían sobre el equivocado los planazos de la punición.

El Médico disentía del Capitán en sus experimentos de psicología a larga distancia.

—Esos gritos pueden no ser expresión de un carácter permanente sino de un estado de ánimo transitorio —le discutía—. Hay días en que un tipo amanece de mal humor y le apetece gritar un «¡Catorce!» subversivo. Pero si ese mismo preso se despierta rumiando la melancolía de pensar en su casa, gritará «¡Catorce!» con acento resignado.

Otro ruido que burlaba la valla de cartones era una carcajada estrepitosa e inconfundible. A diversas horas del día resonaba esa risa contundente de hombre feliz, inadecuado pregón de goce juvenil que retumbaba contra los altos muros de la cárcel.

—Es un negro —coligió el Capitán.

—Tienes razón. No puede ser sino un negro —lo respaldó en esa ocasión el dictamen del Médico.

Las risotadas repercutían aún más ruidosas en los atardeceres, cuando se jugaba al dominó en una celda del pabellón de al lado. Se escuchaban entonces los golpetazos de las fichas sobre la tabla de una mesa y se captaban frases completas lanzadas a voz en cuello por el mismo negro de la risa salvaje:

—¡Me tiro la tranca!

—¡32 y nos fuimos!

—¡Zapatero!

También llegaba en ocasiones, cuando soplaba el viento, la música de un aparato de radio perteneciente a uno de los guardias. El Barbero logró treparse una noche, haciendo equilibrio sobre su cama de hierro colocada verticalmente contra el muro, hasta el boquete de las claraboyas. Abrió pequeños agujeros en los cartones de allá arriba, empleando a guisa de punzón un lápiz que el Tenedor de Libros alcanzó a salvar de la requisita. A través de orificios

tan mezquinos no les era dado mirar sino el desfiladero gris e inexpresivo de una pared fronteriza. En cambio, entraba por ellos la música que echaba a volar la radio del guardia: los vales pueblerinos, los tambores de los negros antillanos, los compases bizarros del himno nacional.

Aquel domingo a mediodía atraparon retazos de una reseña transmitida desde un campo de pelota:

—...la bola se va elevando, se va elevando...

—...ganan en este momento por uno a cero...

—...una jugada sensacional...

El Periodista y el Barbero se esforzaron en descubrir la identidad del locutor, merced a sus giros gramaticales y al metal de sus gritos. Ambos eran aficionados a los deportes, les eran familiares los nombres y las hazañas de los atletas. Resultó inevitable que se engarzaran en una desordenada disputa acerca de las cualidades y defectos de sus equipos preferidos.

Justamente a raíz de aquella insulsa controversia deportiva fue cuando el Periodista se resolvió a contar su historia. O, más exactamente, pasó sin proponérselo del desacuerdo con el Barbero al relato de su amarga experiencia.

—¡Es un jugador mediocre! —sentenció rotundamente el Periodista, y se refería a un atleta que el Barbero había calificado de estrella.

—Tú tienes mucha vocación para la política, nadie puede negarlo —respondió el Barbero amoscado—. Pero en cuestiones de deporte, hablas sin lógica y dices disparates.

—La verdad es que tampoco tengo vocación para la política como tú piensas —lo aplacó el Periodista sonreído—. La política me ha tragado como un tremedal, contra mi voluntad.

—¿Quién va a creértelo? —intervino desde su rincón el Tenedor de Libros—. Desde que te conozco no te he oído hablar sino de política y no te he visto actuar sino como político.

—Porque me conoces poco —se defendió el Periodista.

Sonrió a su vez el Tenedor de Libros y le preguntó con acentuado retintín:

—¿Podrás decirnos entonces por cuál motivo te encuentras encerrado en este calabozo? ¿Por afición a la magia negra? ¿Por el amor a los perros? ¿Por el canto de una sirena?

Como respuesta el Periodista enserió el rostro y comenzó a contar su historia.

—Las cosas se volvieron bastante peliagudas para mí desde el primero de mayo del año pasado —dijo el Periodista— cuando se resolvió en el sindicato que uno de nosotros pronunciara un discurso en la manifestación de los obreros. La manifestación había sido prohibida por la

policía pero los obreros iban a realizarla a todo trance. Como yo almacenaba entre pecho y espalda unas cuantas verdades que me estaban quemando por dentro, me ofrecí voluntariamente como orador y mis compañeros del sindicato aplaudieron entusiasmados. Nada me sucedió mientras decía el discurso, aunque la manifestación fue disuelta a balazos en mitad de mis palabras. Pero aquella misma noche, cuando pretendí abrir la puerta del ascensor que subía a mi apartamento, salieron de la sombra dos *esbirros* y me dieron la voz de arresto. Ese primer encierro duró dos meses, sin interrogatorios ni torturas, aunque sepultado en un inmundo calabozo en compañía de un viejo asesino que había despachado al otro mundo a más de una docena. Me dejaron en libertad bajo la condición de presentarme al control de la policía cada tres días, desagradable compromiso que soporté y cumplí varias semanas hasta que la situación empeoró y la dictadura se volvió más dictadura. Me informaron entonces que otros ciudadanos sospechosos, sentenciados hasta la víspera a iguales visitas periódicas, habían sido dejados en calidad de presos cuando comparecieron a someterse a la inspección acostumbrada. Ante tamaño riesgo, opté por desaparecer de la circulación y traté de ponerme en contacto con los que luchaban en la clandestinidad.

(No le dije una mentira al Barbero cuando le dije que la política me había arrastrado contra mi voluntad. También sin yo buscarla me topo antes con mi profesión de periodista, y así suele sucederme a cada paso porque no acostumbro resolver mis asuntos tras meditarlo mucho sino que prefiero dejarme llevar a medias por la corriente

y a medias por la intuición. Eso sí, una vez de cabeza dentro de la corriente, le pongo toda la pasión de que soy capaz a cuanto afirmo y hago, con frecuencia mayor pasión de la debida. Mi padre se emperra tozudamente en formar de mí un abogado, como lo fueron mi abuelo y mi bisabuelo, dos difuntos saludables de toga y birrete cuyos retratos engalanan la biblioteca de mi casa. Mi padre me obliga a cursar bachillerato en un colegio de curas jesuitas y me inscribe después en la Facultad de Derecho de la Universidad, sin consultar mi opinión ni darme explicaciones. Pero yo estoy resuelto a no dejarme imponer esta vez voluntad ajena, atrincherado en una razón muy sencilla: jamás he comprendido, ni aspiro a comprender, para qué sirve la abogacía ni cuáles beneficios aportan al progreso del mundo los millones de seres que ejercen tan enredadora profesión. Desgraciadamente a mi padre se lo lleva el demonio cuando me decido a expresarle la repulsión que me inspiran ciertos libracos aburridos denominados las Pandectas, y prácticamente me pone de patitas en la calle, sin prestar atención a las súplicas y lágrimas de mis dos hermanas. Al principio me veo en la necesidad de manejar un camión de carga para procurarme el sustento ya que, aparte de conducir automóviles y jugar football, mis conocimientos se reducen a las materias de bachillerato y a algunas páginas, no muchas, del Derecho Romano. Cruzo una carretera del interior, trepado a mi volante y enamorando a una sirvientica que llevo de pasajera, cuando diviso acodado a una bomba de gasolina y en compañía de un fotógrafo, a un antiguo condiscípulo del San Ignacio. «¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como tú ande de camionero?», dice al verme. Y

agrega pensativo: «Con lo bien que hablas y lo bien que escribes». Como no le respondo, él continúa: «Yo también dejé la Universidad, no vayas a creer, pero al presente trabajo en la redacción de un periódico. ¿Por qué no vas a visitarme cuando regreses a Caracas?». Voy a visitarlo quince días más tarde. Me lleva entonces al despacho del director y le dice: «Aquí traigo el reportero que usted necesita». «¿En qué periódicos ha trabajado usted?», me pregunta el director sin ninguna efusividad. Mi amigo se adelanta a contestar: «No ha trabajado todavía en ninguno, pero tiene título de bachiller y ha hecho estudios universitarios. Además, señor director, era el alumno más inteligente del colegio de los jesuitas y el primero en la clase de literatura». Aunque esto último no es cierto, el director accede a someterme a prueba en el departamento de información. Hago mi debut como reportero de sucesos con tan buena fortuna que hoy mismo un albañil borracho mata a su mujer a golpes de cabilla y yo logro escamotear la única fotografía de la víctima que existe en el rancho, la cual aparecerá publicada mañana en la última página del diario y motivará que el jefe de redacción me llame a su escritorio para gruñir, con su perpetuo cigarrillo entre los dientes: «Lo felicito, caballo».)

—Como ustedes saben, nuestro partido ganó en forma apabullante las elecciones. Saben igualmente que los escrutinios fueron adulterados por la dictadura, las urnas sepultadas bajo tierra y nuestros diputados y senadores llevados a la cárcel y al destierro, en vez de ser llevados al congreso. No nos quedó otro recurso sino la conspiración.

Yo abandonaba el escondite de tiempo en tiempo, ya crecidos mis bigotes de bodeguero español, para hablar del asunto con civiles de la oposición y con tres o cuatro oficiales que nos habían sido recomendados como enemigos de la dictadura. Mis citas con los militares tenían lugar en los rincones más extravagantes, tales como el consultorio de un dentista, el bar de una buscona argentina o una caballeriza del hipódromo. Yo llegaba al clarear la madrugada a la pista de carreras, envuelto en un impermeable y con un complicado reloj en la mano, presto a tomarles el tiempo a los caballos en sus escapes de ensayo. Después aparecía el teniente coronel de nuestro complot, propietario de un pura sangre que jamás ganaba por cierto. Conversábamos en el estrecho pesebre privado del caballo, entre efluvios de boñiga y linimentos, con el cabeceo del animal como único testigo de nuestras confidencias. El teniente coronel me informó que un grupo de oficiales se hallaba en desacuerdo con el fraude electoral y consideraba su deber levantarse en armas contra la dictadura. Yo, sin que nadie me hubiera autorizado a hacerlo, le ofrecí el respaldo de mi partido, de los otros partidos de oposición, de los sindicatos, de los estudiantes y del pueblo. Lo importante era que los militares se lanzaran. La de Dios es padre se armaría después.

(No obstante haberme convertido en periodista por obra del azar, llego a sentirme tan contento de ejercer esta divertida profesión que resuelvo perdonar a mi padre el haberme echado del hogar y me dispongo a ofrecerle a él la coyuntura de perdonarme a su vez los conceptos

irrespetuosos que yo he pronunciado con relación a Justiniano y sus Pandectas. Nos reconciamos en un encuentro enternecedor, en plena biblioteca, al pie de los retratos de mis antepasados con toga y birrete. Y aunque mi padre me pide que vuelva a la casa, no me decido a abandonar el apartamento donde vivo, en parte porque no deseo incomodar a mis hermanas con mis entradas al amanecer y en parte porque quien ha disfrutado del aire libre difícilmente se mete en una jaula por sus propios pasos. En cuanto a mis compañeros de trabajo, son almas de Dios en su mayoría, si bien no falta uno que otro de mala índole, en especial un tipo que se derrite en adulaciones ante el administrador, tiene el pescuezo cruzado de cicatrices de escrófulas, sufre de mal aliento y, aunque pretende hacerse pasar por comunista o socialista, a la postre resultará espía de la dictadura, nadie me lo quita de la cabeza. En los primeros días los otros reporteros se gastan conmigo bromas intrascendentes para hacerme sentir mi condición de novato, como en este momento, cuando alguien me telefonea desde una casa donde se ha cometido un crimen pasional, llego yo en volandas con mi libreta de apuntes y mi fotógrafo, y al preguntar el nombre de la mujer asesinada, se persigna el ama de llaves y me responde escandalizada que me encuentro en la mansión del Nuncio Apostólico de Su Santidad el Papa y que aquí jamás han asesinado a nadie. En lo que respecta al adefesio de las cicatrices en el cuello se cuida bien de granjearse mi enemistad, cohibido por estas circunstancias contundentes: mido un metro ochenta, boxeo con bastante soltura y estoy dispuesto y predispuesto a romperle la crisma.)

—La policía comenzó a buscarme de repente con mayor empeño, en cuanto sitio se les ocurría a los *esbirros*, y yo deduje que los hilos de la conspiración habían sido descubiertos, que algún preso había soltado la lengua en los interrogatorios. Allanaron mi apartamento y cargaron con la escopeta de cacería y con los instrumentos de hacer gimnasia. Registraron la casa de mi padre, desde la biblioteca romanista hasta el cuartucho con pretensiones de bodega donde el viejo guarda sus escasas botellas de vino francés. Escudriñaron también el edificio del periódico sin olvidar los talleres, como si un ser humano pudiera subsistir debajo de una rotativa. Uno de mis compañeros de trabajo, a quien llamábamos el Beato Angélico porque iba a misa los domingos y pintaba acuarelas de cándidos azules, vino a verme donde yo me refugiaba e insistió en trasladarme a un sitio más seguro, nada menos que a la casa de un sacerdote pariente suyo. Bajo el alero del cura pasé varias semanas, leyendo a Kempis y escuchando los destemplados kirieleisones de un loro con vocación de monaguillo, y allí hubiera permanecido toda la vida sin que nada desagradable me ocurriera, de no intervenir asuntos de índole privada que me obligaron a salir a la calle en una ocasión, confiado en el disimulo de mis bigotes de bodeguero español.

—¿Asuntos de índole privada? ¿Quieres decir una mujer?
—interrumpió inesperadamente el Barbero.

—Quiero decir una mujer, por supuesto. Pero la pobre muchacha no tuvo la culpa de mi desgracia, sino que se

sintió herida de muerte cuando supo que me habían echado el guante camino de su casa, a veinte metros de su casa para ser más exactos. No hubo denuncia, ni tampoco culminación exitosa de las pesquisas policiales como decimos los reporteros, sino una dosis de casualidad que se añadió a mi desatinado callejeo. Simplemente se cruzó en mi trayecto un *esbirro* que, tras reconocermé a pesar de las sombras nocturnas y de mis mostachos gallegos, se lanzó en mi seguimiento. Tuvo tiempo de telefonar a un carro patrullero, o se topó con uno de ellos en cualquier esquina, puesto que de pronto escuché el chirrido de un frenazo, saltaron de un automóvil cuatro hombres de ametralladoras en ristre y me pusieron las esposas sin darme tiempo a quitarme el cigarrillo de los labios. La última voz femenina que recuerdo, ya que en prisión no he tenido oportunidad de escuchar ninguna otra, es la de una viejecita vestida de negro que chilló espantada al presenciar mi prendimiento: «¡Ave María Purísima!».

(¿Pretende acaso el Barbero que yo me ponga a contar con pelos y señales mis experiencias amorosas? ¿Ignora el insensato que llevar a conocimiento de terceros los asuntos que han pasado entre uno y una mujer es indignidad sólo comparable a la de denunciar a alguien ante la policía? Mientras estudio el bachillerato, e incluso después de haber iniciado mis cursos universitarios, soy un adolescente tímido, febril enamorado de muchachas rubias a quienes nunca me atrevo a decirles nada. La timidez naufraga en brazos de las sirvienticas durante mi fugaz profesión de camionero pero mi sorpresa es extraordinaria cuando descubro, ya convertido en

periodista, que existe algo en mi persona que atrae sexualmente a las mujeres, cualidad o como se llame que no había osado atribuirme ni en los momentos bobalicones cuando uno se pone a fantasear que ha podido ser Cristóbal Colón, o Napoleón Bonaparte, o Ludwig van Beethoven. Después de mantenerme un par de meses como reportero de sucesos, el jefe de información juzga que yo no he nacido para reseñar asaltos de bancos ni choques de automóviles, y me envía a entrevistar a encopetados personajes del escenario político, no sin aconsejarme que mejore el estilo de mis trajes, de mis camisas y de mis corbatas. Cambio así de ambiente, atildo así mi indumentaria, y la dan por lloverme las aventuras amorosas. No es que yo me considere un tenorio, no señor, sino que las mujeres toman la iniciativa, y la verdad es que me siento un poco en ridículo al sólo confesármelo con el pensamiento. Pueden influir los trajes y las corbatas que me recomendó el jefe de información, o mi contextura de marinero holandés, o mis ojos verdes de violinista ruso, o mi perfil de bandido napolitano, o mi liviana costumbre de no hablar jamás completamente en serio ni completamente en broma, o tal vez el hecho de que las mujeres me gustan desesperadamente y ellas advierten a simple vista esa flaqueza mía, pero el resultado es que, sin dedicarles yo mayor perseverancia ni deliberado acoso, aquí me encuentro de buenas a primeras encerrado en mi apartamento con una señora, señorita o viuda, que rompe a llorar dulcemente sobre mi hombro, una vez cumplidos nuestros deberes conyugales, claro está. Al primer caso no le concedo excesiva importancia porque se trata de una dama ligera de cascos, si bien perteneciente a la más alta sociedad, de

cuyas correrías he oído murmurar al jefe de las páginas deportivas. El día menos pensado entra a los salones de la redacción, esparciendo un ventarrón de perfumes franceses y preguntando por el cronista de sociales. Pero no habla con el cronista de sociales sino conmigo, desea saber mi nombre su melindrosa voz aniñada, me da la mano al despedirse como quien entrega un objeto para que se queden con él, y me insinúa que escriba el número de su teléfono en mi libreta de direcciones, «No se te vaya a olvidar», ya me tuteó. Mis llamadas a ese número dan origen a un idilio que no se borrará. jamás de mi mente en virtud de un inolvidable detalle : que la perfumada señora me enseña a fornicar como Dios manda, o no precisamente como Dios manda sino como corresponde a un hombre civilizado. Su nombre es Fanny, pero yo la llamo Salomé al no más quitarse la ropa.)

—Ni una palabra se pronunció dentro del automóvil que me condujo al edificio de la Seguridad Nacional. Una vez llegados a este sitio, me empujaron hasta un pequeño salón de la planta baja donde me esperaba, de pie y con el sombrero puesto, un jefe de torturas a quien todos conocen como el «Bachiller». Era, mejor dicho, es, un tipo de baja estatura, cincuentón, regordete, rociado de agua de colonia, vestido con acicalamiento y fumador en boquilla; una figura cuyos más mínimos detalles tengo clavados aquí, en mitad de la frente, para que no se me olviden. El Bachiller me recibió con esta sentencia: «Ahora sí te jodiste, Periodista, porque esta vez no has caído por un discursito sindical de primero de mayo sino por una vaina

muy seria». E inmediatamente mascullo varias preguntas acerca de la conspiración militar y yo repliqué con fingida indignación: «Mis convicciones civilistas repudian el cuartelazo como método de lucha». El Bachiller me miró astutamente con sus ojitos de ofidio o de roedor. Era visible que no esperaba ni tampoco deseaba confesiones voluntarias de mi parte. Por el contrario, apetecía vivamente, desde la alcantarilla más oscura de su corazón de verdugo, el placer de arrancármelas por medio de la tortura. Tenía tanta prisa el Bachiller que a los treinta minutos de haber llegado a su presencia ya me encontraba yo desnudo, esposado a la espalda y montado sobre un *ring*. Ustedes saben muy bien de qué se trata.

—Yo no. He oído hablar de ese aparato pero no sé exactamente en qué consiste —dijo el Capitán.

—Se lo explicaré con mucho gusto, Capitán —dijo el Periodista—. El *ring* es una de esas filosas armaduras de metal alrededor de las cuales van enrollados los neumáticos de los automóviles. Estos canallas las usan para torturar a los presos políticos, como usted verá en seguida. Descalzo me montaron sobre ese círculo punzante y yo supuse al comienzo que el suplicio no era terrible, ya que apenas experimentaba un daño llevadero en la planta de los pies. Pero luego las hendiduras abiertas por el filo del metal en esa piel sensible se fueron ahondando y un dolor agudo me impulsó a cambiar de posición sobre el borde del *ring*, lo que significa ofrecerle nuevos caminos al cuchillo que me tasajeaba. A medida que transcurrían las horas se magullaban más y más las plantas de mis pies, ya no me quedaba superficie sana que colocar sobre el

filo, manaba sangre de las regiones rotas, se volvió el sufrimiento tan insoportable que yo pretendí a toda costa bajarme de aquellas navajas. Pero en ese momento intervinieron los *esbirros* y entre planazos, bofetones, insultos, escupitajos y patadas, me treparon de nuevo sobre el artefacto abominable.

(«Vaya usted a mi casa a las seis de la tarde y con mucho gusto le daré declaraciones para su diario», me responde el Embajador de una república suramericana, sin recordar en ese instante el cóctel de la Embajadora convocado para esa misma hora y lugar. Cuando yo aparezco metido en mi traje más oscuro y anudado por mi corbata más clara, el diplomático se deshace en disculpas, me ruega que aplacemos la entrevista hasta mañana —; aplaca, Señor, la ira del jefe de información! — y me pide que me considere un invitado más al cóctel de la Embajadora. Me quedo a conversar con una dama pelirroja y recién divorciada, dueña de unos hermosos senos reventones y devoradora asidua de libros teosóficos y de las novelas de Hermann Hesse. Me pregunta si he leído Narciso y Goldmundo y al responderle negativamente me mira con sincera piedad desde sus ojos azules y promete enviarme su ejemplar de cabecera a la redacción del periódico, compromiso que cumple a los cuatro días. Mujer y libro son tan placenteros que estimo imprescindible visitarla con el propósito de comentar la obra a su lado y de ofrecerle a mi vez un ramo de rosas que llega de la floristería justamente cuando ella se inclina a colocar la aguja sobre un disco con canciones de Debussy. Al conjuro de ese libro, de esas rosas y de esa

música se nos enredan las manos, los pensamientos y el resto. Le consagro a la pelirroja la incomparable noche de los sábados, con siete whiskys dentro del pecho y mañana siguiente sin trabajo. Ella oprime a toques nerviosos el timbre de mi apartamento, me besa largamente al entrar, prueba la copita de jerez que yo le he servido durante la espera, se sumerge en uno de mis pijamas, arrolla en sus brazos y piernas lo mucho que le sobra de mangas y pantalones, y se sienta sobre los almohadones de la cama a charlar un rato de literatura, de filosofía hindú, de cine italiano o de pintura abstracta antes de caer en mis brazos monda y lironda como una campesina. Más tarde llego a comprender que esas disertaciones previas sobre temas culturales amellan paulatinamente mi apetito carnal hacia la pelirroja, no porque me produzcan escozor de envidia sus conocimientos superiores a los míos, circunstancia que lejos de intimidarme me permite orientar adecuadamente mis nuevas lecturas, sino porque sus prólogos ateneístas son reflejo de un estado de ánimo nada propicio en las vísperas del acto sexual. El acto sexual es una función alegre, un misterio gozoso que no debe contaminarse con metafísicas, según mis teorías un tanto frívolas e insulsas, pero resulta que frente a una mujer desnuda no hay escolástica que valga. La divorciada que admira a Hermann Hesse no para de desmenuzar asuntos trascendentales, un minuto antes de hacer el amor, y poco a poco se van espaciando las noches de los sábados, hasta que concluyen de tanto espaciarse. Pero nunca dejo de llamarla por teléfono para consultar su opinión sobre los libros que me falta por leer, la música que aún no he escuchado y las películas que todavía no he visto.)

—Permanecí cinco horas consecutivas trepado sobre el filo metálico. Insistía tercamente en manifestar mi repudio a las conspiraciones de cuartel y no vacilaba en jurar y perjurar que no conocía personalmente a otros militares sino a aquellos que me había tocado entrevistar en el ejercicio de mi profesión. Bruscamente, el Bachiller me hizo bajar a empellones del *ring* y me ordenó recuperar los zapatos y la ropa porque íbamos a salir hacia un lugar donde yo hablaría o moriría, él me lo garantizaba bajo palabra. Me vestí sin dificultades pero los zapatos entraron a duras penas en mis pies inflamados. Después me obligaron a marchar en medio de una comisión de *esbirros* que el propio Bachiller encabezaba. Extrañóme sobremanera una grotesca ceremonia digna de un cuento de hadas o de un film de gángster, a la cual fui sometido antes de abandonar el edificio y que consistió en taparme los ojos con lentes de gruesos vidrios negros, atiborrados luego de algodones por ambos lados para no dejar resquicio que me permitiera percibir, no ya el perfil de los objetos, sino tampoco una borrosa transparencia de luz exterior. Dos *esbirros* me tomaron de los brazos y me guiaron a través de los pasadizos como si se tratara de un ciego. Descendimos posteriormente unos escalones y al final de ellos me subieron en peso a un vehículo que, por lo despegado del suelo y el sonido peculiar de su corneta, deduje que era un *jeep*. La voz del Bachiller chilló desde muy cerca: «¡Traigan picos y palas para abrir el hoyo donde vamos a enterrar a este carajo!» Acudió entonces a mi mente un razonamiento o silogismo que en ese instante me causó gran alivio: «Si me llevan vendado es con el

objeto de impedir que reconozca más tarde la ruta que hemos recorrido; si temen que la reconozca más tarde es porque voy a regresar vivo; luego, miente el Bachiller cuando grita que me van a enterrar». El *jeep* cruzó calles silenciadas por la soledad de la medianoche, después trastabilló por una trocha accidentada, a continuación rebotó un trecho sobre terrones y peñascos, y al cabo se detuvo. Me bajaron en vilo, me hicieron caminar a lo ciego varios pasos antes de subir dos peldaños de tierra apisonada, tras nosotros se cerró una puerta, me despojaron de la ropa y los zapatos, me esposaron hacia la espalda y por último me arrancaron de un manotón los anteojos oscuros repletos de algodones. Abrí los ojos, recibí una patada en el abdomen y caí sobre un diván.

(El caso de la virgen tonta es una comprobación irrefutable de mi carencia de aptitudes para tenorio, casanova o bradomín. La aventura la inicia una voz ronquita de mujer sensual que llama todos los días a la redacción y pregunta por mí. Yo me resisto a entablar conversaciones con la desconocida. «¡Dile que no vine hoy al trabajo; que me duele una muela!»), enterado como estoy de la manía de numerosas solteronas o casadas sin oficio que acostumbran telefonar a los bufetes de los abogados, a las oficinas públicas y a las redacciones de los periódicos en solicitud de un hombre con quien sostener diálogos escabrosos o francamente obscenos, sin decir nunca su nombre, sin asomar jamás la cabeza del incógnito que las protege como una barricada. Mas tanto insiste la voz y tan cálida es su entonación, que en respuesta a una de sus llamadas la atiendo y le digo:

«Oiga, hija mía, si usted desea realmente conocerme es preciso que nos veamos en la calle, porque yo abomino esta bocina fúnebre que llaman teléfono». «Está bien — responde dócilmente—. He visto su retrato en el periódico, he leído sus crónicas y tengo unas ganas locas de verlo de cerca, de hablar con usted en cualquier sitio.» Le doy una cita, desafiando el riesgo de ir al encuentro de una vejancona alborotada o de una prostituta a domicilio. Pero, ¡Dios sea loado!, mi admiradora resulta el reverso de esa medalla: una adolescente en botón, estudiante de bachillerato, romántica como Francesca la de Paolo, y enamorada de mi manera de escribir entrevistas tendenciosas y de mi perfil de bandido napolitano. Deslumbrado por la ternura de este ángel de leche y jazmines, la llevo al cine una tarde — sus padres no le permiten salir de noche— y le acaricio en la oscuridad las manos que palpitan como el hocico de los conejos. A la salida mordisquea un helado blanco como su garganta, en tanto yo me bebo cuatro martinis secos, y ella interrumpe su merienda para mirarme con un arrobamiento que me pone nervioso. Un domingo de mayo tomo la decisión de invitarla a mi apartamento y ella me dice que sí irá, y me acompaña con sus pasos contados, como marcharía conmigo gustosa al propio infierno si yo se lo propusiera. La desvisto lentamente —es un ángel de lumbre y porcelana en recatado esplendor— y está a punto de desmayarse cuando, ya totalmente desnuda, la beso en la boca. Entonces se me ocurre pronunciar las palabras más españolas de la lengua española: «¿Tú eres virgen?». Y ella me responde sonrojada, esforzándose por dominar el susto que espejea en sus ojos de cervato: “Naturalmente que soy virgen, pero te quiero tanto que he venido a dejar

de serlo». Frunzo el ceño como un maestro de escuela, vuelvo la cara hacia la mole blanca de la nevera y le grito con una voz de tío suyo: «¡Vamos, vístase inmediatamente!». Ciertos días, cuando amanezco cuáquero, recuerdo como actitud viril mi sermón de aquella tarde. Pero cuando no amanezco cuáquero, vale decir casi todas las mañanas, juro que me porté como un idiota. Como un redomado idiota que no merece perdón de Dios.)

—La habitación era un cuchitril de tres metros por lado, sin más muebles que el diván donde yo había caído y un pequeño escaparate pintado de azul y blanco. Un candoroso escaparate construido para guardar juguetes y ropitas de niño, inexplicablemente presente en aquel lugar. Tendido como estaba de bruces sobre el diván, los seis *esbirros* no esperaron a interrogarme para darme la primera paliza con garrotes arrancados de los árboles que rodeaban el rancho. Cuando se rompía sobre mis nalgas, sobre mis costillas o sobre mi cabeza alguna de esas estacas aún erizadas de espinas y salpicadas de hojas verdes, se escuchaba al instante el ruido de los machetes que cortaban nuevas ramas a los árboles de afuera. Casi una hora duró aquella tunda y no duró más porque el Bachiller la detuvo para decirme: «Eso te ha sucedido por negarte a declarar. Di los nombres de los militares que han conspirado contigo y se termina este asunto. Pero si no lo dices, te vas a morir a palos como un perro sarnoso». Y como yo le respondiera por centésima vez que mis principios me impedían conspirar con militares, El Bachiller me anunció que habían llegado juntas la hora de

mi muerte y la de mi entierro. Salí de la casucha amoratado y sangrante rodeado de *esbirros* con ametralladoras al brazo.

Era, tal como lo había deducido bajo la venda, un rancho campesino emboscado en una arboleda. Caminamos más de cincuenta metros, y al llegar al tronco de un bucare sin flores y sin hojas, El Bachiller puso en mis manos una pala y un pico: «¡Ponte a cavar tu tumba, desgraciado!», gruñó. Recordé los anteojos negros atiborrados de algodones, elemental precaución para impedirme ver el camino, y me puse a cavar sin mucha zozobra, convencido de que aquel agujero no iba a ser mi tumba. Cuando el hoyo adquirió el tamaño de una sepultura y yo seguía cavando metido en su osquedad, uno de los *esbirros* me apuntó desde allá arriba con su ametralladora mientras vociferaba: «Tienes la última oportunidad. O declaras lo que sabes, o te mueres». Ante mi respuesta: «Van a matar estúpidamente a un hombre que no sabe nada», el tipo traqueteó la ametralladora y la situó en posición de disparar. Yo cerré los ojos, por si acaso era verdad. Transcurrieron así varios segundos y después me sacaron del hoyo, me esposaron nuevamente, me devolvieron al cuchitril del escarparte azul y blanco, y se repitió la escena de la patada en el abdomen que me tiró sobre el diván. Por entre el ramaje de los árboles mutilados titubeaba la luz sucia de un amanecer con neblina.

(Cuando se trata simplemente de cumplir con las leyes de la naturaleza, o de cometer el tercero de los pecados capitales, todo marcha sobre rieles. Y también concluye

todo sin complicaciones al presentarse la hora oportuna de ponerle fin. Prueba de ello es que ninguna de mis tiernas visitantes deja de ser amiga mía una vez que cesan las relaciones de otra índole: «¿Cómo estás. Periodista? La verdad es que cada día te ves más joven en los retratos». «Mi marido desea conocerte, Periodista. ¿Le he hablado tanto de ti!». «Allá en el fondo te sigo teniendo una gran simpatía. Hay cosas que no se olvidan nunca». «Periodista, por favor, logra en el diario que me manden un fotógrafo porque estoy dando una fiesta bellísima». «¿Sabes que me caso la semana próxima. Periodista? No te perdonaré si no asistes a la boda». «Etcétera, etcétera». En cambio, la situación se complica gravemente cuando alguna llega a enamorarse en serio, quiero decir enamorarse hasta el cogollo del alma, catástrofe que —¡a Dios gracias!— sólo ha sucedido en dos ocasiones. No existe en la tierra nada más valiente, ni más generoso, ni más obstinado, ni más respetable que una mujer enamorada. Está dispuesta a renunciar a su casa y a su fortuna, si las tiene; a su familia y a sus hijos, si los tiene; a su propia vida, que ésta la tiene siempre en bandeja de plata. Una mujer enamorada, digo enamorada hasta el cogollo del alma, supera en devoción a los místicos, en desinterés a los altruistas, en abnegación a los revolucionarios y en afán de sacrificio a las madres, ¡caray!, lo cual es demasiado decir. A un sinnúmero de personas de uno y otro sexo le lucirían estrafalarias estas creencias mías, porque infinidad de mujeres ven visiones de sentirse enamoradas sin haberlo nunca estado, como infinidad de hombres pasan por el mundo sin disfrutar la gracia de que una mujer se enamore de ellos. Pero cuando yo sostengo esos dogmas es porque me acuerdo en

primer término de Milena, la maestra de idiomas, y de su alegría de colegiala cuando le compro bombones, y de sus ojos aterrados cuando me sube unos décimos la fiebre a consecuencia de un resfriado, y de su desproporcionada vanidad cuando gano un modesto concurso de reportajes, y de sus pequeños pies sonrosados que la traen hasta mis brazos, y de sus trémulos sollozos con la mirada en blanco, y de su incesante impulso de abandonarlo todo, familia, clases de inglés, lo que sea, para venirse a vivir conmigo, a dormir conmigo, a barrer mi apartamento y a poner claveles en mis floreros vacíos. De Milena que enfermó gravemente —no tengo necesidad de comprobarlo— al enterarse de cómo me habían prendido los esbirros cuando iba en derecha hacia su casa, a darle un beso nada más. De Milena, cuyo amor volará por encima de las llanuras verdes, navegará por entre las aguas del gran río, se colará a través de los espesos muros de la cárcel, franqueará los cartones que tapiaban nuestras rejas, para traerme una carta suya a este calabozo. Será la primera noticia que nosotros, no solamente yo sino cuatro presos más que no conocen a Milena, tendremos del mundo exterior, ¿qué duda cabe?)

—Me daban palos y más palos todas las noches. Durante el día me adormitaba atontado y sediento sobre el diván, en espera de las felpas nocturnas, mientras tres *esbirros* armados de ametralladoras custodiaban el cuarto y vigilaban los alrededores de la casucha. A la medianoche se escuchaba a lo lejos la corneta del *jeep* que anunciaba la inminente aparición del Bachiller y su pelotón de torturadores. Lo que iba a suceder diez minutos más tarde

me causaba tal espanto que una noche me oriné insensiblemente en el diván al escuchar el primer graznido remoto de esa corneta. La escena se repetía idéntica todas las noches, como en las obras de teatro. Entraba el Bachiller al frente de sus hombres, se aproximaba al filo del diván donde yo me encogía con el cuerpo jaspeado de hematomas y los ojos desmesuradamente abiertos y me preguntaba con su untuosa voz de proxeneta: «¿Vas a declarar esta noche?».

Entonces yo le respondía: «Ya he declarado todo y no sé más nada», y acto seguido comenzaba la paliza sobre los verdugones y las heridas de la noche pasada y de tantas noches anteriores. Pero aquella vez, cuando me oriné en el diván al escuchar apenas el graznido lejano de la corneta del *jeep*, sentía un miedo inmenso al dolor físico, un ansia tan irrefrenable de no ser golpeado en esa ocasión, que ideé un truco insensato para evitarlo. El Bachiller hizo su entrada y pronunció sus palabras habituales: «¿Vas a declarar esta noche?», pero no le respondí yo las mías de costumbre sino estas otras: «Está bien. Voy a declarar». Al Bachiller le brillaron los ojillos malvados y se dirigió a uno de los *esbirros*, el mismo que me había apuntado con su ametralladora en la madrugada de mi fingido entierro, para ordenarle: «¡Saca la libreta y toma nota!». Sin vacilación comencé a dictar nombres de tenientes y capitanes inexistentes, ubicándoles en cuarteles que sí existían y afirmando que había conspirado con todos ellos. Esa noche —según mi cuenta la séptima en manos del Bachiller— no me pegaron. Por el contrario, me alargaron un vaso de agua para mi sed enloquecedora y un ala de pollo que le había sobrado de la cena a uno de los *esbirros*

de la custodia. El Bachiller me observaba sorprendido, agazapado en una recelosa contemplación. Luego agrupó a sus hombres y partieron de prisa en el *jeep*, dejándome una vez más con los tres *esbirros* de la guardia. A distancia se escuchó el repiqueteo escalofriante de la corneta. Iban en busca de oficiales inexistentes en cuarteles que sí existían. Pero, al menos aquella noche no llovieron estacazos sobre mis magulladuras y heridas, al menos aquella noche obtuve un vaso de agua para mi sed desenfadada.

(No es totalmente exacto que la política me haya tragado contra mi voluntad, como le sostengo medio en broma al Barbero. Desde mis tiempos de estudiante asisto a los mítines, leo los semanarios de los partidos, discuto de socialismo y de cooperativas con mis compañeros de curso. La dificultad de ir más lejos reside en mi amor a la libertad individual por encima de todas las cosas. Así como prefiero refugiarme en un apartamento solitario antes que volver a la casa de mi padre, así como no me caso con Milena ni con ninguna otra para esquivar la injerencia en mi vida de un huésped zalamero, de igual modo me repugna la idea de ingresar en un partido político donde pretenderán imponerme normas disciplinarias, me obligarán a frecuentar insípidas reuniones nocturnas con libros de actas y secretarios de finanzas, e incluso me enviarán a pronunciar discursos en pueblos del interior, a los cuales se llega sudado después de tres horas de pésimas carreteras, y al final de la asamblea se acercan veinte sujetos desconocidos que reparten abrazos y manifiestan su entusiasmo: «¡Muy

bien, compañero Periodista, ha estado usted extraordinario!», aunque uno tenga la certeza de haber estado detestable. Pero de nada valen mi afán de independencia ni mis ensueños cimarrones en una nación que sufre de furor uterino político desde hace siglo y medio, que no habla sino discursos políticos, que no sueña sino pesadillas políticas, que se emborracha con el propósito exclusivo de gritar improperios políticos en medio de la calle, que no ha tenido oportunidad de industrializarse, ni de higienizarse, ni de educarse, por estar discutiendo pendejadas políticas. Finalmente yo también, para causarle un pequeño placer a una enfermera que visita mi apartamento —no con ánimo de cuidar mi salud sino por motivos muy diferentes— e insiste con sus besos de mulata a mi oído: «Pero mi amor, ¿quién te ha dicho que nosotros te vamos a quitar tu libertad?, ¿acaso nosotros, somos la Compañía de Jesús?», yo también me inscribo en un partido político, en el partido político de mi enfermera, naturalmente. Al principio limito mis deberes de militante a asistir una que otra tarde a la barra de la Cámara de Diputados, llevado por la misión voluntaria de aplaudir a nuestro líder, elocuente como ninguno. Pero cuando los jefes militares dan su cuartelazo y se lanzan a repletar las cárceles y a vaciar el erario, se me sublevan los glóbulos rojos, me convierto en orador de primero de mayo y termino por quebrantar mis «convicciones civilistas» para meterme a conspirador.)

—Regresaron a la medianoche siguiente tras inútil búsqueda de los tenientes y capitanes fantasmas. El

Bachiller había concurrido temprano a algún convite, tal vez a un matrimonio donde se brindó por la felicidad de los novios, como era fácil deducirlo del *smoking* que llevaba puesto y del aliento aguardentoso que me sopló a la cara. Pero nunca le había visto tan tenebrosos los ojillos de víbora, ni tan pronunciado el rictus de criminal que le arqueaba los labios. Él y sus *esbirros*, sin preocuparse esta vez de formularme pregunta alguna, comenzaron a gritar injurias soeces contra mi madre muerta, mientras me daban de patadas en el rostro y en las costillas. Después uno de ellos me traspasó la piel del antebrazo derecho con una aguja de coser sacos enhebrada por un hilo áspero, y tiraba del hilo como tiran los arrieros de la soga con que conducen y suplician a los bueyes nariceados. Ese dolor agudísimo, y otro aún más terrible que en su fulminante estallido no me permitió precisar de dónde provenía, me hicieron perder el conocimiento, no sé por cuánto tiempo. Cuando abrí de nuevo los ojos ya no sentía el bayonetazo de la aguja perforando la piel del antebrazo, sino el otro sufrimiento espantoso y en un punto muy preciso: en el esfínter del ano. Despacio, muy despacio logré darme cuenta de la iniquidad cometida por mi verdugo.

El Bachiller, de *smoking* y un poco borracho, fuera de sí a causa de las declaraciones falsas que yo le había dictado la noche anterior, no satisfecha su venganza con las injurias a mi madre muerta, no saciaba tampoco con el espectáculo de mi carne traspasada por una aguja de coser sacos, había tomado entre sus manos una de aquellas estacas de puntas afiladas por los machetes y a mí, esposado y desnudo, lacerado y sin fuerzas, me la había clavado en el ano como un arpón de ballenero. Una cuchillada de hielo me hacía

castañetear de frío al mismo tiempo que un sudor viscoso me empapaba las sienas. Allá abajo sentía una brasa que me quemaba los tejidos, que no se apagaba nunca, que reavivaba su candela bajo los espasmos incontrolables del esfínter por expulsar el desmesurado cuerpo extraño que me desgarraba las mucosas. Me acometía un falso deseo de evacuar que era más bien ansia de escupir la vida por aquel boquerón sangrante. Respiraba afanosamente pero no alcanzaba a percibir los latidos del pulso en las muñecas esposadas. Cuando volví a desmayarme a los pocos instantes, pensé que la muerte había llegado generosamente para tomarme en sus brazos, para libertarme de tanta miseria. Una muerte de frente blanca y pañolón negro, con la apariencia dulce y severa de mi madre.

(¡Qué necio fui cuando, convertido en ciego por los lentes oscuros atiborrados de algodones, sosegué mi angustia al deducir que aquella treta destinada a ocultarme una ruta era signo inequívoco de que regresaría con vida, indicio cierto de que no pensaban matarme! ¡Qué torpe fui cuando no vislumbré que existían barrancos peores que la muerte, ni presentí que yo mismo me dirigía hacia algo cien veces más tenebroso que la muerte! Todo estaría concluido si la comedia de la sepultura al pie del bucare no hubiese sido solamente una comedia, si el esbirro hubiera disparado realmente su ametralladora para dejarme muerto en la fosa que mis manos habían cavado, es decir, tranquilo, es decir, insensible a este dolor quemante que me desfleca los intestinos, a este dolor que me baja hasta los tobillos como si una ramazón de

alambre de púas se arrollara a mis arterias, a este dolor que me sube por la espalda hasta el cuello como si me machacaran las vértebras con un martillo. Ya me sacaron el garrote que se hundía en mis tejidos pero lo siento aún muy adentro, mucho más profundo ahora que no está, como si ya me punzara la piel del abdomen, como si ya estuviera a punto de asomar por delante al nivel de mi ombligo. No se trata de salvar la vida, como imaginé ingenuamente al principio, sino de ingeniarse para perder la vida. He dejado de ser un ente humano para convertirme en un batracio con las tripas afuera, en un pelele pintarrajeado por una sucia hemorragia pegajosa que mana del ano y se desliza muslos abajo hasta destilar por entre los dedos de los pies. El único callejón para escapar de este oprobio, y de la paliza de mañana en la noche, y de la presencia del Bachiller, es la muerte. Es preciso no existir, es preciso morir, y yo estoy resuelto a lograrlo.)

—Cuando regresaron veinticuatro horas más tarde, yo había meditado a la luz de la fiebre dos procedimientos diferentes para hacerme matar por el Bachiller o por uno de los *esbirros*. Me encontraron hecho un ovillo sobre el diván, tendido sobre el costado derecho en un charco de sangre, con las piernas encogidas y las nalgas entreabiertas por el soplo de fuego que brotaba del recto. Un furioso dolor de cabeza se sobreponía a todos los otros dolores. (¡Bachiller, es necesario que usted me mate esta noche», le dije al verlo. El me replicó sonreído: «No te preocupes que

sí te vamos a matar, pero no esta noche, sino poco a poco, después de hacerte pedazos». Entonces pronuncié el discurso que había preparado cuidadosamente a la luz de la fiebre: «Si usted no me mata ahora mismo, Bachiller, yo consagraré el resto de mi vida a una sola finalidad: a vengarme de usted. Si algún día salgo de la cárcel, como salen casi todos los presos, no daré paz ni descanso a mi alma ni a mi cuerpo hasta tanto no le haya cobrado a usted el daño infamante que me ha causado. Lo buscaré como un perro a su dueño, lo encontraré en el rincón de la tierra donde se esconda y le haré pagar hasta el último de estos ultrajes. Yo le aconsejo que me mate esta noche, Bachiller. Si no lo hace, le juro por mi honor, le juro por las cenizas de mi madre, que mi vida futura no tendrá otro sentido sino vengarme de usted, escupirle la cara, sacarle los ojos, degollarlo con mis propias uñas». El Bachiller me miró unos segundos pensativo, pero en seguida se encogió de hombros, introdujo un nuevo cigarrillo en el aro de su boquilla y respondió despectivamente: «No hables mancadas, Periodista, que tú no vas a salir vivo de la cárcel». Al oír aquello comprendí que no estaba dispuesto a matarme por mis palabras y decidí poner en práctica mi segundo plan de suicidio. Acurrucado en el diván, en acecho las coyunturas de las rodillas como el gatillo de un arma, esperé pacientemente que uno de los *esbirros* situara su rostro al alcance de mis talones.

Precisamente el más abominable, el que me descargaba los estacazos con mayor sevicia, se aproximó impelido por la curiosidad de observar el rosetón de mi herida. En ese instante estiré ambas piernas en un zarpazo violento y preciso, tan bien calculado que logré sacudir los dos

talones en plena boca del *esbirro*. El hombre cayó de espaldas, con los labios sangrantes, sobre las gavetas infantiles del escaparate azul y blanco. Observé anhelante cómo se incorporaba enfurecido, cómo alzaba la ametralladora al nivel de mi cuerpo, cómo me apuntaba con ella. Pero escuché al mismo tiempo un alarido del Bachiller que paralizó los movimientos de todos: «¡Cuidado, carajo, con matar a ese hombre!». Y me resigné entonces definitivamente a no salvarme de la vida.

(No creyó el Bachiller en la sinceridad de mi maldición, ni tampoco dije yo aquellas amenazas con intención de cumplirlas sino como artimaña en procura de una muerte que no obtuve, pero lo cierto es que mis palabras fallidas se han convertido ahora en solemne e inquebrantable juramento. Un pus amarillo verdoso que hiede a cadáver me brota de la herida. El dolor se ha amortiguado levemente pero siento el peso de una piedra enorme o laja de acero que me oprime el bajo vientre. La muerte de un hombre es un proceso mucho más laborioso de cuanto uno se imagina, porque el organismo se aferra a no morir con garras de náufrago, le clava a la vida sus defensas frenéticas y el desenlace tarda, ¡cuánto tarda! Incluso llego a pensar que no moriré de las palizas, ni de la sed, ni de la herida, sino que recuperaré con el tiempo mi salud y mis energías, en una prodigiosa resurrección que me permitirá cumplir mi promesa de matar al Bachiller. El Bachiller escapará a la vindicta de las turbas, confundido en el torbellino de la rebelión; el Bachiller huirá al extranjero con su fortuna robada; el Bachiller se refugiará en un balneario norteamericano o en un

boulevard de París, custodiado por guardaespaldas y protegido por la policía de esas naciones civilizadas y democráticas. Pero yo lo seguiré como su propia sombra retaca de bufón, veré pasar sin inmutarme las noches y los días, los inviernos y los veranos, en espera de la hora madura, del minuto maravilloso que sellará su muerte. Tal vez lo encuentre vestido de smoking como la noche en que me desgarró los intestinos con una estaca, o tal vez lo sorprenda acostado en la arena de una playa y protegido del sol por un gran paraguas a rayas verdes y blancas, o quizás sea necesario trepar a un balcón y apuñalarlo en su cama después de despertarlo para que compruebe mi fidelidad a los juramentos. Más tarde me matarán a mí, al chisporroteo de una descarga eléctrica o al tajo de una guillotina, pero ya no existirá el Bachiller y la evocación de su cadáver pequeño y barrigón me servirá de consuelo en el trance de cumplirse la sentencia. Juro nuevamente por las cenizas de mi madre que mataré al Bachiller.)

—El carapacho del Periodista había agotado sus últimas reservas, amigos míos. A dos dedos como estaba de la agonía, o terminaban de despacharme o me dejaban en paz. Y como tenían órdenes precisas de conservarme vivo, procedieron una madrugada a regresar conmigo al edificio de la Seguridad Nacional. De nuevo me vistieron y de nuevo me plantaron los anteojos negros atiborrados de algodones, como si yo me encontrara en condiciones de recordar caminos. En vilo me subieron al *jeep*, en vilo me bajaron de él al cumplirse nuestro viaje de vuelta, en vilo

me condujeron al cuarto de las bicicletas y allí me desnudaron y me esposaron una vez más antes de traerme un vaso de leche que me dio a beber un *esbirro*. Toda una semana me mantuve a tragos de leche como único alimento, pero pasaban los días y no defecaba, más aún, me producía un escalofrío de horror el sólo pensar que tarde o temprano tendría que hacerlo.

Una mañana entró un médico al cuarto de las bicicletas, con su maletín de instrumentos colgando de la mano derecha. La fealdad de mis heridas y el hedor de mis llagas le crisparon el rostro. “¡Coño!», dijo asombrado, y se marchó para volver al rato provisto de ungüentos, algodones y vendas. Mientras me hacía una cura minuciosa, tras lavarme la región entera con agua oxigenada, le pregunté su nombre y él se negó a dármelo. Era un médico de la policía, lo entendí obviamente, pero deseaba conocer su nombre y tampoco me lo dijo al día siguiente, cuando regresó a practicarme una segunda cura. Me informó que yo había salvado la vida gracias a que, por inaudita casualidad, la púa al penetrar no tocó la túnica del peritoneo. Sin embargo, no me quiso dar su nombre. Las heridas comenzaron a cicatrizar pero yo no podía defecar, no quería defecar, no me atrevía a defecar. Un día cualquiera resolví hacerlo, no me quedaba otro recurso, y las heces duras y secas, retenidas por tan largo tiempo, me arrancaron un dolor agudísimo, similar al de la estaca cuando se clavó para herirme, y caí desmayado sobre mis excrementos.

(Cuando salga de estas cárceles, como saldré

inevitablemente en alguna fecha y no importa cuál, dejaré a los compañeros de la redacción con los brazos abiertos para el saludo de bienvenida. Tampoco regresaré a la casa de mi padre y mis hermanas, con su tranquila biblioteca y su jardín sembrado de geranios. No iré en busca del noble regazo de las mujeres, ni del sabroso aguardiente de sus besos, ni del sublime estremecimiento del coito. Milena misma se quedará esperando mis caricias porque antes debo cumplir mi compromiso de matar al Bachiller. Seré tan sólo un proyectil disparado que ya cruza los aires, que ya ha recorrido la mitad de su trayectoria, que ya no puede detenerse ni retornar al sitio de donde ha partido, que está destinado a estrellarse sobre la jeta repulsiva del Bachiller, sobre la mirada criminal del Bachiller. Tieso y frío como un perro de mármol quedará su cadáver a mis pies. Mis manos le cerrarán para siempre los ojitos de ofidio o de roedor y yo me reiré a carcajadas sentado en una lápida blanca donde estará escrito con letras de oro: «Aquí yace el Bachiller».)

—Pasé un mes tirado en el cuarto de las bicicletas, sumergido en un sopor gelatinoso, alimentado con pan ensopado en leche...

En ese punto se abrió la reja y entraron Genaro y Antonio con el rancho de la noche. El Periodista interrumpió su relato cuando muy poco faltaba para concluirlo.

Y añadió solamente las frases finales algunos minutos después, mientras rebuscaba una piltrafa de carne entre los

pellejos de su ración:

—Cicatrizaron al cabo mis heridas. Los *esbirros* me arrastraron entonces a un calabozo donde se hallaban encerrados tres dirigentes de mi partido, con quienes había recorrido cien caminos provincianos, con quienes había compartido pan y techo. Se quedaron mirando con extraña fijeza a aquel espectro cojitranco que cruzaba la reja, quiero decir a mí. Me examinaron atentamente como si trataran de desentrañar un recuerdo, y como no lo lograron, uno de ellos me preguntó conmovido: «¿Y tú quién eres, amigo?, ¿cómo te llamas?, ¿de dónde vienes en ese estado?, ¿por qué te han reunido con nosotros?».

El Periodista hundió los ojos en el platón del rancho, bajó la voz y dijo:

—Ninguno de los tres me había reconocido.

EL MÉDICO

TRANSCURRIERON ocho días calcados el uno sobre el otro, agobiados bajo el peso del mismo aburrimiento, afiebrados igualmente por el aire caliente del calabozo, más horno de fundición que calabozo, más paila de infierno que calabozo. Las veinticuatro horas describían un círculo sin variantes: Levantarse a las seis de la mañana al chiflido estridente de un pito; escuchar los gritos de la numeración de los presos en el pabellón vecino; cargar con el rancho del desayuno que traían los dos italianos; salir uno por uno a lavarse un poco y a hacer las necesidades en el cuarto de las letrinas; regresar a tenderse

sobre las colchonetas con las manos bajo la nuca; cruzar el recinto de un extremo a otro como animales enjaulados; comer el rancho del almuerzo; adormitar la siesta al rescoldo de un calor que empozaba de sudores los camastros; caminar de nuevo maquinalmente entre rincón y rincón; hablar de asuntos triviales a frases trucas y con el pensamiento puesto en otra cosa; recibir de los italianos el rancho del atardecer; salir a lavar los platos; escuchar la numeración nocturna de los presos; acatar el mandato de la señal de silencio; dormir; levantarse a las seis de la mañana al chiflido estridente de un pito, y así sucesivamente.

Al iniciarse el noveno día, con el tazón de avena picada apretado entre las rodillas, el Capitán exclamó de repente:

—¡Esto no debe seguir así! ¡Es preciso hacer algo útil!

Y el Médico, que ya había meditado una solución durante sus paseos de un ángulo a otro de la celda, respondió al vuelo:

—Se puede organizar un plan de estudios.

El Periodista esbozó un comentario burlón:

—¿Dónde piensan ustedes adquirir los textos? ¿En la biblioteca de los excusados? Justamente anteayer se me ocurrió preguntarle al *esbirro* que me llevaba a ese sitio: «¿No están permitidos los libros en este presidio?», y él me respondió: «Los incomunicados no pueden leer. Usted está incomunicado. ¿No lo sabía?».

—Estudiaremos sin libros —afirmó secamente el Capitán.

—Con lo que cada uno recuerde de memoria —le respaldó el Médico.

Y procedieron de inmediato a seleccionar las materias, a designar los profesores, a establecer los horarios.

—Yo daré clases de inglés, si alguno de ustedes desea aprender ese idioma —se ofreció el Tenedor de Libros, que no había olvidado las lecciones de la escuela de comercio ni las cartas de la casa Diamond T de Chicago.

Los otros aceptaron complacidos. Salvo el Periodista que lo chapuceaba, todos desconocían el idioma inglés.

—Yo dictaré un sencillo curso de álgebra —dijo a su turno el Capitán—. La aritmética que les enseñaba a los soldados en el cuartel resultaría demasiado elemental para ustedes. En cambio, a los cadetes de la Escuela Militar les daba álgebra. ¿Les interesa el álgebra?

—Nos interesa el álgebra —respondió el Médico en representación de los cuatro—. Y nos interesa también adquirir nociones de táctica y de estrategia.

—En cuanto a mí —intervino el Periodista—, tendrán que conformarse con paliques desordenados sobre historia y literatura, un poco revueltos entre sí y otro poco interrumpidos por lagunas y remiendos. Les voy a enseñar pedazos de la Biblia y de la *Divina Comedia* como si realmente hubieran sucedido y, por llevar la contraria, no

tengo la menor idea de lo que pasó en la Guerra de las Dos Rosas.

—¡Qué lástima! —se lamentó sinceramente el Barbero y los demás soltaron la risa—. Una guerra con un nombre tan bonito.

El Médico, en contraste, estaba en condiciones de cumplir rigurosamente la enseñanza de sus asignaturas. Había sido profesor de un liceo y guardaba frescos y bien compaginados en la cabeza los temas de biología y de química que hasta hace poco explicó a sus alumnos adolescentes.

—Además —insinuó—, mi verdadera vocación no es la medicina, sino la economía política. Puedo dictarles de ñapa un cursillo semanal de economía política.

—Es decir —murmuró socarronamente el Tenedor de Libros—, que aspiras a aprovecharte de nuestra prisión para convertirnos al marxismo.

El Barbero añoraba la presencia de un peine y de unas tijeras, herramientas imprescindibles para instruir a sus compañeros en la ciencia de cortar el pelo, única que estaba a su alcance. Sin embargo, nada dijo a ese respecto y se limitó a brindarse como discípulo de los cuatro profesores. Ya buscaría la manera de defenderse del álgebra esa que había mencionado el Capitán y que desde ahora presentía erizada de complicaciones.

Las clases comenzaban en la mañana, después del rancho

del desayuno, se interrumpían a la aparición del rancho del mediodía y se reanudaban más allá de la siesta, dos horas antes del rancho del atardecer. No existían libros de consulta, no disponían de papeles ni de lápices para tomar apuntes, no se tenía con frecuencia la convicción de que se estaba diciendo el nombre adecuado, la fecha exacta, pero a pesar de todo eran clases donde un maestro enseñaba y cuatro escolares aprendían.

La tarde en que el Médico accedió a contar su historia eran más sofocantes que nunca las bocanadas de calor. Andaba suelto por los corredores el sol reverberante de las tres en punto, que hacía arder como planchas de acero los pisos de cemento, soplaban ventoleras de candela contra las paredes y sobre los techos, chamuscaba casi los cartones que tapiaban las rejas.

El Médico exponía pausadamente su lección de historia natural desde el borde de su cama, que era la del centro del recinto, y los cuatro hombres restantes lo escuchaban sentados en corro sobre el suelo, desnudos hasta la cintura, en calzoncillos por toda vestimenta, sudados como peones en pleno esfuerzo. Los goterones les corrían de los hombros hasta las manos, les mojaban los talones, destilaban de las nalgas a través de los calzoncillos y dibujaban caprichosas manchas en el cemento. El Médico había comenzado a hablar de los huesos de las extremidades inferiores, pero la atención de sus oyentes, nublada por el sopor agobiante, lograba captar a duras penas los pormenores del fémur, de la tibia, del peroné, del calcáneo y de las falangetas.

A los pocos minutos el Periodista manifestó con brusca sinceridad la opinión unánime:

—Esta tarde hace demasiado calor para dar clases y también para recibirlas, Médico. ¿Por qué no te olvidas un rato de las choquezuelas y nos cuentas tu historia?

—¿Cuál historia?

—Pues la de tu prisión, la de tus torturas —precisó el Periodista.

El Médico usó los faldones de su camisa de kaki para limpiar pulcramente los vidrios de sus anteojos, gesto impropio en un calabozo donde no había escrito que leer ni objeto digno de mirar, y comenzó su relato:

—Cuando el partido fue condenado a la ilegalidad por un decreto de la dictadura, no nos tomó el asunto de sorpresa ni nos costó mayor trabajo adaptarnos a la nueva situación porque de vida clandestina teníamos experiencia y porque en caldo de persecuciones habíamos nacido y crecido. Fue necesario simplemente desempolvar los viejos multígrafos, limpiar y aceitar los tipos de nuestra imprenta veterana, poner nuevamente en acción continua los organismos celulares y los comités regionales un tanto oxidados por la vida legal. El problema que nos causó más serias dificultades fue establecer una red de escondites para nuestros dirigentes perseguidos, para la imprenta y los multígrafos, pero al cabo de pocos meses ya estaba marchando mal que bien todo ese mecanismo, no obstante que varios de nuestros organizadores más hábiles cayeron

presos en las primeras redadas. A mí ni lograron ponerme la mano. Tuve tiempo de cerrar mi consultorio e incorporarme a la dirección del partido. A mi cargo quedó el departamento de propaganda, la redacción de manifiestos y la centralización del material para nuestro periódico clandestino.

(Mi historia, como la ha llamado el Periodista, arranca de mucho más lejos, si me pusiera a contarla como es debido. Mi historia comienza cuando soy apenas un estudiante de bachillerato y aparece de improviso mi padre macilento y enfermo, con una barba mustia y blanquecina que le cae sobre el pecho. Las mujeres de mi casa —mi madre y las dos hermanas de mi padre son las mujeres de mi casa— corren hasta el zaguán llorando de alegría, al menos ellas dicen que es de alegría. No conozco a mi padre porque lo hicieron preso hace muchos años, cuando yo tambaleaba mis primeros pasos sobre los mosaicos multicolores del corredor, guiado por las manos sentimentales de mis dos tías. No lo conozco personalmente, es cierto, pero en cambio mi infancia entera se desliza bajo el cobijo de su nombre, de su figura, de su recuerdo. En esta casa no se habla de otro tema sino del preso, de cómo hacerle llegar una carta al preso, una medicina al preso, una botella de leche al preso. El delito de mi padre ha consistido en denunciar atropellos por medio de una carta pública, o en reunirse a hablar de política con enemigos del gobierno, que para el caso es lo mismo. Se lo llevan a empujones, como siempre se han llevado a los hombres dignos en este país, y pasa más de doce años sepultado en una mazmorra junto al mar, maniatados los tobillos por pesados lingotes

de hierro, acorralado por el hambre y la disentería. Nunca recibe las cartas, ni los remedios, ni las botellas de leche, aunque da a entender a su regreso que todo lo ha recibido, ávido de despertar una sonrisa en el rostro marchito y acongojado de mi madre. Vuelve barbudo y descarnado, en nada parecido al caballero vigoroso que mi madre y mis tías me han enseñado a querer inmensamente a través de un retrato de cuerpo entero que preside nuestro hogar. Pero tampoco tengo tiempo de conocerlo cuando sale de la cárcel, tan enfermo retorna que muere a los pocos días rodeado del amor y las lágrimas de las mujeres de mi casa, a quienes les deja mi persona por única herencia. En cuanto a mí, el legado de mi padre es el grave compromiso de seguir su ejemplo que significa en dos palabras luchar por la justicia para este pueblo, mi padre a su manera y yo a la mía.)

—Los *esbirros* allanaron repetidas veces mi casa. El primer día se apoderaron de mis libros de teoría revolucionaria y de algunos textos de medicina en francés, solamente aquellos que estaban en francés, pero en los asaltos posteriores no hallaron sino devocionarios, estampas de María Auxiliadora y recetas de cocina copiadas en un cuaderno negro por la letra garbosa de la menor de mis tías. Finalmente cesaron los registros y dos meses más tarde fue retirada la vigilancia de las esquinas, completamente persuadida la policía de que jamás se me ocurriría el desatino de esconderme en mi propia casa. Tan insensato parecía que resolví precisamente volver a ella, trasladar mi escritorio de trabajo al último cuarto y abrir

una madriguera en la pared, detrás de un armario, para utilizarla en caso de emergencia. No era ése mi refugio fijo, pero regresaba a su amparo periódicamente mientras los *esbirros* me buscaban con furia en los más alejados rincones de la ciudad. Y si me capturaron a la larga en mi propia casa no fue porque resultara imprudente mi táctica, lo sostendré a pie firme contra algunos diligentes del partido que tal vez opinarán lo contrario, sino a causa de una delación hasta ahora sin aclarar que se habría producido igualmente si yo hubiera estado escondido en cualquier otro sitio. La denuncia fue precisa y detallada.

La noche de mi arresto los *esbirros* rodearon la manzana entera con carros patrulleros, saltaron las paredes posteriores sin molestarse en tocar la puerta delantera, y se dirigieron directamente a la habitación donde yo me guarecía. Alertado por los ruidos, tuve tiempo de encerrarme con llave por dentro, tragarme aquellos papeles donde había anotado direcciones y números de teléfonos, y agazaparme en la madriguera detrás del armario, en tanto los *esbirros* descargaban golpes rabiosos sobre la puerta y amenazaban con derribarla, como en efecto la derribaron a culatazos de fusil, apartaron sin vacilaciones el armario que ocultaba mi escondrijo y me clavaron en las costillas el cañón de una ametralladora.

El delator pertenecía a nuestra organización, de otra manera no habría podido suministrar informaciones tan cabales. Eran más de veinte los *esbirros* y entre todos me llevaron hasta los automóviles que se hallaban estacionados a más de ciento cincuenta metros de distancia. Mi madre y mis dos tías, descalzas y en batas de

dormir, corrían detrás del pelotón y daban gritos que despertaban a los vecinos y los obligaban a asomarse a los postigos y a las puertas. «¡No lo vayan a matar!», «¡No lo vayan a matar!», repetían a coro las tres mujeres. Los *esbirros* tenían órdenes, no de atraparme vivo sino de llevarme muerto, de meterme un tiro en la frente dondequiera que me encontraran, eso lo decía todo el mundo en la ciudad, y hasta ellas había llegado el rumor. Por ese motivo corrían gritando, descalzas y en batas de dormir, tras el cortejo de *esbirros* empecinadas en despertar a los vecinos para impedir que me acribillaran a balazos a los ojos de tanta gente.

(Logro terminar los estudios de bachillerato y dar inicio a los de medicina gracias al temple de las mujeres de mi casa. Al volver del colegio se adelanta a recibirme el afanoso repiqueteo de la máquina de coser, un extraño animal metálico de lomo negro y letras doradas donde la mayor de mis tías respuntea faldas de mujer y camisas de hombre por encargo de la tienda de un turco. También me saluda desde la cocina el aroma de mermeladas y confituras que emerge de un gran caldero cuyas dulces burbujas revuelve la menor de mis tías con su cucharón de madera. Mi madre no posee esas habilidades manuales, pero es quien administra la casa, quien sale de compras, quien va hasta la tienda a entregar la costura y a discutir los precios con el turco, quien consigna los potes de mermelada en las bodegas de las esquinas y en los tarantines del mercado, quien se preocupa de mantener limpios los pisos y juvenil el verde de los helechos del patio, a quien le sobra todavía tiempo para rezar el

rosario por las tardes, y para ayudarme a estudiar la historia universal, y para llevarle a un enfermo del vecindario la medicina que no tiene con qué comprar. Un día de julio obtengo el título de bachiller, gran acontecimiento. Mi madre y mis tías me regalan un traje de casimir gris con chaleco, ¡yo con chaleco!, y preparan una torta con bizcochuelo que rociamos con vino moscatel y nos comemos entre risas y cuchufletas. Al final lloramos un poco los cuatro porque mi padre no se encuentra presente ni puede compartir nuestra felicidad.)

—A la puerta de la Seguridad Nacional me esperaba un jefe de torturas a quien llaman el Negro. Es un gigante panzudo, más bien mulato claro o mestizo de pelo liso, pero a él le agrada que lo llamen el Negro. Ya estaba en cuenta de mi captura y por esa razón se encontraba allí, plantado en el umbral de aquella puerta iluminada. El Negro se puso al frente del pelotón de *esbirros* y guió la marcha hasta el salón de interrogatorios. Entonces se sentó encima de un escritorio y me habló por vez primera de este modo: «Ahora me va usted a decir, doctor, en qué sitio está escondido Santos Yorme y dónde funciona la imprenta que edita el periódico de su partido». Las cinco palabras de mi respuesta habían sido meditadas y claveteadas en mi cerebro, buenas para cualquier pregunta que me hiciera la policía: «No tengo nada que decir». No bien las hube pronunciado, el Negro se levantó violentamente de su improvisado asiento, irguió frente a mí su figura corpulenta y me asestó un puñetazo en la cara que hizo saltar mis anteojos hasta un rincón, vueltos

añicos sin duda alguna. Antes de perder los anteojos yo había podido observar que me hallaba en un salón rectangular dentro del cual, a más del escritorio y la silla del Negro, divisé otra silla, un *ring* de automóvil en el ángulo opuesto a la entrada, unos tomos de la Enciclopedia Espasa regados por el suelo y brutalmente desencuadernados como si hubieran hurgado en medio de sus páginas en busca de algún misterioso entresijo, una botella de *coca cola* sobre el escritorio y un retrato en colorines del dictador, colgado de la pared. Después que me arrancaron los anteojos, todas esas cosas se volvieron confusas y desvaídas, cual si estuvieran situadas detrás de un cristal con lluvia. Oí entre mis brumas la voz despótica del Negro: «¡Tráiganme una cama de campaña!», y luego: «¡Desnuden a ese carajo!». Al escuchar este último grito, los *esbirros* se abalanzaron sobre mí, me despojaron de la ropa a tirones y me esposaron con las manos hacia la espalda.

(Los estudios de medicina se remontan pesadamente bajo la férula de unos voluminosos libros de anatomía atestados de millares y millares de huesos, músculos, nervios, venas, arterias, glándulas, vísceras, agujeros y comisuras, que es indispensable aprenderse de memoria para no arriesgarse a la cólera apocalíptica del profesor. El texto de anatomía, cinco mil y pico de páginas en francés, lo compramos al prorrato entre tres estudiantes, ya que ninguno de los tres dispone de dinero suficiente para adquirirlo con sus propios recursos. Los socios estudiamos juntos, en los bancos de una plaza pública, a la luz de un farol. Una noche, al hojear nuestro libraco,

nos detenemos ante una lámina donde aparece nítidamente dibujada una matriz. Les confieso a mis compañeros que nunca he tenido la oportunidad de estar con una mujer y ellos se imaginan que bromeo, pero luego comprenden que he dicho la verdad y deciden conducirme esa misma noche a un burdel económico que ambos frecuentan. Antes entramos a un bar y bebemos varios tragos de un ron execrable que, lejos de alegrarme y darme coraje como mis amigos pretenden, me produce dolor de cabeza y pésimo humor. Prefiero exponerle con sinceridad mi caso a la prostituta que me toca en suerte, una rubita bastante gorda y no muy joven, y ella suelta una carcajada impertinente ante mi inesperada virginidad. Esta primera vez salgo del paso como a bien puedo, y la rubia ni siquiera me pide por cortesía que vuelva, tan desabrido y torpe debo parecerle. Regreso sin desanimarme al mismo burdel cuando consigo reunir otro dinerillo, me encierro con una muchacha simplona de Barquisimeto que se empeña en contarme la historia del chofer que la sedujo, y esta vez me agrada más el ayuntamiento, tanto que me convierto en cliente quincenal de la barquisimetana. Y lo sigo siendo varios meses hasta el mediodía en que Angelina, estudiante de cuarto año y un poco mayor que yo, pero bastante bonita cuando se quita los anteojos, se me acerca a la salida de clases y me invita a su habitación de soltera con el pretexto de prestarme un libro de Freud cuando en realidad lo que desea es acostarse conmigo, como en efecto se acuesta durante aquella y numerosas visitas posteriores, y se acaban por siempre mis relaciones con las prostitutas. Soy un buen estudiante y obtengo elevadas calificaciones en los exámenes, razón por la cual los profesores me

tratan con deferencia y mis compañeros de curso me quieren bien a pesar de que nunca tomo parte en sus chacotas, francachelas y trifulcas. El flux de casimir gris me acompaña hasta los exámenes de tercer año. Entonces solicito y me son concedidas dos cátedras remuneradas en un liceo, no movido exclusivamente por la necesidad de comprarme otro traje sino impulsado más bien por la ambición de llevarles una ayuda cualquiera a las mujeres de mi casa, a ver si logro que la máquina de coser cese de repiquetear tan apresuradamente y el cucharón de madera deje de batir, mañana y tarde, entre el burbujeo de las mermeladas.)

—Ya desnudo, descalzo y esposado, escuché la voz del Negro que me ordenaba subir a los filos del *ring*, y como yo me negara a obedecerle, tres *esbirros* me treparon a la fuerza. Tal como le sucedió al Periodista, la tortura del *ring* no me pareció al principio un sufrimiento insoportable. Por otra parte, allá en el fondo de mi corazón hormigueaba una especie de anhelo que empezaba a cumplirse. Me enfrentaba por fin a la prueba culminante que yo había esperado tanto tiempo en medio de mis zozobras de perseguido. Ahora iban a saber si el Médico era capaz de soportar el tormento sin hablar, de repetir bajo las afrentas y ante la proximidad de la muerte, una y otra vez la misma frase inexpugnable que se había clavado en el cerebro como un rótulo: «No tengo nada que decir». El Negro replicaba a esas palabras con golpes en mi cara, en mi abdomen, en mi pecho, sitios donde quedaban marcadas en rojo las huellas de sus dedos gordinflones. Al cabo de una hora los bordes del *ring* me habían cruzado de

zanjas profundas y sangrantes las plantas de los pies y entonces sí sentí las dentelladas de perro furioso.

Se me planteó en la mente un conflicto de dignidad: «Por qué acepto pasivamente que me torturen en esta forma?; ¿por qué me someto a los vejámenes con sumisa resignación, como si les reconociera a estas bestias el derecho de inferírmelos?; ¡no y mil veces no!». Me bajé resueltamente del *ring* y me arrojé al suelo, pero llovieron al instante sobre mis costillas y sobre mis tibias los porrazos de los *black-jacks* de los esbirros, y me treparon de nuevo sobre los filos cortantes. Las bofetadas del Negro duraron hasta mucho después del amanecer, hasta el momento en que sus brazos se extenuaron de tanto pegarme y el hombretón optó por echarse en la cama de campaña y dejarme parado sobre el *ring*, entre dos *esbirros* dispuestos a romperme los huesos con sus *black-jacks* si intentaba descender de mi pedestal. El Negro despertaba a cada cuarto de hora, saltaba de la camita de lona donde escasamente cabía su cuerpo caballuno y se aproximaba a gritarme improperios, a escupirme a la cara, a preguntarme dónde estaba escondido Santos Yorme y a golpearme con las manazas abiertas cuantas veces yo le respondía en voz clara e inteligible : «No tengo nada que decir».

(Los libros revolucionarios caen en mis manos a la par de los textos de estudio. La universidad es una colmena política dividida en celdillas embanderadas: conservadores, social cristianos, liberales, socialistas y comunistas. Yo, a quien nunca lograron doblegar las

mujeres de mi casa para hacerme compartir la ciega creencia en Dios y en sus santos que las embarga, me labro por mi propia cuenta una fe no menos recalcitrante en la revolución y en su doctrina. Los problemas que antaño me parecieron confusos encuentran la certera explicación de sus causas a la luz de una filosofía que escudriña la historia con el bisturí de una dialéctica irrefutable. Por otra parte, no se trata simplemente de desentrañar la razón materialista de cuanto existe y de cuanto sucede, sino también de combatir por la justicia para mi pueblo, misión que yo he heredado de mi padre y que las convicciones revolucionarias me ayudan a cumplir, más aún, me requieren su cumplimiento. No tardo mucho en ingresar al partido. Su rígida disciplina, lejos de amedrentarme, se adapta a mis naturales inclinaciones y la juzgo un instrumento indispensable para llevar a cabo cometido de tan colosales proporciones como es el de transformar la estructura de la humanidad desde sus cimientos. Para esta fecha el partido es legal, pero yo tal vez habría preferido que no lo fuera. Un obrero albañil inscribe mi nombre en las páginas de un libro de tapas marrones y me entrega un carnet rojo con el número 829. No puedo olvidar detalle alguno porque es un día tan emocionante como aquel en que regresó mi padre con su barba blanquecina, o como la noche en que nos comimos en casa una torta de bizcochuelo para celebrar mi título de bachiller. Ingreso al partido y adquiero sobre la marcha la seguridad de haber dado el paso más trascendental de mi vida entera. Seré hombre del partido hasta el minuto de mi muerte, ajustaré mi pensamiento y mis actos a la disciplina del partido, y me limitaré a repetir: «No tengo nada que decir», si en

alguna ocasión llego a ser sometido a las más crueles torturas.)

—Cerca del mediodía se marchó el Negro y entró en acción otro personaje no menos repulsivo. Era un *esbirro* trajeado de caballero inglés que fumaba en pipa y pronunciaba el español con acento cubano, o quizás puertorriqueño. Éste no venía a golpearme, sino a persuadirme. Se las daba de hombre culto y hablaba en estudiados sermones de los cuales no recuerdo sino fragmentos: «¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como usted?», «Yo he estudiado a fondo las teorías revolucionarias para situarme en condiciones de combatir las de una manera consciente», «Un médico de su categoría no tiene derecho a malbaratar su carrera ni a sacrificar una existencia que está destinada a curar a millares de enfermos», «Si usted me declara confidencialmente lo que sabe, yo me comprometo bajo palabra de honor a no decirle a nadie, ni siquiera a mis superiores, que ha sido usted quien ha suministrado esos datos», «En cuanto a la gente de su partido, no se enterará jamás», «Piense en las tres viejecitas de su casa que no cuentan con más sostén que usted, que se morirán de hambre sin su ayuda», «Razone usted como un hombre civilizado».

Yo escuchaba a medias su parloteo, vislumbraba a medias su figura a través de mis ojos nublados por la falta de lentes, y me limitaba a interrumpir de vez en cuando sus pérfidos discursos con mis obcecados «No tengo nada que decir», «No tengo nada que decir», hasta que el tipo perdió

la paciencia, cambió repentinamente de actitud, abandonó sus modales de *gentleman*, me escupió al rostro con su saliva hedionda a picadura de pipa y me dijo con un odio reconcentrado que se le traslucía en el vidrioso jadeo de la voz: «Vamos a traer a las tres viejas para montarlas en un *ring*, aquí mismo frente a ti, a ver si es verdad que no hablas, comunista de mierda». Se me frunció el corazón al oír aquello y solamente después de un duro esfuerzo logré articular con aparente frialdad: «Si ustedes llegan a cometer ese crimen, no variará en nada mi conducta». Pero cuando se marchó el *esbirro* quedé por mucho tiempo sobrecogido de espanto. A cada ruido que provenía de los corredores me imaginaba que el *gentleman* había cumplido su amenaza y que traían a las mujeres de mi casa para montarlas descalzas sobre los bordes de un *ring*.

(Dedico a las labores del partido tanta perseverancia como a mis estudios de medicina. A los seis meses la célula me designa su secretario de organización y en menos de un año ya formo parte del comité de la parroquia. No le saco el hombro a ninguna clase de trabajo: pego carteles en las paredes, reparto manifiestos por las calles, vendo periódicos a la puerta de las fábricas, hablo en los mítines de los barrios, doy clases de teoría revolucionaria a los obreros menos enterados, trato de catequizar a mis compañeros de estudio y a cuanto ser humano conversa conmigo. Mi primer reclutamiento es el de Angelina, quien ya se ha graduado de médico y sigue acostándose conmigo, pero no se inscribe en el partido a consecuencia de nuestros vínculos afectivos sino porque mis argumentos la convencen. Angelina toma la

revolución en serio, cumple tareas de importancia inapreciable e incluso se permite censurarme: «Allá en el fondo, querido, tú no has logrado arrancarte de raíz, el sentimentalismo pequeño burgués».)

—El día siguiente fue el peor de todos. El Negro se había puesto a leer en su oficina los papeles que hallaron al asaltar mi cuarto de trabajo y topó con un manifiesto a medio redactar donde había escrito yo palabras virulentas contra el dictador y contra los torturadores a su servicio. Aparecía ahí, entre los más criminales, con su nombre y apellido, el propio Negro. El inmenso mestizo entró a grandes zancadas, con mi libelo inconcluso estrujado entre los dedos de su mano izquierda, y me lanzó una patada bestial al sexo que me tumbó al suelo bañado en sangre, privado del sentido por el dolor insólito, con el prepucio desgarrado por los zapatones de mi agresor. Cuando volví de mi desmayo, adquirí la convicción de que habían resuelto matarme como habían matado antes a otros revolucionarios que se negaron a hablar. Confirmé mi creencia esa misma noche. Aprovechando una breve salida del Negro, la voz del menos desalmado de los *esbirros* susurró quedamente a mi oído: “Doctor, por favor, diga cualquier cosa, aunque sea algo sin importancia, porque hemos recibido órdenes de matarlo si no habla, se lo juro por mi madre». Corrieron por mis venas desde ese instante una paz y una serenidad inesperadas. Deseaba intensamente evadirme de aquel interrogatorio, de aquellas vejaciones, así fuera por medio de la anestesia de la

muerte. Me dolía, sí, morir a medio camino sin haber realizado todavía obra trascendente en beneficio de la revolución; me preocupaba, sí, comprender que el partido iba a ser privado de un servidor que le hubiera sido leal indefinidamente.

Fuera de esas consideraciones, la sensación de sed se había convertido en un apremio más agudo que la idea de morir o no morir. La imagen de una gota de agua se transformó en un trago de agua, y después en un vaso de agua, en un jarro de agua, en un estanque de agua, en un río de agua, hasta volcarse en cataratas como las del Niágara. Yo había visto el Niágara de cerca, cuando visité los países del Norte en compañía de uno de mis enfermos. Pues bien, las cataratas del Niágara caían sorprendentemente dentro de aquel cuartucho y provocaban un ruido ensordecedor. Además, pasaban las horas y no terminaban de matarme. Me habían dejado otra vez sobre los filos del *ring*, custodiado por los dos *esbirros* de guardia, con sus *black-jacks* dispuestos a caer sobre mis costillas y mis tibias. De improviso llegaron hasta mí rumores de voces provenientes del salón vecino. Serían mujeres que iban a preguntar por sus presos, u hombres citados para una averiguación secundaria, pero lo cierto era que trascendía hasta mí un murmullo de voces humanas, un murmullo real que se sobreponía al estruendo irreal de las cataratas del Niágara. Sin pensarlo mucho, comencé a gritar a lo que alcanzaban mis fuerzas: «¡Yo soy un preso político, un médico, un revolucionario! ¡Me están torturando y me estoy muriendo de sed! ¡Han decidido matarme y me van a matar!».

Se escuchó un revuelo en el gran salón vecino, se multiplicaron los rumores, una mujer lanzó un grito histérico. Más que de prisa se abrió la puerta del cuartucho. Entraron el Negro, el Bachiller, el Mocho, el Loco, los jefes de tortura todos, se abalanzaron sobre mí, me bajaron por primera vez del *ring* y me encajaron un pañuelo en la boca, mientras gruñían sordamente: «¡Cállese! ¡Cállese!». Y al anochecer de ese mismo día, mucho después de haberse apagado las palabras en el salón vecino, me condujeron en peso hasta un calabozo del sótano. Un *esbirro* me cargaba de los pies y otro de los sobacos. Yo les dije en el trayecto: «Antes de morir quiero agua», pero no se molestaron en responderme. Me dejaron sobre el piso de un calabozo oscuro donde también resonaban las cataratas del Niágara porque mi sed era más acosadora que la magulladura de los *black-jacks*, que mis pies acuchillados por los bordes del *ring*, que mi nariz partida por los puñetazos de los esbirros, que mis muñecas deshilachadas por los dientes de las esposas, que mi prepucio desgarrado por la patada del Negro.

(Las mujeres de mi casa desoyen mis enardecidas protestas y despilfarran sus ahorros de varios meses en la celebración de mi doctorado junto a los helechos del patio son descorchadas doce botellas de champaña francesa legítima, ante el asombro de mis compañeros de curso y de mis primos hermanos. La banda de cinta amarilla que me cruza el pecho, la medalla dorada que cuelga de esa cinta y el diploma esmeradamente caligrafiado me facultan para ejercer la medicina con la autorización y el beneplácito del Estado. La fiesta de mi casa,

excesivamente circunspecta, no es del agrado de mis bulliciosos compañeros: se arrinconan cohibidos por el ambiente severo y terminan por marcharse temprano, aburridos de la tisana tan debilucha de alcohol. Yo me traslado dos semanas más tarde a un pueblo triste del interior y vislumbro a las primeras de cambio que jamás haré fortuna en mi profesión, ya que me causa embarazo percibir honorarios por mi trabajo, no solamente de los enfermos pobres a quienes nunca les cobro un céntimo, sino también de los enfermos pudientes de quienes admito sumas insignificantes cuando insisten demasiado en pagarme. El partido no existe en este municipio y resultan infructuosos los esfuerzos que hago para fundarlo. El boticario del lugar, único habitante que escucha mis prédicas sin pestañear, me ocasiona a la postre la desilusión de confesarme: «Muy interesantes son sus opiniones, doctor, pero a mí me gusta más el anarquismo». No tardo en comprender la sabiduría de un lugar común, millones de veces repetido pero que no por manido deja de ser la pura verdad, según el cual la medicina no se aprende en los libros sino frente a la cama de los enfermos. Angelina trabaja en una clínica de Caracas desde donde me escribe quincenalmente para exponerme la situación del país y los progresos del partido, incluir recortes de periódicos y rematar sus cartas con insinuaciones desconcertantes: «Reciba un beso, colega, y no olvide que lo espero con impaciencia femenina para resolver mis problemas sexuales con usted». Ese lenguaje me parece un tanto cínico y chocante, aunque nunca me atrevo a reprochárselo a Angelina por temor a que se burle de mí.)

—Los calabozos del sótano eran una runfla de cavidades alineadas frente a un largo corredor de apenas un metro de ancho. Al concluir ese metro se alzaba una pared. Los *esbirros* cerraron el candado de mi calabozo, que era el primero de la fila, y uno de ellos le participó al guardia: «¡Hay orden estricta de no darle a este preso ni un trago de agua ni una miga de pan!». En seguida se volvió hacia las jaulas posteriores a la mía y advirtió: «El que intente darle comida o bebida a este hombre será sometido al mismo castigo que ha sufrido él», y yo deduje de sus amenazas que existían otros prisioneros en aquella bóveda. Esperé que los *esbirros* se marcharan, repté hasta los barrotes de la reja y grité: «Yo me llamo Salvador Valerio. Si alguno de ustedes llega a salir con vida de esta cárcel, cuéntenle a mi partido que he muerto con la satisfacción de no haber dicho una palabra bajo las torturas», pero solamente me respondió la voz procaz del guardia: «¡Cállate, gran pendejo!». Pegué la cara al suelo, cerré los ojos e intenté dormir.

La cremallera de las esposas se me enterraba más y más en la carne de las muñecas cuantas veces me adormilaba. Sin embargo, mi fatiga era tan agobiante que caía en largos sopores y volvía de ellos con los anillos de acero clavados hasta los huesos de mis antebrazos. Había perdido la noción de las horas, de los días, de las semanas. Tan sólo sabía el mes en que estábamos.

—¿Qué mes era? —preguntó el Barbero.

—Era noviembre —respondió el Médico— Hacía frío. Desde las nueve de la noche yo comenzaba a temblar de

ese frío, o más bien de escalofríos, o tal vez de fiebre. Daba diente con diente la noche entera, hasta las diez de la mañana del siguiente día, hora en que un ramalazo de sol se desparramaba sobre la pared fronteriza, el fogaje de ese reflejo bajaba hasta mi calabozo y yo dejaba de temblar. Pero más espeluznante que el frío eran mis luchas nocturnas con las enormes ratas que se criaban entre las inmundicias del río cercano, trepaban por las cloacas al caer la tarde y se metían en mi calabozo, atraídas por mis pies sangrantes y por mi prepucio roto e infectado. Eran unas ratas inmensas, de hocico largo y tiesa pelambre, hijas del excremento y la carroña. Yo concentraba todos mis esfuerzos en tratar de salvar el miembro viril herido, protegerlo de sus dentelladas, ocultarlo a sus ojitos asquerosos. Me colocaba boca abajo para aplastarlo contra el suelo, aunque en tales evoluciones se me hundía más hondo en las muñecas, como un serrucho en la madera, el remache de las esposas. Aferrado en defender el pene de tan voraces enemigos, les entregaba dócilmente mis pies llagados, en cuyas cortaduras las ratas mordisqueaban con avidez y yo casi no sentía el ruqui ruqui de sus dientes.

(Regreso a Caracas e instalo mi consultorio en una calle de la misma barriada donde había sido miembro del comité parroquial. Las mujeres de mi casa bordan manteles para las mesas del recibo, enmarcan mi diploma de doctor entre cañuelas doradas y lo cuelgan en la pared más visible, junto al retrato de mi padre. Mis clientes son los pobres del barrio o los compañeros del partido, vale decir que no les cobro ni a los unos ni a los otros por mis servicios. Sin embargo, los unos y los otros se dan a

pregonar que yo realizo curaciones increíbles y me crean contra mi expresa voluntad una aureola de milagroso que atrae a decenas de enfermos desconocidos, ricachones algunos de ellos, por mucho que me repugne íntimamente esa fama digna de beatos y curanderos. Al mismo tiempo asciendo de categoría dentro del partido y con frecuencia se menciona mi nombre como candidato a formar parte del comité central. A ciertos camaradas les resultan antipáticas mis críticas porque yo sostengo que la revolución implica trabajo y disciplina, y no considero compatible la militancia en el partido con amaneceres en garitos, cantinas o burdeles. Adquiero reputación de puritano e intransigente, pero este concepto no es tan injusto ni me desagrada tanto como el otro, el de las curaciones milagrosas. Soy un médico común y corriente, lo sé muy bien, que nunca ha logrado devolver la salud sino a aquellos enfermos lógicamente curables dentro de las posibilidades de la terapéutica.)

—Me mantuve varios días sin defecar. Al principio no me venían ganas y después aguantaba las ganas cuando me venían. Desnudo, maniatado y sediento, abandonado en aquella celda, evitaba chorrear me de excrementos que aumentarían mi desventura. Pero a la quinta noche —¿sería la quinta noche?—, en medio de uno de mis sopores, evacué sin darme cuenta y desde entonces lo seguí haciendo normalmente. No encontré otra forma de atenuar o hacer más llevadera mi inmundicia sino la de frotar y frotar las nalgas contra el cemento del piso hasta que las materias fecales se desecaban. Así se fue formando sobre mi piel una costra rígida, una nueva piel oscura cuyo

hedor me produjo náuseas en los primeros días, pero al cual me habitué a la larga, no obstante que debió hacerse más y más insoportable con el tiempo.

Cuanto guardia o *esbirro* cruzaba el corredor no dejaba de taparse rápidamente las narices con la palma de la mano al pasar por frente a la reja de mi calabozo, ni dejaba de prorrumpir en exclamaciones de asco: «¡Fo, carrizo!», «¡Qué peste!», «¡Ese hombre está podrido!». Sin embargo, peor era la sed. Peor era la sed que se agarrotaba a mi garganta como una enredadera de afiladas uñas, la sed que había secado totalmente mi saliva, la sed que dibujaba y ponía en movimiento a seres extraños sobre la superficie de la pared de enfrente, la sed que había transformado mi lengua en una masa torpe y pesada, en un lingote que no me cabía en la boca porque había triplicado su volumen y gravitaba sobre mis dientes como un badajo de piedra.

El Periodista se levantó del manchón de sudor que se había formado bajo su cuerpo y permaneció de pie y con los brazos cruzados hasta el final del relato.

—Una de aquellas noches —continuó el Médico— llovió violentamente. Yo escuchaba, más con mi lengua calcinada que con mis oídos, el golpeteo del aguacero sobre las paredes y los techos. Tan inagotable era la lluvia que su tamborileo resonó horas enteras, y al cabo de ese tiempo, cuando ya había amanecido, un hilillo logró colarse por entre las juntas de la platabanda y descendió lentamente a lo largo del muro de mi calabozo. Yo repté hasta situar mi boca en acecho del vestigio del líquido que

bajaba pero, al sorberlo por último mis labios, era tan sólo agua con cal de mampostería, jugo amargo y salobre que me dejó más sediento y más desalentado.

(Enfermos de mi consultorio, cátedras en el liceo, charlas de sobremesa con las mujeres de mi casa, visitas al apartamento de Angelina, todo se viene abajo cuando los jefes militares asaltan el poder. Paso a la vida clandestina, como les he contado a estos compañeros de prisión, aunque me abstuve de decirles cómo la vida clandestina llegó a desvencijarme el sistema nervioso. Al iniciarme en el trabajo ilegal cumplo mis tareas con imperturbable serenidad, salgo a la medianoche en el automóvil del contacto para asistir a las reuniones, redacto manifiestos y yo mismo los imprimo en el mimeógrafo si es preciso, estudio y analizo los acontecimientos económicos y políticos del país, envío informes al extranjero sobre las depredaciones y los crímenes de la dictadura. Pero al cabo de varios meses comienza a infiltrarse en mi cerebro, a través de las yemas de los dedos, la psicosis del perseguido. No es posible vivir indefinidamente con la subconsciencia en permanente estado de alerta, con los nervios erguidos como antenas, con el mundo interior en espera sin tregua de un tropel de esbirros que no tiene órdenes de atrapar vivo sino de llevarte muerto. La percepción auditiva se me agudiza en tal forma que capto los ruidos más leves y más distantes: el crujido de las llaves en las cerraduras, los pasos de los transeúntes que cruzan una esquina, los motores y los frenos de los automóviles, los gritos remotos de los vendedores de lotería. Despierto a menudo en plena

madrugada, interrumpido mi sueño ligerísimo cuando el viento bate una ventana, cuando ladra un perro o canta un gallo, cuando una cucaracha corretea por los rincones. Me repugna la idea de tomar tranquilizantes y somníferos. Pretendo dominar mis nervios a fuerza de voluntad y de lógica, pero finalmente mi criterio de médico triunfa sobre mis prejuicios y me someto a un sencillo tratamiento que apacigua mi psicosis, si bien no logra desterrarla de un todo. A ratos me pregunto si estos sobresaltos no obedecerán a un miedo soterrado, a un temor encubierto de doblegarme cuando me enfrente a la prueba de las torturas, pregunta a la cual replica mi otro yo ofendido y rabioso que no se trata en modo alguno de recelo semejante, sino de un desequilibrio ocasionado precisamente porque la policía no llega tras tanto aguardarla, porque a veces ansío con impaciencia que acabe de llegar y me liberte de tan prolongada espera. Este tenso estado de ánimo, por otra parte, es la única explicación que he encontrado al singular episodio de la mujer de los zapatos color corinto.)

—Las batallas nocturnas con las ratas, el castañeteo de mis dientes bajo el frío, el acuchillamiento inacabable de las esposas, la nauseabunda costra de excremento que me envolvía, el hambre que también me acosaba como una loba y, por encima de todas esas desgracias, la sed, me condujeron a una fase de postración semiconsciente, a un aturdimiento cercado por un desfile de alucinaciones. Una procesión de ratas atravesaba el corredor en diagonal y llevaban entre los dientes de todas una sábana que al

alejarse no era sábana sino bandera enemiga. Estallaba la guerra entre Guatemala y Nicaragua, y las dos pequeñas naciones emplazaban sus estados mayores en las esposas que martirizaban mis muñecas. Por mis costillares trepaban y descendían las tropas de ambos bandos, libraban combates a la altura de mis codos, se guarecían en las cavernas de mis axilas, mientras los generales de Nicaragua y Guatemala hundían sus grandes sables de acero en mis muñecas inflamadas. Luis XIV y Madame de Montespan entraban pomposamente sin saludar al guardia y se detenían a conversar frente a mi calabozo.

La plática degeneraba en una tempestuosa escena de celos, en medio de la cual la dama acusaba al monarca de innumerables infidelidades, él replicaba desdeñosamente que lo dejara en paz y se ponía a tremolar con sus dedos en pinza su pañuelo de batista hasta que Madame de Montespan rompía a llorar como una mujer común y corriente sin soltar un perrito llamado *Malice* que traía entre los brazos. A mis oídos llegaba la voz quejumbrosa de la bella señora: «¡Majestad!, ¿por qué me martiriza usted de esa manera?». Y al día siguiente, al no más recalentar el sol sobre el tope de la pared fronteriza, Luis XIV se convertía en una inmensa mancha de altos tacones y frondosa peluca negra, Madame de Montespan volvía a ser un caprichoso borrón circundado por una ancha crinolina terrosa, mientras Madame de la Vallière ya no era dulce sonrisa, ni ojos azules, ni hábito de carmelita sino lamparón de sombra casi al nivel del techo. No fue, sin embargo, el tinglado fantasmagórico de la pared sino algo mucho más concreto y prosaico la causa determinante de mi alucinación más prolongada. Fue un pedacito de

huevo sancochado que se le cayó inadvertidamente de las manos al guardia cuando pasaba ante mi reja, y quedó abandonado a medio metro de mi hambre, al alcance de mis manos, si yo no hubiera tenido las manos esposadas a la espalda.

Toda la tarde la pasé mirando fijamente aquel fragmento amarillo y blanco de huevo sancochado que yo habría atrapado fácilmente con las manos libres e incluso habría alcanzado después un poquito de agua sucia que se empozaba al pie de la pared. Al atardecer surgió una rata peluda de los albañales y engulló la pequeña rodaja ante mis ojos ciegos de envidia. Y aquella noche no se me aparecieron naciones centroamericanas en contiendas fratricidas, ni casquivanos reyes de Francia, sino el espectro de mis propias manos que se retorcían encadenadas a mi espalda. Esas manos, de ser libres, salvarían mi existencia con sólo traer hasta mis labios un pedacito de huevo sancochado y un trago de agua sucia, lo veía claro. Las manos valían mucho más que los ojos y que la voz, más que el corazón y los pulmones, lo apreciaba palmariamente. ¡Qué injusto había sido durante años enteros al no darme cuenta de tal realidad! Aquella noche rendí a mis manos un contrito desagravio y les prometí enaltecerlas por encima de todas las cosas de este mundo, si llegaba a salir con vida de tantos infortunios.

(Una mañana vislumbro desde mi escondite los zapatos color corinto. Lo llamo corinto aunque nunca he tenido ocasión de comprobar si es ése el nombre verdadero de un color parecido a la sangre reseca y al vino opaco. Guardo

en la memoria un verso de un poeta andaluz. —«zapatos color corinto»—, palabra esta última que no figura en el diccionario, y deduzco entonces por mi cuenta que se trata de un rojo turbio semejante al de las columnas corintias que yo he tropezado en un álbum de reproducciones. Columnas corintias, color corinto, digo, ése debe ser el origen, pero no quedo totalmente satisfecho de mi vacilante incursión a la filología. Me oculto en este instante en un barrio de la clase media, confinado a un largo salón que da a la calle. A las nueve en punto de una mañana caliente de agosto surgen ante mis ojos, a través de la hendidura de la ventana, los zapatos color corinto, o como se llame ese color. Desde esos zapatos se elevan unas piernas impecables. De las rodillas de esas piernas nacen unos muslos sólidos bosquejados bajo una falda gris. Esos muslos son coronados por una cintura angostísima, abarcable por mis dos manos. Esa cintura está situada un buen trecho al sur de unos senos diminutos y altaneros aprisionados dentro de una blusa blanca. Esa blusa limita al norte con la más grácil de las gargantas. Esa garganta es el tallo de una cabeza rubia. Esa cabeza, a pesar de su peinado cuidadoso y sencillo, guarda una misteriosa semejanza con la cabeza desgreñada y silvestre de Flora en la Primavera de Boticelli. La mujer de los zapatos color corinto se mantiene unos segundos pensativa, enmarcada por la puerta de la casa, abre luego su cartera, extrae un espejito para mirarse el maquillaje y escapa en seguida de mi campo visual a pasos menudos pero sueltos. No me separo de mi rendija, interesado en dilucidar si la mujer vive en aquella casa o si tan sólo ha ido a visitarla ocasionalmente, y me causa sorpresa el regocijo que me produce atisbar su regreso al mediodía y

comprobar que de espaldas es tan hermosa como de frente. En el transcurso de una semana logro precisar con rigurosa exactitud las horas de las entradas y salidas de mi vecina de enfrente. Es empleada de una oficina pública o privada, colijo. Se marcha a las nueve de la mañana, vuelve pasado el mediodía, se va de nuevo a las dos de la tarde, regresa unos minutos después de las seis, y yo estoy siempre presente en mi rendija para espiar sus movimientos. Casi nunca sale por las noches, detalle que me produce una inexplicable satisfacción. Las raras veces que lo hace, se aleja acompañada por una amiga, jamás de un hombre, lo cual me produce una satisfacción aún más viva y aún más inexplicable.)

—De tiempo en tiempo se acercaba el guardia a la reja de mi calabozo, con las narices tapadas, y me decía invariablemente: «Doctor, se va a morir si no habla. ¿Por qué no habla?». Ya yo no replicaba como antes: «No tengo nada que decir». Había sido condenado a muerte por hambre y sed, lo sabía muy bien, convencidos mis torturadores de que nunca me arrancarían una palabra denunciadora. Bajo tal evidencia, decidí sustituir mi «no tengo nada que decir» por una frase del revolucionario cubano Julio Antonio Mella, cuantas veces el guardia se asomara a los barrotes de mi calabozo a martillar su pregunta: «Doctor, se va a morir si no habla. ¿Por qué no habla?». Respondía yo entonces la frase de Mella: “Hasta después de muertos somos útiles», y el hombre se retiraba sin interpretar exactamente el sentido de mis palabras, presumiendo sin duda que yo deliraba. A la séptima noche

—¿sería la séptima noche?—, en un segundo en que el guardia se distrajo envuelto en su cobija, escuché un susurro que provenía de la jaula vecina, del calabozo situado a la izquierda de mi reja, y me arrastré hasta el borde para investigar el origen de aquel rezongo. Supe al punto que en ese calabozo contiguo se encontraban tres hombres encerrados y que habían decidido prestarme ayuda, no obstante las terribles amenazas de los *esbirros*. La voz susurrante me anunció que a la madrugada darían unos golpecitos en el muro para señalar la altura exacta a la cual yo debería mantener la boca abierta, con la cara recostada a esa pared divisoria.

Uno de aquellos presos, al menor descuido del guardia, sacaría la mano curvada por entre las rejas de su celda y lanzaría un poco de agua hacia el sitio donde mi boca debería estar, pegada a la pared y a la altura precisa de los golpes. En efecto, escuché los toques sordos en la madrugada, logré incorporarme dificultosamente hasta situar mis labios sedientos al nivel de ese sonido, y esperé anhelante que una mano curvada lanzara un sorbo de agua, como lo lanzó a los pocos segundos, pasó a menos de un centímetro de mi boca y fue a derramarse sobre el piso mugriento. Repitieron la operación media hora más tarde y el resultado fue tan fallido como el primero, con la añadidura de un gruñido del guardia bajo la cobija, como si hubiera llegado hasta él un ruido sospechoso. Solamente en el tercer intento, cuando ya comenzaba a aclarar el amanecer, acertó su disparo la mano que salía por entre los barrotes y un buche de agua cayó justamente dentro de mi boca.

A la siguiente noche emplearon idéntico sistema para arrojarme un mendrugo de pan, ya que mi hambre era tan implacable como mi sed. El pan rodó hasta el rincón del piso más emporcado por mis excrementos y yo vacilé menos de un segundo antes de rescatarlo con los dientes en una tarascada de gato. Más tarde lanzaron una delgada viruta de queso que fue a parar a una región menos sucia. Sin darme tiempo a engullirla, se levantó el guardia de su asiento y se dirigió rectamente a la reja de mi calabozo, no a indagar si sucedía algo anormal como yo había supuesto, sino a repetirme una vez más: «Doctor, se va a morir si no habla. ¿Por qué no habla?». Yo había colocado apretadamente la mejilla izquierda sobre la migaja de queso para ocultarla de la vista del guardia, y desde esa posición le recité mi estribillo: «Hasta después de muertos somos útiles». La lámina de queso, comprimida por mi cabeza y humedecida por el sudor, se volvió una moneda amarilla adherida al suelo del calabozo. Una pequeña moneda amarilla que yo lamí y relamí vorazmente, cuando se alejó el guardia, hasta que desapareció por completo bajo mi lengua.

(A veces mi vecina de enfrente se retarda algunos minutos infringiendo un horario que yo me sé de memoria. Si la demora sucede cuando estoy a la mira para verla salir, pienso: «Ha caído enferma», y luego: «¿Cómo es posible que yo, un médico ansioso de velar por su salud, me encuentre impedido de acudir en su auxilio, hallándome como me hallo a tan escaso trecho de su casa?». Pero y si la tardanza tiene lugar cuando vigilo su retorno, mis temores y suposiciones son aún más lúgubres aunque me

reprocho secamente: «Es absurdo sentir celos de una mujer desconocida que ignora la existencia de uno sobre la tierra». Una tarde vuelve en compañía de un hombre vestido de azul oscuro y yo supongo con amargura que se trata de su novio, o tal vez su amante, pero me tranquilizo un tanto al observar que cruzan tan sólo breves palabras bajo el marco de la puerta y se despiden sin efusión de ninguna clase, más aún, con notoria indiferencia. Sin embargo, en la cabeza me queda taladrando una carcoma: «¿Quién es ese individuo?, ¿Por qué motivo la condujo a su casa?, ¿La acompañará en el futuro todas las tardes?, ¿Qué nexos los unen?, ¿Será capaz ella de hacerme eso a mí, ante mis propios ojos?». Pero nunca vuelve el intruso, nunca vuelve el intruso, nunca vuelve el intruso. Sí aparece con frecuencia, en cambio, una amiga que llega al volante de un pequeño automóvil gris, lo estaciona frente a mi mirador, entra a la casa y salen al cabo de un momento las dos juntas riendo y conversando animadamente, sin que yo alcance a oír sus risas ni sus voces. Van al cine según todas las apariencias, pero yo no quedo convencido. ¡Pueden ir a otro sitio, diablos! Por ese motivo permanezco despierto y ojo avizor hasta tanto regresa el automóvil gris, desciende ágilmente mi vecina, y su compañera agita una mano en señal de despedida. Me confieso aturdido, confuso, con las orejas gachas, que me he enamorado de la mujer de los zapatos color corinto, a quien llamo así por llamarla de alguna manera, ya que no he vuelto a verle los zapatos de ese color, sino otros de brillantes reflejos negros o de blancura irreprochable. Nunca antes he sentido atracción igual, ¡qué disparate!, ni por Angelina ni por una novia que tuve en el liceo, ni por ninguna otra mujer como la siento por

esta desconocida cuyo metal de voz jamás he escuchado, de quien no sé si es inteligente o tonta, discreta o vulgar, bondadosa o malvada. Acosado por ese amor ridículo vivo pendiente de sus pasos y quemado por los celos hasta el día en que la dirección del partido decide trasladarme de aquel refugio a otro que considera más seguro. Entonces sufro como sufren los amantes en el trance de una separación que bien puede ser definitiva. Y sigo de escondrijo en escondrijo sin curarme de esta pasión baldía despertada por una mujer cuyo nombre no conozco, que ignora mi existencia sobre la tierra, y la seguiré ignorando eternamente.)

—El día menos pensado me trajo el guardia un primer vaso de agua y un primer trozo de pan. En cuanto hube lengüeteado el uno y engullido el otro como los animales, le pregunté: «¿Cuánto tiempo hace que estoy preso?» y al responderme: «Doce días», supuse que aquel hombre mentía para burlarse de mí, puesto que según mis cálculos había sobrellevado un mes, o quizás un año, de torturas, de sed y de alucinaciones. No obstante, todo sucedió en apenas doce días y doce noches inconmensurables. Pensé que el hecho de traerme pan y agua esa mañana, pan y leche en la noche, y un pedazo de carne al día siguiente significaba que ya la etapa más temible había concluido, que pasaba desde ese momento a la categoría de preso rigurosamente incomunicado pero libre de interrogatorios y maltratos corporales.

Me equivocaba. Y tan me equivocaba que después de vivir

cuatro días en esas nuevas condiciones, vino a buscarme a medianoche una comisión de *esbirros*. Me llevaron, a medias por mis pasos y a medias remolcado, hasta el piso de arriba. Allí me pusieron unos pantalones de kaki que habían enviado de mi casa y me los amarraron con una cabuya a manera de cinturón. Los *esbirros* cargaron ostensiblemente sus revólveres y después descendimos todos hasta el garaje del sótano. Me metieron acostado como un cadáver en la parte trasera de una camioneta mientras ellos siete, porque eran siete, ocupaban los asientos del vehículo y se apretujaban los unos contra los otros. La camioneta echó a andar y yo seguía mentalmente su trayectoria con la cara soldada a las tablas del piso: El Hipódromo, Avenida La Vega, San Martín, Subida del Atlántico. Cuando bajamos la cuesta y enfilamos hacia El Junquito, se me detuvo el aliento. Aquél era el rumbo de la casa donde se hallaba escondido Santos Yorme, el jefe del partido cuyo paradero trataron de arrancarme inútilmente en las torturas.

Habían descubierto su refugio por algún otro procedimiento, era evidente, y me llevaban hasta ese sitio para fusilarnos juntos. ¿Qué pensaría Santos Yorme cuando me viera llegar? El corazón se me desbocó en una taquicardia irrefrenable que sólo llegó a apaciguarse mucho después de haber dejado atrás la casa y la calle donde debía estar Santos Yorme, es decir, cuando ya trepábamos la montaña que conducía a El Junquito. A mitad de ese camino la camioneta se apartó de la carretera, tomó por una explanada a campo traviesa y se detuvo al pie de una loma. Descendieron todos los ocupantes del vehículo junto conmigo, y el jefe de la comisión dijo:

«Aquí no se oirán los disparos», a lo cual respondió otro de los *esbirros*: «Y si alguno los oye creerá que somos cazadores».

Una inmensa luna rebrillaba sobre los árboles. Dos de los *esbirros* me condujeron por los brazos hasta el tope de una pequeña loma y allí me dejaron solo, siempre con las manos esposadas a la espalda y con grilletes de cadena que en ese instante me ciñeron a los tobillos. Entre los pinares ululaba un viento salvaje antes de despeñarse en remolinos de hojas por los barrancos. La luz de la luna se enredaba entre la pelambre lacia de mi barba, heredera legítima de la que sacó mi padre de sus cárceles y de seguro me envolvía la cabeza toda en un halo de oro viejo. Parados a cinco pasos de mi figura fantasmal desenfundaron sus revólveres los siete *esbirros* a quienes llaman...

—La brigada del crimen —completó el Tenedor de Libros al observar que el Médico vacilaba unos segundos como si se le hubiera escapado de la memoria aquel apodo.

—Sí, eso es, la brigada del crimen —asintió el Médico—. El que la comandaba se destacó de sus compañeros y pronunció un inesperado discurso con una voz que procuraba ser solemne: «A usted, Médico, jefe máximo de su partido, le ha llegado su última oportunidad. ¡O declara ante las autoridades o morirá inmediatamente!».

Yo le respondí entonces desde el montículo, con una solemnidad mucho más impresionante que la suya: «No tengo el alto honor de ser el jefe máximo de mi partido, pero reclamo idéntica responsabilidad que si lo fuera».

Después de mis palabras se hizo en el grupo un silencio circundado por el aullido del viento entre los pinares, silencio que rompió la voz del jefe de los *esbirros*, en este turno desprovista de todo empaque: «El asunto es que habla o se jode, doctorcito, y no será el primero que despachamos para el otro mundo». Y cuando yo me preparaba a replicar: «Hasta después de muertos somos útiles», saltaron sobre mí los siete *esbirros*, me derribaron a puntapiés de la loma y continuaron golpeándome en tierra. Tendido en un declive, con la cabeza acuñada entre dos peñascos, sentí al cesar la pateadura cómo se apoyaban en mi frente las frías embocaduras de tres revólveres. «Hemos dejado una bala en cada uno, tres balas para acabar contigo si no hablas», gritó el jefe de la brigada. Sacudieron los gatillos por vez primera y mi cabeza repercutió en contragolpe sobre los peñascos. «¿Dónde tienen escondida la imprenta?», «¿Dónde está metido Santos Yorme?», y gatillaban de nuevo los revólveres. Yo me aferraba como un obcecado a la frase de Mella: «Hasta después de muertos somos útiles». Pero nunca llegaron a disparar la bala verdadera.

El Médico se quitó los anteojos en un gesto que le era habitual, limpió los vidrios en los faldones de la camisa de kaki, y añadió a modo de conclusión:

—El resto no tiene importancia. Me devolvieron al calabozo del sótano y al cabo de tres días me trasladaron a la cárcel donde ya ustedes estaban.

(A la nueva cárcel me llega un saco de tela burda, enviado

por las mujeres de mi casa, que contiene pantalones, camisas, un cepillo de dientes, un jabón y mis anteojos de repuesto. ¡Mis anteojos! Mis anteojos son lo más importante porque con ellos recupero el relieve perdido de las cosas, dejo de vivir entre nieblas y patas de moscas. Tres noches más tarde se acerca un ordenanza a la puerta de mi calabozo y me entrega sigilosamente un papel cuyo contenido jamás habría logrado descifrar yo sin los cristales de mis anteojos. Es un mensaje de la dirección del partido y no me explico cómo el ratero que hace de ordenanza se arriesgó a transportar correo tan comprometedor. «A pesar de tu prisión no se cambió Santos Yorme de escondite, ni se mudó la imprenta, ni se modificó el lugar de reuniones. La dirección del partido sabía con absoluta certeza que ninguna tortura te arrancaría una sola sílaba». Sonrío de satisfacción, quizás de orgullo. Vivir vale la pena, combatir vale la pena, incluso el sufrimiento vale la pena. Con este mensaje entre las manos ya no soy un preso desdichado sino un hombre libre.)

—Me trasladaron a la cárcel donde ya ustedes estaban — repitió el Médico— y no tenía fuerzas para levantar los brazos cuando me quitaron las esposas y quise lavarme un poco. Hundí la cabeza en un chorro de agua que había abierto el ordenanza porque tampoco mis dedos agarrotados consiguieron hacer girar el grifo. Mis sobacos, toda mi persona apestaba a animal muerto, a letrina y a basurero. Y ha sido después de remojar me y frotarme días enteros con agua y jabón cuando he podido arrancar la costra de excrementos resacos que me cubría las nalgas y

parte de los muslos.

Después calló y sonrió beatíficamente, tal como si acabara de referir a sus compañeros de prisión una historia amable y divertida.

EL CAPITÁN

LOS RELATOS del Tenedor de Libros, del Médico y del Periodista fueron tramando entre los cinco presos la red de una amistad que se hacía más tupida con el tiempo. La jornada no era tan tediosa como al principio, no sólo por las clases que les ocupaban varias horas sino también por las conversaciones que se volvieron más vivas y más salidas del corazón.

La mejor coyuntura para charlar era después del rancho del mediodía. El calor sofocante les permitía apenas un simulacro de siesta y disponían luego de un buen rato antes de emprender las clases de la tarde. El tema habitual de esas charlas eran los gustos y aficiones de cada uno respecto a todo cuanto se aprecia con los sentidos o con el ánimo: los colores, los animales, la comida, los países, las marcas de cigarrillos, el cine y sus actores, los libros, la música, los recuerdos de infancia. Esquivaban sin darse cuenta, o dándose cuenta, los comentarios sobre asuntos sexuales, decididos a no hostigar su castidad de reclusos con evocaciones que sólo servían para excitar las necesidades masculinas sofrenadas.

Únicamente el Barbero se permitía de cuando en cuando referir en detalles sus aventuras carnales con una mulata

de su misma calle, pero ponía más burla que regodeo en sus descripciones y los otros, divertidos por los dichos pintorescos y las exageraciones estrafalarias, no se detenían a pensar en el hecho concreto que motivaba la narración. También el Barbero gustaba de contar historias pornográficas llenas de gracejo, por las cuales desfilaban loros que gritaban obscenidades en los patios de los conventos, monos libidinosos enamorados de elefantas inaccesibles, generales de hirsutos bigotes que a la postre resultaban redomados homosexuales, curas sembradores de hijos entre las beatas más piadosas de su parroquia, chinos que obtenían a punta de paciencia complicadas concesiones de mujeres irreductibles, monjas en oración para que no se olvidaran de violarlas las tropas invasoras, noches de boda que concluían de una manera inesperada y centenares de picardías por el estilo, frutos de la fantasía popular almacenados en la memoria desmesurada del Barbero.

El Periodista, el Tenedor de Libros y el Capitán festejaban con risotadas las agudezas del narrador y a veces lo obligaban a repetir sus historias. El Médico, por su parte lo oía sin prestarle mayor atención, confesaba tímidamente que carecía del sentido del humor y hacía esfuerzos para rehilvanar la siesta mientras el Periodista estimulaba al Barbero desde su camastro:

—¡Vuelve a contar el del espía inglés, que es maravilloso!

En otras oportunidades se generalizaba el coloquio sobre un tema preciso y entonces solían producirse verdaderas disputas por disparidad de preferencias y opiniones,

airadas controversias que se disolvían en sonrisas de aquí no ha pasado nada cuando llegaba la hora de iniciarse las clases.

Hablaban de comidas, por ejemplo, y el Capitán afirmaba con voz contundente:

—¡Nada puede equipararse a una sopa de cebollas!

—¿Sopa de cebollas? —le replicaba el Periodista arrugando la cara en una mueca despectiva—. Eso es cena para prostitutas noctámbulas a las tres de la madrugada. ¿Cómo se va a comparar una sopa de cebollas con una liebre al vino o con un pato a la naranja?

—Pues yo prefiero la sopa de cebolla —insistía el Capitán ofendido—. La liebre tiene la carne algo correosa y el pato a la naranja sabe más a naranja que a pato.

—Pero, ¿hablas en serio? —rugía el Periodista indignado—. ¿En qué oscura pocilga te han servido esa liebre de celuloide y esa naranjada de pato, Capitán?

—En donde las sirvan, prefiero la sopa de cebollas —se aferraba a su tesis el Capitán, resuelto a no ceder un palmo de terreno.

En ese momento intervenía con espíritu conciliador el Tenedor de Libros:

—No niego que la comida francesa es la más acreditada, la más famosa. Pero a mí, sinceramente, me gusta más una

paella.

—¿Una paella? —saltaba el Periodista alarmado ante ese segundo frente que se le abría en forma inesperada—. ¿Ese indigesto revoltillo de arroz tieso, pimentones decorativos, patas de pollo, trozos de pescado, azafrán y conchitas marinas?

—A mí me dejan con la comida criolla —interrumpía el Barbero patrióticamente—. Unas caraotas negras con arroz blanco y carne frita. ¡Eso es la gloria!

El Periodista enmudecía al oír aquel nuevo sacrilegio y arriesgaba rumbo a la cama del Médico un vistazo esperanzado. Pero el Médico no le concedía importancia a los refinamientos gastronómicos y desviaba el asunto hacia un cómputo de calorías:

—Carne a la parrilla, pescado asado, ensaladas, leche y frutas, eso es lo que debemos comer.

El Periodista se debatía contra tan disímiles adversarios como un jabalí acorralado:

—¡Comida yanqui, Médico, comida yanqui! Es una vergüenza observar a un antiimperialista como tú, dedicado a hacerle propaganda a las espinacas sancochadas, a los hamburgueses, a los perros calientes y a los plátanos ensopados en leche. ¡Una verdadera vergüenza!

Ante lo cual el Médico se encogía de hombros

imperturbable:

—Me agrada la comida yanqui, y eso no tiene ninguna relación con mi antiimperialismo.

Otra materia que suscitaba enconadas discrepancias eran los pareceres de cada uno acerca de las ciudades europeas. Ninguno de los cinco presos había estado jamás en Europa, pero todos ansiaban hacer ese viaje, en tal punto sí lograron ponerse de acuerdo.

El Periodista, como era de suponerse, colocaba a París por encima del resto del universo. Hablaba del Louvre, de Notre-Dame, de los vendedores de libros a orillas del Sena, del Parque Luxemburgo, del Boulevard Saint-Michel, de los cafés de Montparnasse, de los cabarets de Montmartre, como si hubiera vivido largo tiempo en aquel ambiente, e incluso se atrevía a citar los nombres de los restaurantes que aparecían en la Guía Michelin señalados con tres estrellas.

El Médico intervino esa tarde drásticamente para sostener que Moscú no admitía parangones. Desde hacía muchos años anidaba en lo más hondo de su corazón el deseo vehemente de visitar la Plaza Roja y el Kremlin, recorrer los campos soviéticos sembrados de cooperativas, detenerse en los sitios inmortales donde habían sido pulverizadas las divisiones nazis, volver a la Plaza Roja y servir de minúsculo espectador entre millones de hombres y mujeres durante el desfile gigantesco de un primero de mayo por frente a la tumba de Lenin.

Acto seguido tomó la palabra el Tenedor de Libros, a quien los rusos le caían francamente antipáticos, y se pronunció por España. Por España republicana, naturalmente. Amaba a España con violencia española y no sentía escrúpulos en confesar que había llorado como un niño, allá en su pueblo, el día en que los fascistas entraron a Madrid. Le apasionaban las corridas de toro era capaz de imitar sabiamente, con la cobija empuñada a modo de capote, los estilos de los grandes matadores. «Así toreaba Belmonte con la *pata alante...*». «Y así toreaba Curro Puya con las manos bajas...».

—A mí que me manden a Madrid o a Sevilla —concluía. Y no agregaba otro argumento porque no habría sido prudente evocar en voz alta los perdidos ojos negros de Mercedita Ramírez, ni mucho menos opinar que tal vez en España, solamente en España, era posible la existencia de una mirada igual.

—¡Nada como Estambul! —exclamó el Barbero inesperadamente y todos se volvieron a mirarlo.

—¿Por qué Estambul?

Allá entre los barrancos neblinosos de su mente soñadora, el Barbero no llegaba a diferenciar con rasgos cabales a Turquía de Persia, o de Egipto, o de Arabia, o de Marruecos, o de la India. Tan diversas regiones constituían para él un mismo país misterioso que lo atraía irresistiblemente desde que cayó en sus manos *Las mil y una noches*, en su humilde opinión el mejor entre todos los libros del mundo, criterio que para su gran sorpresa

respaldó efusivamente el Periodista. Le placería deslizarse vestido de mahometano por entre zocos y mezquitas, arrojar piedrecitas blancas a las aguas tornasoladas del Bósforo, comer dátiles almibarados a la sombra de las pirámides y camellos, detenerse a contemplar al fakir que toca la flauta para erigir su culebra, colarse en el palacio del Serrallo sin el requisito de convertirse en eunuco, por supuesto, revolcarse sobre enormes cojines en compañía de una odalisca que ni para tan íntimos menesteres se quita el velito de la cara. Ninguno de sus amigos se atrevió a desilusionarlo, a aclararle los pequeños errores de apreciación con respecto a Estambul en que había incurrido. Por el contrario, los cuatro le manifestaron que su devoción por Estambul era signo de un gusto exquisito y el Barbero se sintió profundamente halagado.

El Capitán no vaciló en dar su voto por Roma, no guiado por el influjo de su ascendencia italiana, sino por la convicción de que Roma estaba a la cabeza de todas las ciudades de la tierra, por derechos de historia, por derechos de estética y por derechos de sabiduría. Afirmación tan categórica estaba llamada a provocar una nueva polémica con el Periodista, o quizás con el Médico que también frunció el ceño, o tal vez con el Tenedor de Libros, que se sintió agraviado en sus sentimientos hispanistas. Pero el Capitán añadió sin parar:

—Conocer a Roma ha sido el sueño dorado de mi vida entera. Más aún, si no me hubiera metido en una conspiración, si no hubiera considerado deber impostergable darle pelea a la dictadura, estaría ahora mismo en Roma en lugar de estar preso. He cambiado

voluntariamente la majestad del Coliseo por las miserias de este calabozo.

Los demás comprendieron que el Capitán se hallaba en vísperas de contar su historia y se abstuvieron de interrumpirlo.

—Debo advertirles que yo soy un militar de vocación y de convicción. Nací para militar, me eduqué para militar y tengo a honra ser militar —dijo, y los otros presintieron que su relato iba a ser conciso y sin digresiones.

(Mi infancia transcurre en la ciudad donde nací: una aldea extendida al pie de una montaña nevada. Las primeras palabras que aprendo a escribir son los nombres musicales de cuatro ríos: el Chama, el Albarregas, el Milla y el Mucujún. Las campanadas de las diez iglesias y las oraciones de las mujeres revolotean en enjambre a las seis de la tarde. Los pasos de los muertos ilustres taconeán por las calles proceras cuando el reloj de la torre marca la medianoche. Mi madre me obliga a leer sucintas biografías de los grandes compositores y a escuchar todas las noches en el gramófono de la sala los discos de Mozart y de Schumann que el tío Osvaldo envía desde la capital. Pero mi corazón de niño se estremece tan sólo cuando tabletea a lo lejos el batir de los tambores, que luego se hace más próximo, hasta resonar por último frente a nuestra casa a la par de las botas de los soldados. Yo me asomo a la puerta para verlos pasar, oigo cómo los muchachos mayores gritan: «¡La tropa! ¡La tropa!», y me escapo en carrera para marchar tras de la tropa y

sentirme un soldado más. Hoy es aniversario de la Independencia y los militares se visten de gala, con corraje al pecho y armas relucientes entre las manos. A mí me ahoga la emoción cuando un oficial de sable desenvainado grita: «¡Atención, fir!», «¡Al hombro, ar!», «¡Presenten, ar!», y centenares de hombres ejecutan con precisión las maniobras que la voz les ordena. Aunque apenas acabo de cumplir nueve años, decido irrevocablemente seguir la carrera militar y así se lo participo a mi madre, pero ella me escucha distraída y lo lleva a broma. También se lo digo a mi padre cuando vuelve de la hacienda al anochecer, y mi padre me mira preocupado porque él toma todas las cosas en serio y comprende que yo he hablado a plena conciencia. Pasan algunas semanas, insisto yo en mi propósito de llegar a ser militar, y ahora mi madre pierde la sonrisa y tiembla de presagios como si me viera caminar de frente hacia un precipicio. Para mi madre el ejército es un impenetrable torreón que se tragará a su hijo por siempre jamás. «Es como si tuviera una sola hija y decidiera meterse a monja», suspira. Me ponen a estudiar bachillerato, camino necesario para convertirme más tarde en ingeniero, profesión a juicio de ellos mucho más civilizada que la milicia. Me someto sin protestar, pero mi padre sabe a ciencia cierta que no terminaré los estudios porque me asomo todavía a la puerta de la casa, a ver pasar los soldados, y a escuchar sus tambores, no a punto de correr tras de la tropa como antes sino observando con ojos melancólicos cómo se alejan y encerrándome luego en mi silencio de muchacho triste.)

—Cuando los jefes militares asaltaron el poder, yo era teniente en un batallón de infantería, y me faltaba poco para ser ascendido a capitán. Nunca me enteré de los preparativos de ese golpe de estado. El día de su estallido me limité a recibir órdenes del capitán de mi compañía, quien a su vez las recibió de un mayor, quien a su vez las recibió de un coronel, y así hasta llegar al Estado Mayor. La voz de mando que me dieron fue la de sacar a la calle mi pelotón armado. No se produjo reacción popular contra la sublevación de los cuarteles y yo les confieso que me causó inmensa satisfacción esa pasividad de la gente dado que, si sucedía el caso contrario, me habrían ordenado disparar contra el pueblo, y esa orden significaba arruinar mi carrera militar si la desobedecía, o arruinar mi condición de hombre si la cumplía. En aquella época yo no era sino un teniente enamorado de su profesión y absorbido por un concepto fanático de la disciplina, a pesar de lo cual es lo más probable que no hubiera llegado nunca a disparar contra el pueblo. Pero no me ocasionó preocupaciones de conciencia saber que los jefes militares tomaban el poder por la fuerza, no señores. Un coronel trajo al cuartel la misión de informar a la oficialidad subalterna que el país se encontraba en un caos, que el ejército tenía el deber de salvarlo de la anarquía, y yo lo escuché sin ninguna indignación. Les mentiría a ustedes si les contara algo diferente.

(Tengo dieciséis años y estudio tercer año de bachillerato la noche en que mi padre me llama a su cuarto y me pregunta con su voz severa que me infunde tanto respeto: «¿Te sentirás contento cuando seas ingeniero?»), y yo le

respondo sin vacilar, dejando el respeto a un lado: «No me sentiré contento porque habría preferido ser militar». Mi padre pone sus manos en mis hombros, me mira fijamente y me promete que seré militar. Esta misma noche persuade a mi madre, o al menos la persuade a resignarse, y ella se resigna porque acata las decisiones de mi padre con igual obediencia que yo. Mi padre me ayuda a llenar una planilla donde solicito mi admisión a la Escuela Militar, no la Escuela Naval ni la de Aviación, ya que nunca aparecen en mis sueños barcos ni aviones sino calles y caminos, y yo marchando al frente de mi tropa con el sable desenvainado. Estallante de júbilo acompaño a mi padre a la clínica del médico que me expide un certificado de salud, a la jefatura civil que me otorga un comprobante de buena conducta, y de ahí a la fotografía a tomarme un retrato de cuerpo entero, y finalmente al comando de la guarnición, a entregar todos aquellos papeles. Hago después un inacabable viaje en autobús desde mi montaña nevada hasta la capital, sin asomarme a mirar las empinadas vertientes, sin bajarme a curiosear las poblaciones del trayecto, mordisqueando los panes y los quesos que las manos medrosas de mi madre colocaron en un bolso de lona, sin apartar los ojos de la maleta donde llevo los útiles requeridos por el reglamento de la Escuela: la ropa interior, los dos pijamas, las cuatro camisas blancas, los cepillos, la brocha y los jabones. La casa de pensión está situada en las cercanías de la Escuela Militar. Invierto el tiempo que me separa de la fecha de los exámenes en releer el reglamento por las mañanas, atravesar un parque después del almuerzo, pasar por debajo de un gran arco conmemorativo y quedarme horas enteras asomado a la baranda de un

viaducto, contemplando el hormiguo de los automóviles hasta que se esconde la tarde detrás del perfil de una capilla y yo regreso a mi hospedaje. Llega por fin el día esperado con tanta impaciencia. Me someten a un examen médico en un hospital. Corro cien metros y salto vallas en una explanada para rendir el examen físico. Y también me aprueban en el examen cultural, que me había inspirado los mayores recelos, y al hacerle frente se reduce a preguntarme mi opinión sobre el descubrimiento de América y qué cosa es la Patria. Pasan otros quince días de viaducto y caminatas. Y hoy aparece mi nombre en los periódicos, en la lista de seleccionados para integrar el próximo primer año de la Escuela Militar, noticia que me obliga a bajar a saltos las escalinatas del parque y no parar hasta las oficinas del telégrafo donde se me aguan los ojos mientras les escribo a mis padres un mensaje de triunfo.)

—Fue varios meses después de mi ascenso a capitán cuando comencé a preguntarme con qué objeto el alto mando había dado paso tan grave. Al principio yo levantaba trabas subjetivas a mis dudas, como si mis críticas mentales constituyeran por sí solas una grave falta de indisciplina. Ni siquiera con Javier Entrena, mi amigo más íntimo desde la época del liceo, Javier Entrena que había continuado sus estudios y ya era ingeniero en ejercicio, osaba comentar aquellas preocupaciones, por más que salíamos juntos con frecuencia, íbamos de parranda los sábados en la noche y nos prestábamos libros. Daba por sentado que a Javier Entrena no le agradaba la

existencia de una dictadura militar, basándome en sus inclinaciones naturales que yo conocía, como igualmente hubiera podido deducirlo de los libros que me prestaba. Sin embargo, jamás hablaba de ese particular y yo le agradecía para mi capote que respetara con tanta discreción mi juramento de apoliticismo formulado al adscribirme a la carrera de las armas.

(El primer año se quedará grabado en mi memoria como una pesadilla de doce meses. Los aspirantes aceptados, un rebaño que pasa de ciento cincuenta, hemos sido convocados al edificio de la Escuela. Aquí nos recibe un oficial asistido por dos cadetes de los últimos años: un brigadier y un alférez que anotan nuestros nombres y se ofrecen con extremada cordialidad a conducirnos, uno por uno, al sitio donde nos entregarán los zapatos militares y los uniformes. Pero, poco antes de adjudicarme mis pertenencias, el alférez que con tanta delicadeza me ha guiado extrae una tijera del bolsillo y me corta la corbata de un tajo a raíz del nudo, gesto que interpreto como ceremonia simbólica de renuncia al mundo de los trajes civiles cuando en realidad es una burla precursora de otras más terribles. Los advenedizos caemos por separado en manos de los cadetes del segundo año, y de los brigadieres del tercero y de los alféreces del cuarto, confabulados todos ellos para hacernos sentir nuestra condición de nuevos por medio de las recetas más humillantes. Nos sujetan a cada uno de nosotros entre cuatro de ellos y nos cortan el pelo de tan ridícula manera que un camino trasquilado nos cruza la cabeza de banda a banda como a los payasos de circo. Nos tratan a

empujones y zancadillas, nos gritan palabrotas despectivas, y uno se imagina que estos escarnios concluirán al poco tiempo pero la verdad es que duran muchos meses, el primer año de pe a pa, hasta que aparecen otros nuevos y nosotros dejamos de serlo. Recibo por mi parte tan pesadas bromas con prudencia y filosofía, resuelto como estoy a ser militar sin permitir que pequeños descalabros se interpongan en mi propósito, pero hay otros novatos que se rebelan con irreflexiva temeridad y sólo obtienen reprimendas y castigos. Tampoco faltan los que se sienten abatidos y hablan de pedir su baja, o se les oye murmurar a medianoche: «¿Para qué me habré metido yo en esta vaina?», a lo que responde un alférez desde la cama vecina: «¡Cállate, nuevo de mierda!» y al nuevo le entran entonces ganas de llorar un rato o de regresar a su casa. Pero ninguna actitud de protesta o lamentación tiene sentido. Cómo va a tener sentido si los oficiales superiores alientan y azuzan ese tratamiento de los antiguos cadetes, dejándonos como mezquino desahogo la esperanza de llegar también nosotros un día a brigadieres y alféreces, como sin duda llegaremos, para vengarnos en los futuros nuevos de mierda las afrentas que ahora sufrimos.)

—A medida que se agudizaba la oposición, y ustedes lo saben mejor que yo, la dictadura militar se hacía más despiadada. Hasta nosotros, los oficiales de menor graduación, llegaban vagas noticias de lo que sucedía en las cárceles, aunque por lo general no las creíamos y nos limitábamos a comentar: «Deben ser exageraciones de los políticos empeñados en labrar el descrédito del gobierno».

Un sábado en la noche me tomé unas cuantas cervezas con Javier Entrena, mi antiguo compañero de estudios, e íbamos los dos solos en su automóvil por la carretera que baja al mar. Repentinamente yo le pregunté: «¿Qué hay de cierto en eso que se cuenta?». Él me miró sorprendido, sin soltar el volante, y yo no tardé en aclararle: “¿Qué hay de cierto en eso de los atropellos y las torturas?”. Javier Entrena comprendió que desde ese momento podía hablar de política conmigo y se apresuró a desembuchar todo cuanto se había callado antes. Me contó cómo había sido asesinado Ruiz Pineda en plena calle, cómo existía un campo de concentración llamado Guasina donde los presos políticos arrebataban la bazofia a los puercos para no morir de hambre, cómo en esa Guasina había agonizado un viejo coronel revolucionario con las úlceras cubiertas de gusanos y privado de asistencia médica. Yo le pregunté entonces: «¿Por qué cometen esos crímenes?, ¿para qué los cometen?». Y Javier Entrena me respondió secamente, sin volver la cara hacia donde yo estaba: «Lo hacen para robar».

(Las materias de estudio no me cuestan esfuerzo alguno porque las he cursado en el liceo de mi pueblo: me basta atender a las clases y refrescar mis lecciones de ayer. Tampoco me parece sacrificio levantarme a las cinco de la mañana, ni la gimnasia rítmica, ni el trote por la explanada de la Escuela, o por las calles de la barriada vecina, ni el aprendizaje del paso de ganso, ni los ejercicios con armas que comienzan a los tres meses de nuestro ingreso, ni tampoco el orden cerrado que al fin y al cabo es lo más fatigante. El orden cerrado consiste en

no dejarle un segundo libre al cadete del primer año, ni siquiera para escribir una carta a sus padres, en mantenerlo continuamente bajo voces de mando de brigadieres, alfereces y oficiales —¡atención, fir!, ¡a la dé, re! ¡a la iz, quier!, ¡de frente, mar!— cuando no obligarlo a tirarse al suelo o a trotar sin ton ni son. La finalidad precisa es convertirlo en un autómeta frente a sus superiores de escalafón, incrustarle la disciplina en los músculos y en el cerebro. La milicia no es simplemente un oficio sino algo que no debe diferenciarse de la .propia personalidad ni de la propia psicología. Pues bien, también me adapto al orden cerrado: entiendo su motivo y me someto sin desagrado a esa gritería autoritaria que no me deja un instante en paz.)

—Amargo trance fue para mí escuchar las irrefutables razones de Javier Entrena. El móvil exclusivo del golpe militar había sido la codicia. El implacable aparato policial edificado con tanto esmero no era sino una muralla defensiva del pillaje. Aquellas prédicas de salvar al país del caos y de la anarquía, de garantizar el orden social, se convirtieron lisa y llanamente en una parada tirada a medianoche o a la luz del día por una cuadrilla de hombres armados impelidos por un solo incentivo: el de entrar a saco en el tesoro público. Darne cuenta de esa realidad me condujo a una crisis de desaliento que se transformó gradualmente en crisis de indignación al recordar que para cometer tan vulgares fechorías se había invocado el honor

de un ejército al cual yo pertenecía y me sentía orgulloso de haberlo elegido como destino. Supe por Javier Entrena que cada concesión minera era una vileza remunerada, cada obra pública una comisión dolosa, cada edificio escolar un tanto por ciento. Supe que incluso en la adquisición de armas y uniformes para el ejército recibía el dictador su tajada de mercenario. Los tanques de guerra se oxidaban abandonados, los motores se volvían inservibles bajo el orín y el fango, porque de ese modo era factible comprar en el extranjero nuevos tanques y nuevos motores que producirían nuevas comisiones.

—Y te faltan muchas cosas por saber —lo interrumpió el Periodista llevado por la tentación de referir una extravagante superchería—. Hace unos meses, por ejemplo, el Ministro de Sanidad solicitó en el Canadá un presupuesto para equipar a todo lujo un hospital acabado de construir. Le enviaron de allá el presupuesto, tras tomar como norma el mejor hospital de Montreal, junto con la advertencia de que consideraban aconsejable, más aún, imprescindible eliminar del pedido los enormes aparatos limpiadores de nieve, absolutamente inútiles en un país tropical como el nuestro. No obstante, el dictador y el Ministro de Sanidad, resistidos a dejarse mermar en un céntimo la comisión que habían calculado, respondieron por cable: «Manden equipo hospital sin quitarle nada». Aquellas inmensas palas destinadas a limpiar una nieve que no ha caído ni puede caer jamás, le costaron a la nación más de cien mil dólares.

—Ya enterado de los atropellos que se cometían en nombre del ejército —prosiguió el Capitán—, se me

enfrentaron en la conciencia dos columnas igualmente aguerridas: de un lado mi idea inflexible de la disciplina y mi juramento de apoliticismo; del otro lado mi dignidad de hombre y mi rabiosa amargura ante el descrédito que se cernía sobre mi profesión.

(La salida dominical es una tregua esperada con ansiedad por todos nosotros. Marchamos en formación a misa de nueve en San Francisco, con nuestros uniformes azules de paseo y nuestras dagas a la cintura, y lucimos tan apuestos que las muchachas nos miran y remiran embelesadas, y una que otra vieja se atreve a decir en alta voz: «¡Pero qué buenos mozos son los cadetes!»). Algunos encuentran a sus familiares en la iglesia y se van a pasar el domingo con ellos, pero otros no tenemos parientes en la capital y nos vemos obligados a vagar por las calles medio desiertas, o a meternos en el primer salón de cine que nos sale al paso, o a visitar gentes del terruño que nos invitan a almorzar y nos dan noticias de quienes allá se han casado o muerto en los últimos tiempos. De esa manera concluyo el primer año y asciendo al segundo, dejo de ser nuevo y renuncio voluntariamente a desquitarme de mis pasadas desdichas a costa de los nuevos recién ingresados. También sin contratiempos llego al tercer año, con una jineta al brazo y el título honroso de primer brigadier, ya que el de brigadier mayor le corresponde a Raimundo Morillo, único entre mis condiscípulos que me aventaja en méritos. La historia se repite cuando pasamos al cuarto año, nos cambian la jineta por dos estrellas y me designan alférez auxiliar, mientras solamente Raimundo Morillo vuelve a

aventajarme y obtiene el grado de alférez mayor, sin que la pugna haga nacer envidia de mi parte ni mezquindad de la suya, sino amistad verdadera de lado y lado. Me consigo una novia de los domingos con quien me une un vínculo tan platónico como frágil, digamos platónico porque nunca vamos más allá de los besos superficiales, y digamos frágil porque nuestras relaciones terminan cuando ella hace un viaje a Maracaibo y no hallamos de qué hablar en las cartas. Otro acontecimiento, y éste sí me dejará huella imborrable, es un telegrama de mi madre donde ella dice con una sencillez impresionante: ¡“Tu padre murió anoche».

—Cuando volví a encontrarme con Javier Entrena le pregunté escuetamente: «¿Qué debemos hacer?». Y Javier Entrena me contestó con esa expedita firmeza suya que lo hace parecer como si ya tuviera las respuestas preparadas dentro de la cabeza: “Nosotros los civiles hacemos cuanto podemos, pero ustedes los militares están en condiciones de hacer mucho más». Insistí entonces: «¿Puede servir para algo un militar aisladamente?». Y él me replicó en voz baja, aunque estábamos solos en mi apartamento: «Hay muchos oficiales que piensan como tú. En tu propio cuartel debe haberlos. Mejor dicho, los hay». Y así fue como, por intermedio de mi amigo Javier Entrena, de quien ignoro actualmente si está preso, o lo han matado, o logró escapar al extranjero, me encontré de pronto metido hasta aquí en una conspiración.

(Al salir de la Escuela Militar con el grado de subteniente, asignado a un batallón de infantería, tengo que enfrentarme a mi pelotón de treinta y dos hombres, con sus sargentos, sus cabos primeros, sus cabos segundos, sus distinguidos y sus soldados rasos. Se trata de un asunto muy diferente a escarnecer con bromas pesadas a los nuevos de quince años y gritarles voces de orden cerrado sin darles respiro. Estos son hombres del pueblo, torpes los recién llegados, zamarros los veteranos, campesinos muchos de ellos que calzan por primera vez unos zapatos, usan por primera vez un cepillo de dientes y se acuestan por primera vez sobre una cama con colchón. Casi todos los reclutas son analfabetos, de reacciones duras y directas, no timoneadas por prejuicios ni conocimientos previos, a quienes es preciso primero enseñar a leer y escribir, y luego hacerse querer y respetar por cada uno de ellos, por cierto seres humanos harto distintos entre sí a causa de las variadas características de sus regiones de origen, y de los oficios disímiles que realizaban antes de venir al cuartel. Para mí, subteniente de veintiún años, recién salido del cascarón de una escuela militar, resulta endiablado problema diferenciar a estos hombres, saber a quién debo aconsejar y a quién debo dar órdenes cortantes, en tanto que ellos, al no más vivir seis meses en el cuartel y perder el susto de lo desconocido, intuyen de una sola mirada si un oficial es activo o negligente, si es realmente disciplinado o finge serlo, si se le puede engañar con un cuento o surte mejor efecto decirle la verdad, si lleva coraje de militar dentro de la guerrera o sólo aparenta llevarlo. Tengo la fortuna de topar como comandante de mi compañía a un capitán en toda la acepción de la

palabra, de quien aprendo a la vuelta de seis meses mayor número de cosas esenciales que las adquiridas antes en cuatro años de estudios y disciplinas. El capitán me enseña a impartir instrucción militar a los soldados bisoños. Y me enseña a enfrentarme a los problemas de mis treinta y dos subordinados, que es lo más importante.)

—Después de varios aplazamientos se fijó definitivamente como noche del golpe una en que yo estuviera de guardia. Mi misión era tomar el cuartel a las tres en punto de la madrugada, en compañía de dos tenientes que también estaban comprometidos. Otros oficiales, a igual hora precisa, llevarían a cabo idéntica operación en dos cuarteles más de la capital y en cuatro guarniciones del interior. El oficial de guardia en la Cárcel Modelo se declararían en rebelión, a las mismísimas tres de la madrugada, y armaría a los presos políticos. Grupos de civiles se hallaban concentrados en diversos lugares de la ciudad, dispuestos a salir a la calle al estallar los primeros tiros, con la consigna de agitar al pueblo y provocar motines en respaldo de la sublevación. Todo pasaría cuando el reloj marcara las tres en punto de la madrugada.

—¡Lindo plan! —murmuró nostálgico desde su rincón el Tenedor de Libros.

—Nosotros cumplimos rigurosamente nuestro compromiso. A las tres menos cinco empujamos la puerta del cuarto del comandante, que éste nunca cerraba con llave, y lo despertó un grito mío: «¡Dése preso!». El

hombre entreabrió los ojos y trató de echar mano al revólver, pero no lo encontró en su sitio, porque ya el teniente Solano se le había adelantado. No le quedó otro recurso sino sentarse en la cama y rugir con intención de amedrentarnos: «¡Quienes están presos son ustedes por insubordinación! ¡Suelten esas armas!». Yo le repliqué: «Comandante, estamos hablando en serio y usted está preso. Además, no tenemos un minuto que perder». El comandante, panzudo y calvo, sentado en la cama y con aquel pijama verde, tenía más aspecto de porcelana china que de jefe de un cuartel. A continuación nos miró de arriba abajo y cambió su voz tonante por una paternal: «Pero muchachos, ¿ustedes están locos? ¿No comprenden que van a arruinar su carrera de militares?»

Suelten esos revólveres inmediatamente, y yo les prometo interceder para que los traten con benevolencia, para que no los echen del ejército». Insistí con aspereza: «Está perdiendo el tiempo, comandante, y nos lo está haciendo perder a nosotros. ¡Usted está preso y se acabó la discusión!». El teniente Solano procedió a cortar los hilos del teléfono con el filo de un sable, mientras el comandante insistía en hablarnos, ahora con una voz que no era autoritaria ni paternal, sino ladina y contemporizadora: «Pero muchachos, ¿se han metido ustedes en una parada de locos o se trata de un asunto serio?»

Yo siempre he compartido los ideales de la juventud militar y en esta oportunidad no he sabido nada, nadie me ha dicho nada. ¿No estarán ustedes en un callejón sin salida?. Era evidente que el comandante se esforzaba en

sondear las dimensiones de nuestro complot y ponía ya las primeras tablas de un puente para cruzarlo luego, en el caso de nuestra victoria. Lo dejamos arrestado en su cuarto, encerrado bajo llave, con un teléfono inservible y la advertencia de que si intentaba escapar le caeríamos a tiros sin ninguna consideración.

(Tres años me cuesta, como a todos los subtenientes, ascender a teniente. Una estrella se añade a mis presillas y mi modesto salario experimenta una ligera mejoría: eso es todo. El capitán de mi compañía me toma en cuenta como su inmediato colaborador, como un capitán en cierne, y aunque lo sigo tratando de usted frente a testigos, sucede que cuando estamos a solas nos tuteamos mutuamente. El capitán me lleva una noche a casa de una prostituta, compañera inseparable de otra con quien él mantiene relaciones, y me da a la salida consejos muy provechosos referentes al roce con mujeres de ese oficio. «Es inconveniente para un oficial —dice— andar cambiando de prostituta a cada momento, porque tantas mudanzas acarrearán una fama de disoluto que en nada beneficia a nuestra carrera». Y me advierte a continuación que tampoco es sensato hacerse cliente crónico de una misma moza, porque tal asiduidad implica el riesgo de volverse costumbre arraigada como en algunos casos que no vale la pena mencionar, en los cuales una preferencia exagerada por una mujer de esa clase se convirtió en concubinato y después en matrimonio. No me aparto de sus juiciosos consejos, ni siquiera cuando llega a gustarme más de la cuenta una de aquellas tipas, como me pasa con Julietica la de los

lunares, a quien cambio por una cubana a los cuatro meses de andar con ella, para evitar que los lunares de Julietica se me enreden en la vida. Tanto el capitán como yo gozamos de especial prestigio entre las muchachas del gremio, de modo tal que el anuncio de nuestra visita espanta a los demás parroquianos, se nos recibe luego como a dueños y señores de la casa, y se nos trata bajo las sábanas con mayor dulzura y complacencia que a los clientes de traje civil.)

—Despertamos a la tropa y yo ordené: «¡Formación con armas!», en cuanto el teniente Solano hubo abierto el parque con las llaves arrancadas al comandante. La disciplina militar funcionó como un aparato de precisión. Al cabo de quince minutos estaban formadas y armadas en el patio las cinco compañías de mi batallón, con sus soldados, sus distinguidos, sus cabos segundos, sus cabos primeros, sus subtenientes, todos en espera de mis órdenes para cumplirlas aunque un poco extrañados de aquel despertar imprevisto. Dejé la tropa al mando del teniente Solano y me aproximé, acompañado por el teniente Carrión, quien era experto en comunicaciones, a escuchar la radio militar. Varios minutos lentísimos avanzaron en mi reloj pulsera sin que la radio pronunciara una sola palabra significativa. Repicó, en cambio, la central telefónica del cuartel y yo atendí personalmente. Era un funcionario del Ministerio de la Defensa, o al menos así se presentó, y deseaba hablar con el comandante. Yo respondí a quemarropa: «El comandante está detenido. Aquí habla el jefe del batallón, rebelado contra la dictadura en defensa de la constitución y las leyes de la

República». Del otro lado se produjo un hosco silencio y luego estalló una voz enfurecida: «¡No sea imbécil! ¡Deponga las armas inmediatamente!».

Corté en seco la comunicación y entonces sí se soltó a chisporrotear palabras la radio militar, palabras dirigidas exclusivamente a nosotros, sin mencionar otros cuarteles ni alzamientos, ni motines: «La descabellada aventura no ha encontrado eco en ninguna guarnición del país», «El traidor ha quedado completamente aislado», «Nadie lo acompaña en sus siniestras maquinaciones de anarquía», «Si no se rinde incondicionalmente en un plazo de treinta minutos, el cuartel será atacado por unidades motoblindadas, cañoneado por piezas de artillería y bombardeado por la aviación militar». Repicó de nuevo la central telefónica y esa vez habló sin intermediarios el jefe del Estado Mayor para ratificarme el ultimátum de los treinta minutos. Colgué sin responder una sílaba y continué en mi espera.

En espera del estallido de los tiros, en espera de los gritos de los amotinados. Pero nada de eso ocurrió. Alguna tuerca no funcionó debidamente, alguna contraorden emitida a última hora no llegó hasta nosotros, y el resultado era que yo me había quedado solo, alzado en mi cuartel con el teniente Solano, el teniente Carrión y más nadie. Únicamente se escuchaba el crujido metálico de los tanques que rodeaban los paredones del viejo edificio, los movimientos de las tropas que tomaban posiciones en los alrededores, los motores de dos aviones que pasaron en vuelo raso bajo el cielo plomizo de la madrugada. Y la voz de la radio militar que no paraba en sus diatribas y

amenazas.

«Un oficial aventurero ha pretendido sublevarse en un cuartel de la capital», «El faccioso no ha hallado respaldo de ninguna clase», «Han transcurrido veinticinco minutos de los treinta que se le han fijado para rendirse incondicionalmente», «Si no acata las órdenes de rendición, el cuartel será cañoneado dentro de cinco minutos por piezas de artillería y bombardeado por la aviación militar». Comprendí que intentar una resistencia significaba sacrificar a un puñado de suboficiales y a unos cuantos hombres de tropa para nada, para que tomaran el cuartel al fin y al cabo después de tres cuartos de hora de combate. No me quedó otro camino sino telefonar al Ministerio de la Defensa y decirles: «Pueden venir a hacerme preso». Cuando llegaron, ya le había abierto yo la puerta al comandante, ya le había restituido su revólver y su mando, ya los arrestados éramos el teniente Solano y yo. En cuanto al teniente Carrión, afirmé rotundamente que nada sabía de la conjura y que se había limitado a cumplir mis órdenes. Pero no me creyeron.

(Raimundo Morillo, el único entre mis condiscípulos que logró aventajarme en méritos como brigadier y como alférez, ha preferido servir en el arma de caballería. Nada me extraña verlo convertido en experto jinete, saltador inigualable de vallas y lagunas, triunfador indiscutible en cuanto concurso hípico participa, habilidades que lo llevan a hacer amistad con familias encopetadas, de esas que montan a caballo no por oficio sino por diversión, juegan al golf los días de trabajo y tienen quintas con

cadillacs, perros con collares y jardines con jardineros. En una de esas residencias ofrecen una fiesta en honor del teniente Morillo, con motivo de haberse ganado otra copa de plata a saltos de un caballo, y a mi antiguo compañero se le ocurre llevarme consigo, y yo voy sin sospechar el laberinto en que me estoy metiendo. Al principio me siento un tanto incómodo en medio de un salón excesivamente iluminado, pero de pronto observo que una mujer de pasmosa belleza, sin duda alguna la más bella que yo he tropezado sobre la tierra, me mira intensamente, más allá de lo que se les permite a las mujeres decentes mirar a un desconocido. Le ruego a Morillo que nos presente, inicio con ella una conversación sin tema concreto y advierto al primer cruce de palabras que posee el don sutil de decirle a uno exactamente aquello que más le agrada oír decir de uno mismo. Es una joven morena y alta, casi tan alta como yo, con la boca carnosa y siempre al borde de la sonrisa. Me sorprenden sus ojos grises, tan poco comunes en nuestra raza, sus ojos grises increíblemente expresivos, capaces de dar a entender por sí solos todas las sensaciones y todos los sentimientos. Hablamos de los árboles de mis montañas, ahora sí con tema concreto, sin que nuestro diálogo le impida a ella mantenerse como eje viviente del salón entero, sin que cesen de aproximarse hombres jóvenes o viejos, nunca el mismo, a ofrecerle una copa o un cigarrillo que ella acepta o rehúsa con igual sonrisa cautivante. Al final de la fiesta, a punto ya de despedirse los últimos invitados, se acercan los dueños de la casa a rogarle que toque el piano, proposición que ella rechaza en redondo: «Perdónenme esta noche. Me siento hoy muy lejos de la música». Intervengo yo para sumar mi ruego al de los otros, me sonrío ella entonces un

par de segundos, y como si tan sólo esperara esa mediación mía para modificar su actitud, se sienta de buen grado a tocar un preludio de Chopin que yo conozco de sobra porque figuraba entre los discos preferidos de mi madre, allá en mi pueblo. Sus raros ojos grises me miran sin mirarme mientras sus manos se mueven sobre las teclas. Nunca imaginé que alguien supiera mirar así de soslayo, de soslayo pero directa e inconfundiblemente, como ella lo está haciendo conmigo al cabrilleo de un preludio de Chopin.)

—Aquella misma madrugada me llevaron lejos del cuartel en una camioneta que cruzó la ciudad a más de cien kilómetros por hora despertando durmientes a chillidos de sirena. Me encerraron en un calabozo y a las pocas horas comenzaron los interrogatorios, a cargo de un oficial de la Policía Militar que tenía a las claras menos vocación de militar que de policía. El tipo abrió los fuegos preguntándome los móviles que me habían impulsado a levantarme en armas contra el gobierno legalmente constituido y yo le respondí sin rodeos lo que pensaba del cochino gobierno y de su puerca legalidad. Al coronel, porque había olvidado decirles que se trataba de un coronel, se le brotaban los ojos de furia al interrumpirme: «¡Usted no es sino un traidor y es inútil que pretenda justificar su traición!». Yo le pregunté en seguida fríamente: «¿Traidor a qué?», y él me respondió a grito herido: «Traidor a su juramento de militar, traidor a la disciplina, a la patria, a la bandera, traidor a todo!». Como era indispensable defenderme de tamañas injurias le dije:

«La patria y la bandera son algo muy diferente a lo que ustedes piensan de ellas. No fueron creadas para enriquecerse con las concesiones y los contratos. No son un negocio sucio a tanto por ciento de comisión».

Entonces el coronel se alzó de su asiento y bramó como un energúmeno: ¡¡Cállese! ¡Le ordeno que se calle!». Yo me callé porque ya había dicho lo que me interesaba decir y se oyó solamente el tecleo de la máquina de escribir de un secretario que copiaba mis declaraciones. Estábamos en la oficina del comando, un salón más bien estrecho, amueblado por la mesa del secretario y los escritorios de mis tres inquisidores. El segundo de ellos, otro oficial de la Policía Militar, rompió el silencio para preguntarme a su turno: «Las causas de la asonada no nos interesan tanto como la identidad de sus promotores. Diga los nombres de los oficiales que estaban comprometidos, además de usted, el teniente Solano y el teniente Carrión». Respondí secamente: «Los únicos oficiales comprometidos en mi batallón, como lo pudo ver el comandante cuando lo hicimos preso, éramos el teniente Solano y yo. Todos los demás hombres, desde el teniente Carrión hasta el último soldado, obedecieron mis órdenes por disciplina y formaron con armas porque ésa fue la voz de mando que recibieron». Pero mi interrogador, lejos de darse por satisfecho, volvió a la carga: «No me refiero solamente a los oficiales de su propio batallón, capitán. Lo que queremos saber es quiénes estaban confabulados para sublevarse en otras guarniciones».

Esperaba esa pregunta y tenía la respuesta pensada: «Me levanté con mi batallón en un movimiento aislado, sin

ramificaciones de ninguna clase, como informó repetidas veces la radio militar y lo ratificó el jefe del Estado Mayor». El individuo me miró con redoblado encono y prosiguió: «No pueden escapar a usted los motivos por los cuales se dijo eso por la radio, capitán. Usted conoce los nombres de sus cómplices y los debe declarar ahora mismo si no quiere malograr para siempre su carrera, ser expulsado para siempre del ejército y pudrirse durante muchos años en la cárcel». Desvié la cara hacia el secretario que copiaba las preguntas y las respuestas, y le dicté pausadamente: «No sé absolutamente nada de ese complot de grandes proporciones a que ustedes se refieren. Me levanté en armas por mi cuenta y riesgo, sin conexión con otros oficiales, y como tal asumo la responsabilidad». En ese punto habló el tercer inquisidor, oficial asimilado, abogado de profesión, más palabrero que los anteriores: «De acuerdo con las leyes de la República, capitán, su caso pasará a un tribunal militar que sentenciará a base de las respuestas suministradas por usted en los presentes interrogatorios. Le aconsejo conducirse en forma menos altanera y más compasiva, hacer un esfuerzo por colaborar con el alto mando en el esclarecimiento de un golpe sedicioso que ya fue completamente develado. Debe usted revelar al menos los nombres de los civiles que lo incitaron a insubordinarse. Le advierto que algunos de esos civiles han sido detenidos por la policía y no han vacilado en declarar en contra de usted». Sin apartar la mirada del secretario y de su máquina de escribir dije: «(No tengo nada que agregar a mis declaraciones anteriores». Y, en efecto, no añadí una palabra más.

(Mi amiga de los ojos grises se llama Noemí y pertenece a una familia con pasado de grandes haciendas y presente de royaltys petroleros, un mundo remotísimo y ajeno a mis pensamientos. No es mi culpa si Noemí no me permite desaparecer de nuestro primer encuentro, si le insinúa al teniente Morillo que me lleve a su casa, si su boca carnosa me tienta como una fruta. Vuelvo a su casa cuantas veces quiere, a pesar de sus apellidos y de la atmósfera que la envuelve, y termino por enamorarme de ella como un infeliz, sabe Dios por cuánto tiempo. Noemí que también me quiere, de eso no tengo la menor duda, se ve en aprietos para explicar a sus padres, a la gente del club y a sus amigas de la infancia, esta repentina intimidad con un teniente provinciano sin otra fortuna que las dos estrellas de sus presillas. La veo los sábados y los domingos bajo los pinos de un parque. Y cuando no la veo, no me aparto de la central telefónica del cuartel en las horas precisas: once y media de la mañana, cinco en punto de la tarde. «Lo llaman a usted, teniente», y es siempre Noemí. El único nubarrón en cielo tan radiante es Noemí afanada en agujonear la admiración de los hombres, Noemí desplegando su sensualidad como un capote de torero, Noemí distribuyendo sonrisas y miradas que a mí me causan rencor y pesadumbre, aunque estoy seguro de que ella me quiere. Y si ella me quiere, esa avidez de crear a su alrededor un cerco de halagos masculinos, no puede ser sino un hábito de mujer mundana y nada más. Atribuyo mi zozobra a prejuicios montaraces pero luego me dedico a observar con detenimiento a las otras mujeres, a las que giran en torno a Noemí y compruebo desconsolado que únicamente ella cultiva esa siembra de miradas insistentes y de sonrisas

prometedoras. Mi inquietud por aquel modo de ser de Noemí me quema por dentro como un tizón y amenaza con volverse resentimiento. Decido hablarle sin ambages del problema, aun a riesgo de exhibirme ante ella como un hombre celoso, sinónimo de cobarde porque en el corazón de todo hombre celoso se esconde una raíz de cobardía. Noemí me escucha serenamente y dice: «No me agrada despertar malos pensamientos, te lo juro», «Haré un esfuerzo para librarme de mis atractivos involuntarios, si tanta molestia te causan», «Tú me interesas por encima de todas las cosas de este mundo». Me apaciguo completamente después de esa franca conversación con Noemí, pero mi sosiego dura apenas hasta la próxima fiesta donde nos invitan y donde ella insiste en repetir miradas misteriosas, sonrisas incitantes, entre cuanto personaje masculino de cierta prestancia o relieve se cruza con nosotros. Noemí y yo nos enfrascamos a renglón seguido en una lucha sorda que no concluye pronto en ruptura violenta porque en realidad nos queremos mucho, cada uno según su capacidad y manera de querer. Existe una fuerza dentro de ella que la arrastra con empuje más avasallante que el amor y es su apetencia de saberse codiciada por muchos hombres al mismo tiempo, aunque no me quiera sino a mí. Tanto me quiere que la veo debatirse como los morfinómanos decididos a arrancarse el vicio, y como ellos lo logra temporalmente hasta el momento en que surge un sujeto importante o bien parecido y al punto se le derrumban sus propósitos, despliega miradas y sonrisas provocadoras, y yo sufro como un perro abandonado. Una tarde le digo, no impulsivamente sino tras haberlo meditado en noches de insomnio: «La próxima vez que te comportes de ese modo,

no volverás a verme».)

—Tres semanas permanecí encerrado en un calabozo de la Policía Militar. Me sacaban de vez en cuando para reanudar los interrogatorios, para repetir sus preguntas sobre los nombres de los militares y de los civiles comprometidos en la conspiración. Prolongaban la farsa por pura fórmula, y el secretario continuaba llenando páginas y más páginas con respuestas similares, cuando no idénticas, a las del primer día. Se cansaron al fin de oírme decir lo mismo a lo largo de tres semanas y resolvieron pasar mi expediente a los jueces militares. Me enviaron a esperar la sentencia en las bóvedas de un viejo fortín trepado al cerro, con el mar allá abajo. Era un vigía de piedra construido por los españoles de la colonia para otear desde lejos las naves piratas y prepararse a combatirlos. Entre las bóvedas grises resonaban las voces como provenientes del fondo de un pozo. Me encerraron en uno de aquellos calabozos sobre cuyas paredes macizas los siglos de salitre habían socavado dragones estrafalarios. A los mediodías y a los atardeceres entraba un carcelero anciano y rengu, sargento retirado según decía, a llevarme un rancho infame del cual yo no tomaba sino el pan y el agua. Le preguntaba todos los días: «¿Cómo está hoy el mar, sargento?». Y él me respondía siempre lo mismo: «Muy bonito, capitán, muy bonito y muy grande».

(Cumpló veintiocho años un martes de carnaval y soy

ascendido a capitán a las pocas semanas. Mi condición económica mejora de la noche a la mañana cuando recibo mi parte de la herencia dejada por mi padre. «Logré vender la hacienda de café a un precio razonable», dice mi madre en su carta. Dejo la habitación oscura y el hotel de mala muerte donde he vivido tantos meses y alquilo un apartamento a la orilla de una avenida sembrada de acacias y jabillos. Comprende Noemí que corre el riesgo de perderme, suprime las sonrisas zalameras, reduce a crenchas de campesina su melena negrísima, arrincona carboncillos y coloretos, y a mí me parece más linda mientras de más perifollos superficiales se despoja. Hasta que un día cualquiera somos invitados casualmente a la misma casa donde nos conocimos. Esta vez se festeja a un diplomático extranjero bienquisto en estos círculos por los tres libros de viajes que ha publicado, como también por la elegancia de sus trajes y por su fama de mujeriego. El diplomático no presta atención a Noemí al serle presentada, tan distraído anda o tan borrosa le parece ella con sus crenchas de campesina y su rostro sin maquillaje. Observo cómo le tiemblan las aletas de la nariz y se le humedecen los ojos desafiantes. El hombre no consigue escapar de la llamarada gris que lo acosa. Ronda un instante alrededor de nuestra mesa y se acerca por último a nosotros, es decir, a ella, mensajero de los dueños de casa a rogarle que toque el piano. Noemí no elige ahora un prelude de Chopin sino la Danza del fuego, de Falla, sin dejar un segundo de mirar de soslayo hacia la columna desde donde el diplomático la contempla pensativo, y la música no se detiene sino cuando yo he cruzado ya los jardines y me alejo a grandes pasos por entre las palmeras de la avenida. Las llamadas telefónicas

de Noemí persisten muchos días, a las once y media de la mañana y a las cinco en punto de la tarde, pero yo no las atiendo, ni respondo tampoco a las cartas que me escribe, y si nos vemos una vez más es porque irrumpo una noche en mi apartamento cuando abro la puerta sin saber de quién se trata. Lloro unos minutos en silencio sobre un pañuelito, me obliga a jurar que olvidaré el trivial incidente con un diplomático vanidoso e inflado, así lo llama ella, y antes de despedirse me cuenta, ya más calmada, cómo dejó a medio tocar la Danza del fuego, para correr enloquecida por los jardines sin lograr darme alcance. No vuelvo a verla, no quiero volver a verla, necesitaré Dios y su ayuda pero no volveré a verla; ¿para qué voy a verla si terminaríamos por convertirnos en un par de neuróticos? Por otra parte, ya estoy metido en una conspiración y me hace falta una mente serena y limpia de telarañas.)

—Tras dos meses de encierro en las bóvedas del fortín, me anunciaron el veredicto del tribunal militar. Se me pasaba a retiro, medida que entrañaba prácticamente mi expulsión de las filas del ejército, y se me condenaba a doce años de cárcel. Pero la dictadura se vendrá abajo muchísimo antes de esos doce años y yo regresaré al ejército a castigar a quienes mancharon sus charreteras con sangre de crímenes y botín de saqueos. ¿Verdad, amigos?

—Verdad, Capitán —respondió el Barbero a nombre de todos.

EL BARBERO

MÁS DE TRES MESES se habían desleído —37 grados a la sombra— detrás de los cartones que tapiaban el calabozo, cuando se abrió la reja y apareció el alcaide en persona. Faltaba un cuarto de hora para el rancho del mediodía. El Capitán explicaba el binomio de Newton sin papel ni lápiz, sin pizarrón ni tiza. Menos mal que el Médico obtuvo un pedazo de carbón por intermedio de Antonio, el segundo de los cocineros italianos, a quien había recetado con éxito dieta blanda y emetina para su disentería. El Capitán trazaba signos negros en el piso: $(a + b)^3 = a^3 + 3a^2 b + 3ab^2 + b^3$, cuando se presentó el alcaide vestido de marrón, con un gallo de pelea entre las manos y acompañado de un pequeño séquito de *esbirros* y guardias, a más de un sirviente u ordenanza que traía a cuestras varios paquetes.

—Vengo a entregarles personalmente las encomiendas que les han mandado de sus casas —dijo—. Además, puedo informarles que los familiares de ustedes se encuentran bien de salud.

El hombre hablaba con hosquedad, pero sin la inquina agresiva de la primera entrevista.

—¿No hay cartas? —preguntó el Barbero.

—No hay cartas —respondió el alcaide.

—¿No hay libros? —preguntó a su turno el Médico.

—No hay libros.

—¿Tampoco nos han enviado dinero? —indagó el Capitán.

—Sí —afirmó esta vez el alcaide—. Hay algunas cantidades depositadas a nombre de ustedes en la caja del establecimiento. Pero todavía no he recibido órdenes de la superioridad a ese respecto. Si me autorizan a permitirles el uso de sus reales para hacer compras, les avisaré a cuánto monta el haber de cada uno.

Los cinco intuyeron al unísono que el alcaide había mentado en lo referente a las cartas y a los libros. Ninguna de las cinco familias pudo olvidar ambas cosas, cartas y libros, las más vitales apetencias de un preso. Sin embargo, no valía la pena insistir. El alcaide dijo agriamente «buenos días» y desapareció por entre los barrotes de la reja encartonada. A ellos, habituados al maltrato y al olvido, les sorprendió más el gesto inusitado del alcaide —haber venido por sí propio a entregar las encomiendas— que su traje marrón dominguero bajo un calor despiadado y que su gallo de pelea entre las manos, todo tan inadecuado y tan extravagante. No obstante, eran detalles secundarios. Lo fundamental residía en la presencia de las cinco encomiendas, cinco bultos ya abiertos y requisados implacablemente por las autoridades del penal, que el ordenanza puso en las manos de los presos tras deletrear con voz declamatoria los nombres que venían escritos en los rótulos. Uno por uno se fueron a su cama en silencio, a acariciar un instante la superficie rugosa del papel de envolver, primera vislumbre de la

gente querida que trascendía al calabozo, y a examinar luego sin aparente ansiedad, aunque con íntima y desmesurada ansiedad, el contenido de los cinco bultos.

El Médico recibió ropa interior, jabones, aspirinas, tintura de yodo, pastillas para la acidez estomacal, leche en polvo, dos cajas de galletas y un queso de bola holandés. El paquete del Capitán trajo camisas de kaki, pañuelos, bizcochos de su pueblo, latas de *diablito*, y un frasco de agua de colonia con una inscripción en lápiz entrelazada a los apellidos franceses de la etiqueta, que descifró sin dificultades: «Besos de tu mamá». Parecidas provisiones —ropa, medicinas, alimentos— les llegaron al Tenedor de Libros y al Barbero. Pero este último lanzó un grito de alegría al atrapar una caja de madera en el fondo de su encomienda:

—¡Miren lo que tengo aquí!

Era un juego de dominó con sus veintiocho fichas nuevas y espolvoreadas de aserrín. El entusiasmo del Barbero encontró eco inmediato.

—Ha sido una idea genial —opinó el Tenedor de Libros.

—¡Formidable! —coreó el Capitán.

El Periodista hurgaba entre tanto en las profundidades de su paquete, ensimismado y minucioso. Esas camisas, esas alpargatas, ese salchichón despedazado en la requisa, esa bolsita de picadura para una pipa que no tenía, provenían de su casa, de su padre y de sus hermanas. Pero aquel

pantalón oscuro añadido a última hora antes de cerrar el envoltorio, aquel pantalón absurdo había salido de las manos de Milena, como lo proclamaba el perfume que persistía en la tela, el perfume inconfundible de Milena que en esta ocasión equivalía a su firma. Aquel pantalón traía escrito un mensaje, no le cabía la menor duda. Después de los ruines macarrones del rancho, aderezados con un pote de *diablito* del Capitán que los mejoró notablemente, el Periodista se consagró a descoser el pantalón, a deshilarlo pulgada por pulgada, milímetro por milímetro. No era Milena mujer para enviar un inservible pantalón oscuro a una cárcel donde se padecían treinta y siete grados a la sombra, sin una finalidad precisa. Milena había remitido un mensaje y él estaba decidido a encontrarlo, como en efecto lo encontró al desprender los bolsillos y toparse al respaldo de la tela blanca de la faltriquera con un puñado de letras menudas garrapateadas en tinta china. Era una carta breve que el Periodista leyó a sus compañeros, sin decirles que era de Milena, como tampoco les había dicho nunca que Milena existía. Simplemente les leyó, saltándose el «amor mío» del encabezamiento y el «tu conejita no te olvida» del final: «Sabemos dónde estás, en qué condiciones estás y con quiénes estás, porque otros presos de esa misma cárcel han conseguido averiguar la presencia de ustedes y lo han escrito a la calle. No quisiera ilusionarte demasiado, pero las cosas marchan bastante bien, según mis informes. Tus amigos me dicen que te veré antes de un año. Por alguna razón lo afirman con tanta seguridad».

—¿Se trata de una persona seria? —preguntó el Capitán visiblemente interesado.

—Intachablemente seria. Jamás le he oído decir una falsedad.

—¿No habrá inventado en este caso una mentira piadosa para mandarle una cucharada de esperanza a un preso? —dijo el Médico.

—No lo creo. No es su manera de ser.

El Tenedor de Libros intervino acto seguido con vehemencia:

—A mí me parece muy claro lo que dice esa carta y no me explico por qué causa se encaprichan ustedes en restarle importancia, en dudar de la veracidad de sus noticias. Esa carta informa concretamente que el movimiento de resistencia se ha consolidado, que se vislumbra la perspectiva de derribar al dictador, que nuestros días o meses de prisión están contados. ¿No es así, Periodista?

—Así es —respondió el Periodista sin deponer su actitud pensativa.

A todas estas el Barbero había extraído las veintiocho fichas de su caja de madera y contemplaba embelesado los rectángulos blancos y sus relucientes hoyuelos negros.

—¿Nadie sabe jugar dominó aquí? —preguntó.

—Yo lo entiendo un poquito —se arriesgó a responder humildemente el Capitán.

—Yo apenas coloco las fichas donde caigan —agregó con mayor humildad aún el Tenedor de Libros.

Yo he jugado cuatro o cinco veces a lo sumo, para matar el tiempo en la redacción, las noches de guardia sin sucesos —dijo a su turno el Periodista.

—Yo no sé —gruñó el Médico.

Este último era el único que había dicho la verdad. Los otros tres eran jugadores bastante fuertes, con experiencia de noches enteras despilfarradas frente a las mesas de dominó, pero cada uno de ellos usaba la estratagema de hacerse pasar por principiante con la intención escondida de sorprender más tarde a sus adversarios. El Barbero, en cambio, exageró en sentido opuesto:

—Pues entonces están perdidos y van a llevar más palos que burro de carga. Porque yo soy el campeón de la parroquia de Santa Rosalía y del gremio de barberos, nada menos, conocido entre los catedráticos de dominó bajo el apodo de «El Tigre del peine y las tijeras».

Al comienzo jugaron en el cemento del piso, sentados como musulmanes alrededor de un cuadrado imaginario, incómoda posición que magullaba las nalgas y entumecía las coyunturas de las rodillas. Y sólo después de cinco semanas lograron adquirir una mesa medio desportillada y cuatro taburetes rencos cuando le hicieron saber al alcaide que estaban dispuestos a pagar por esos trastos el precio que a bien tuviera descontar del dinero depositado en la caja.

El dominó se ubicó en las horas que dejaba libres el programa de estudios. Los primeros días efectuaron partidas de tanteo, cambiándose los compañeros a cada instante. Pero cuando se puso en evidencia el estilo o método particular de cada uno, se dividieron para siempre en dos parejas enardecidas y antagónicas. Un equipo estaba constituido por el Tenedor de Libros y el Capitán, el otro por el Barbero y el Periodista, y cualquiera de los cuatro pasaba largos minutos en silencio si venía al caso, pensando y repensando antes de colocar sobre la mesa una ficha de decisivas consecuencias. El Médico no sabía jugar, como ya lo había advertido categóricamente, y a las continuas insinuaciones del Barbero: «¿Por qué no aprendes? En una semana te enseñamos», respondía testarudo:

—Detesto los juegos de azar y también los de habilidad. Además, lejos de llegar a aprenderlo correctamente, me convertiría en un estorbo para ustedes cuatro.

Habría sido una remora, en realidad. La pugna entre las dos parejas rivales se transformó en guerra sin cuartel, en pasión sin tregua. El Capitán y el Tenedor de Libros se ceñían estrictamente a los cánones clásicos, a los preceptos básicos del dominó, en todo momento respetada y repetida la ficha que el compañero había asomado en la salida o en las jugadas inmediatas. El Periodista y el Barbero, por el contrario, empleaban procedimiento revolucionarios, apoyados en la inspiración, la audacia y la psicología más que en la técnica, con derecho a apropiarse los privilegios del compañero salidor si se disponía de un juego agresivo, dedicados ambos a la cacería despiadada

de los *dobles* de sus adversarios para celebrar con grandes risotadas la ahorcadura de cualesquiera de esos *dobles*.

Cada partido finalizado colmaba de júbilo a los vencedores y de amargura a los vencidos. Posiblemente el Tenedor de Libros y el Capitán, al aplicar sus normas clásicas, obtenían a la larga mayor número de tantos que sus contrincantes adictos a excentricidades revolucionarias. Pero estos últimos disfrutaban con más algazara de sus victorias, en particular el Barbero, que cultivaba la manía de celebrar sus triunfos con modismos mexicanos gritados en el cantarino acento de ese país:

—¡Hijos de la Chihuahua! ¡Ándele, mi cuate, a contarle el seis doble ahorcado a esos mulas!

A veces se producían graves discusiones entre los componentes de la pareja derrotada. Se enredaban entonces los perdedores en encarnizadas disputas: «Estabas obligado a cuadrar a cuatros», «Nunca has debido salir por el cinco dos», «No contaste los tantos de la tranca», «Tenías que haber pensado un rato antes de acostarte con el doble uno», «¿Por qué no repetiste mi cinco?», «Olvidaste que yo era la mano»—, debates totalmente infructuosos porque jamás llegaba a dilucidarse quién era el verdadero responsable de los errores que condujeron al descalabro, o al menos el responsable nunca llegaba a reconocerlo. A los vencedores, por su parte, les proporcionaban un especial placer esos litigios *in articulo mortis* de los vencidos.

Los altercados entre el Barbero y el Periodista eran más

estridentes pero de menor alcance y duración: a los pocos minutos olvidaban los improperios y se aprestaban a tejer planes futuros para cobrar venganza de su reciente revés. Las discusiones entre el Capitán y el Tenedor de Libros se desenvolvían a un ritmo pausado, en un tono de voz más bajo, pero solían ser irreductibles y rencorosas. Entre ellos se ventilaban apreciaciones rigurosamente técnicas: dar el brazo a torcer implicaba confesar inferioridad de conocimientos, o más molesto aún, inferioridad *profesional*. Esos pugilatos verbales entre el Capitán y el Tenedor de Libros a raíz de una derrota ilógica, llegaron en ocasiones a prolongarse en tal forma que el Médico se sintió en el deber de reconvenirlos:

—Ustedes corren el riesgo de convertirse, por culpa del maldito dominó, en enemigos irreconciliables.

Justamente al día siguiente de una enconada discusión entre los integrantes de la pareja clásica fue cuando el Barbero refirió sus desventuras. Había sonado la hora del dominó pero el Capitán y el Tenedor de Libros quedaron tan enfurruñados por sus discrepancias de la víspera que no se volvieron a dirigir la palabra, ni deseaban en modo alguno jugar de compañeros aquella tarde. Así lo comprendió el Periodista, y para sacarlos del atolladero, en lugar de acercarse a la mesa donde habitualmente los esperaba la caja de madera con las fichas blanquinegras, disparó desde su cama una pregunta triple:

—Oye, Barbero, ¿y a ti por qué te pusieron la mano?, ¿por qué te torturaron?, ¿por qué te trajeron preso con nosotros?

El Barbero respondió sencillamente:

—No sé.

Y dio rienda suelta a su historia.

—Yo no soy político, ni nunca lo he sido. Bueno, a los barberos nos gusta hablar de política y oír los comentarios del prójimo, pero no meternos de cabeza en los partidos ni dedicarnos a componer la República. Uno oye opinar largo y tendido a sus clientes, ésa es la cosa. Llega a cortarse el pelo un señor que sabe de medicina, uno lo escucha y aprende a recetar un poquito. Llega otro cliente que ha viajado mucho, que ha estado en Estambul, y uno le pregunta cómo es Estambul, de qué color es el Bósforo y así logra viajar a Turquía con la imaginación. Lo mismo sucede con la política. Un estudiante con las barbas llenas de jabón sostiene que el comunismo es la única verdad y que en Rusia están construyendo un mundo nuevo. Después se presenta un caballero muy culto a darse masaje y asegura que no tuvo razón Lenin sino el papa León XIII. El barbero los oye a todos gentilmente, mete su cuchara de vez en cuando, pregunta mucho y discute poco, porque el cliente siempre es el cliente. Los barberos compramos tanto los periódicos de izquierda como los de derecha y si no leemos libros es porque no nos alcanza el tiempo.

En fin, no nos dejamos meter por un solo callejón y vemos con frialdad los asuntos que a otros les hacen perder la cabeza. Somos ecuánimes. ¿No es así como se dice, Médico?

—No, Barbero. Ecuánime es otra cosa. Tal vez quisiste decir «somos escépticos» —respondió el Médico.

—Bueno, escépticos. ¡Qué palabrita! La cuestión es que yo ni siquiera figuraba entre los miembros del sindicato. Y cuando se celebraron las últimas elecciones para Presidente de la República me sentía tan escéptico, como dice el Médico, que no voté por nadie.

(Mi papá es albañil y mi mamá hace arepas para venderlas en la vecindad, y nunca se han casado para no echarse encima obligaciones que acaban con el cariño. Aprendo a leer y escribir, a sacar cuentas, unas pocas lecciones de historia y otras de geografía, en la escuelita de la casa parroquial. Entonces decido ponerme a trabajar pero a mi papá no le hace gracia que sea albañil como él, y mucho menos que me meta a limpiabotas o a pregonero, oficios donde se adquieren malas compañías y peores costumbres. Mi papá me lleva un lunes a la casa de un barbero, compadre suyo, y le dice en mi presencia: «Compadre, aquí le traigo al muchacho para que le enseñe un oficio decente y el Señor se lo pagará». El maestro Felipe le responde: «Compadre, mándelo todos los días a la barbería, a partir de mañana, y que se ponga a ver de cerca mi trabajo porque mirando a los que saben es como se aprenden los oficios». Barro con una escoba los pelitos que se riegan por el suelo, limpio las cagadas de moscas que amanecen en los espejos, cepillo las espaldas y los hombros a un cliente que ya se ha puesto el saco, eso sí, sin quitar los ojos de las tijeras y la navaja del maestro Felipe. Y así se pasa más de un año.)

—Precisamente por prestarle oído a la política, o por la manía de presumir de sabelotodo, o por mi mala suerte que fue el motivo principal, me desgracié sin ser político. Llegó una tarde un señor de cierta edad y muy bien vestido, a cortarse el pelo y a darse una fricción de colonia, y aunque era la primera vez que yo le hacía un trabajo, se puso a conversar conmigo con mucha deferencia. Yo le conté que estaba a punto de hacer un viaje a Maturín y él me aconsejó en voz baja que renunciara a ese viaje porque en Maturín podían suceder de un momento a otro vainas muy serias. Y dio la fatalidad que aquella misma tarde, un par de horas después, entrara a la barbería otro desconocido y me tocara a mí el turno de atenderlo. El hombre se largó a hablar mal del gobierno y a preguntarme sobre la situación política, pero yo le respondí evasivamente por natural precaución. Sin embargo, ya cumplido mi trabajo, cuando le mostraba por medio de un espejo la obra de arte que le había realizado en la nuca, me soltó distraídamente una última pregunta: «¿Usted no ha escuchado decir que va a pasar algo en estos días?». Y yo le contesté, en el mismo tono desprevenido, lo que había sabido por el cliente anterior: «Parece que esperan un asunto grave en Maturín». El joven, porque era un joven, se levantó sonreído, elogió mi destreza para cortar el pelo y me dio una buena propina.

(En la hora desierta de las tres de la tarde, el maestro Felipe pone en mis manos una tijera y un peine y me explica cómo debo utilizarlos, aunque sin cabeza de

hombre por delante. Son simples prácticas de habilidad, de acoplamiento entre la deslizada del peine y el tris tras de las tijeras. También me transmite conocimientos valiosos como el siguiente: «El secreto de un buen barbero reside en cortar exactamente el pelo que sobra, ni un poquito más ni un poquito menos, sino exactamente el pelo que sobra». Me enseña a afilar la navaja sobre una piedra y sobre el asentador de cuero y a manipularla durante la afeitada, y la forma precisa de tomarla entre los dedos cuando sube y cuando baja, dale que dale sobre un pedazo de tela estirada que hace el papel de barba verdadera. Son varios meses de cortar cabellos fantasmas y de rasurar barbas invisibles hasta que el maestro Felipe me concede licencia para enfrentarme a la cabeza real de un primo hermano mío que se presta con gusto al experimento porque se crió en mi casa y es mi mejor amigo. El maestro Felipe no se aparta de mi lado, interviene para reparar un descuido aquí y corregir un defecto allá, y acaba por rematar el corte de pelo con sus propias manos. Entonces mi primo regresa a la casa muy orondo y mi mamá se pone que no cabe de satisfacción.)

—Todo salió como preparado por el diablo para que me fregara. Primero sucedió de veras lo de Maturín: se alzó un cuartel a la semana siguiente y cogieron preso a un gentío. Y para complemento, el joven de las preguntas políticas, a quien yo le repetí sin darme cuenta del peligro lo que supe por un cliente anterior, resultó ser un cabrón *esbirro*. De la barbería me sacaron a empujones, sin darme permiso para cambiarme la bata que llevaba puesta. Me

llevaron a escape en una camioneta, y en un dos por tres fui a parar al mismo cuarto de las bicicletas que ustedes han mencionado varias veces, donde cayó sobre mí una comisión de *esbirros* encabezada por un catire a quien le faltaba un brazo y le habían colocado en su lugar un aparato ortopédico. El cabrón *esbirro* que me había delatado fue el primero que habló al no más verme : «Ése fue el barbero que me anunció lo que iba a pasar en Maturín». A lo que agregó el Mocho manoteándome la cara con su garra artificial: «¿Conque estabas informado del alzamiento de Maturín? Ahora nos vas a contar por qué lo sabías, quiénes más lo sabían y cuál era tu misión en el golpe». Yo me asusté muchísimo, no lo niego, y respondí con los latidos del corazón en la lengua: «No me torturen que voy a contar por las buenas todo lo que sé. Lo de Maturín me lo dijo un señor muy distinguido, de apariencia respetable, que fue a cortarse el pelo por primera vez en la barbería donde trabajo y, por lo tanto, no conozco su nombre. Yo no creí que la noticia fuera cierta, ni tenía el menor interés en lo que fuera, pero se la repetí al joven aquí presente porque nosotros los barberos hablamos muchas zoquetadas. No sé más nada. Nunca me he metido en conspiraciones. No soy político. ¡Se lo juro por mi madre y por la Virgen Santísima!». El Mocho soltó una risita antipática y después me gritó. ¿Conque no eres político?. “¿Conque nunca te has metido en una conspiración?, ¿Conque adivinaste lo que iba a pasar en Maturín porque ustedes los barberos hablan muchas pendejadas? Pues ahora mismo te vas a acordar del nombre del señor respetable y de los nombres completos de todos tus cómplices hijos de puta». Era la señal que esperaban los otros *esbirros* para lanzarse sobre mí,

desnudarme en cueros, esposarme las muñecas y molerme a puñetazos y patadas con furia tan salvaje que a los pocos minutos estaba cubierto de moretones y echaba sangre por la nariz, por las orejas, por la boca y por un arañazo que el Mocho me había hecho en el hombro izquierdo con su garfio.

(Después de pelar a mi primo hermano, desfilan por mi sillón otras personas de confianza: antiguos compañeros de la escuela o peones de albañilería amigos de mi papá, siempre vigilado y ayudado en mi trabajo por el maestro Felipe. Hasta que una mañana el propio maestro Felipe se me acerca muy serio, me mira de frente y me dice: «Hoy me vas a cortar el pelo a mí», lo cual significa: «He resuelto graduarte de barbero profesional», y le hago un buen corte aunque me tiemblan más de la cuenta los dedos. Al enterarse del acontecimiento, mi mamá considera necesario alargarme los pantalones porque a los clientes no les agradan los barberos de calzón a la rodilla. El maestro Felipe me cede los turnos de pelar y afeitar a los tipos que entran encandilados a la barbería, y a los montunos recién llegados a la capital, condición esta última que se les nota por encima de la ropa desde que atraviesan la puerta.)

—Era noche cerrada cuando pararon de darme golpes. Como el zumbido de un avispero escuchaba en mi aturdimiento las amenazas del Mocho: «¿Vas a hablar o no vas a hablar? Tenemos orden de matarte como una rata si no hablas y la vamos a cumplir». El pavor del principio

se me había convertido en rabia ciega bajo la paliza injusta. En el primer momento tal vez habría hablado de haber sabido algo, a causa del miedo que llevaba. Pero luego, con el pellejo roto y la cara escupida, nadie habría sido capaz de arrancarme una palabra aunque yo hubiera estado metido en un formidable complot. Bueno, más vale dejar a un lado las suposiciones. La verdad, compañeros, era que yo no sabía absolutamente nada y que chorreaba sinceridad cuando le respondía al Mocho: «Ya les dije que yo no era político. Y si me matan, van a matar a un infeliz barbero sin ninguna necesidad». Entre tanto seguía desnudo, esposado hacia atrás con las manos sobre el culo, acorralado en un rincón del cuarto por los cinco torturadores.

De pronto uno de ellos se quitó el cigarrillo de los labios y me hundió la punta encendida en la barriga, a una pulgada más abajo del ombligo, mientras decía con falsete de marico: «Sentimos mucho que te obstines en no contarnos tus secretos». El chirrido de tocino al freírse, el olorcito a carne chamuscada y el ardor de la quemadura me hicieron pegar un alarido: «¡Ay, mi madre!». El *esbirro* sonrió complacido y procedió a clavarme la brasa del cigarrillo más arriba, en un hueco de las costillas, para que yo volviera a escuchar un sonidito de fritanga, a oler un aire de chamusquina y a sentir un rosetón de fuego que me desollaba el cuero. La operación se repitió diez veces y me dejó diez cicatrices. «¿No vas a hablar?», gritaba el Mocho. «¿Cómo quieren que hable si no sé nada?», respondía yo. Y otra vuelta el cigarrillo hundía su trompa de candela en mis brazos, en mis nalgas, en mis piernas y yo chillaba siempre lo mismo: «¡Ay, mi madre!». Hasta

que se cansaron y salieron del cuarto entre risotadas, y yo me quedé agazapado en mi rincón oscuro, con las diez llaguitas que me ardían como diez picadas de culebra y los lagrimones que me corrían por la cara.

(Como los clientes desconfían de los barberos demasiado jóvenes, mis compañeros de la escuela parroquial van diciendo de casa en casa por todo el barrio: «En la barbería del maestro Felipe hay un muchacho llamado Nicolás Barrientos que corta el pelo a la última moda y a las mil maravillas». Yo tengo vocación para el oficio, que es lo indispensable, porque quien se mete a barbero contra su voluntad o sin cariño, jamás llega a dominar la profesión por más habilidad que se gaste en las tijeras. El buen barbero —y así deben ser todos los artistas—, no improvisa su trabajo sino lo planifica con la mirada antes de comenzarlo. El buen barbero —y así deben ser todos los artistas—, no se siente satisfecho como ser humano si no queda contento de la obra que realiza como profesional. El buen barbero desconoce la modestia, se estima superior a cualquiera de sus colegas, y así deben ser todos los artistas.)

—¿Creían realmente los *esbirros* que yo estaba comprometido en el alzamiento de Maturín y me resistía a confesarlo? ¿O comprendían que yo era inocente y se ensañaban conmigo en prácticas de entrenamiento para su

crueledad, como entrenan los boxeadores sus puños y los caballos de carrera sus patas? En su segunda visita, la de la tarde siguiente, se dedicaron a producirme estremecimientos por medio de corrientazos eléctricos. Las dos puntas de un alambre me hincaron bajo la tetilla derecha, luego la voz abominable del Mocho repitió su sonsonete: «¿Vas a hablar, desgraciado?», la mía se aferró a su pobre verdad: «No sé nada», otra vez la del Mocho chilló para ordenar: «¡Vamos!», y de inmediato todos mis huesos se sacudieron bajo las raíces candentes de una descarga eléctrica. Aquel suplicio duró mucho rato porque no quedó parte del cuerpo donde no me aplicaran los alambritos infernales, sin perdonarme los testículos ni el conducto del miembro, y yo temblequeaba como un epiléptico y volvía a gritar: «¡Ay, mi madre!», «No sé nada», «Me van a matar sin necesidad», y los cinco *esbirros* se reían a carcajadas, y el Mocho se reía más que ninguno, y así sucedió hasta que yo me desmayé de desesperación y no supe de mi existencia por una noche y un día.

(Llego a ser un barbero de categoría, de esos que se dan el lujo de elegir su propia clientela. Encuentro siempre el modo de sacarle el cuerpo a los desconocidos de aspecto raro, y a los conocidos por reacios a dar propina, a los tipos de pelo engorroso para cortarlo o de barba demasiado dura, y sobre todo a los que despiden malos olores, bien sea por enfermedad o por falta de aseo.

Los barberos tenemos reputación de charlatanes, pero la culpa no es tanto nuestra como de la gente deseosa de que

la distraigan mientras pierde media hora en un sillón de barbería. Yo, por lo menos, nunca busco conversación a un señor a quien le hago un trabajo por primera vez. Si vuelve a las dos o tres semanas, me saluda y se sienta pacientemente a esperar mi turno libre leyendo revistas, sólo en ese caso me atrevo a preguntarle, después de cubrirlo con la servilleta: «¿Desea un corte igual al de la vez anterior?». Pasa con más frecuencia que el cliente trae un chiste nuevo de la calle y le pide el cuerpo contármelo a mí para calibrar su efecto sobre una tercera persona, o necesita de alguien a quien soltarle sus opiniones deportivas, o no quiere desperdiciar la ocasión de demostrar su cultura. Es así como me convierto en depósito público de noticias, cuentos y conocimientos útiles, siempre dispuesto a ponerlos en circulación. Estoy en capacidad de recomendarle a un cliente, si éste lo solicita, un buen médico, un abogado competente, un sastre de moda, un restaurante donde se come a cuerpo de rey, una medicina que no falla, de acuerdo con lo que he oído decir a otros clientes mejor informados.)

—Me dejaron tres días abandonado bajo cerrojos en el cuarto de las bicicletas, sin más compañía que mis porrazos, mi hambre y mi sed. Las horas se iban en un silencio tan de cementerio que a veces me entraba miedo y rompía a hablar solo en voz alta para convencerme de que me encontraba todavía en este mundo. Pero a los tres días se abrió de nuevo la puerta. El Mocho traía la cara más perversa que de costumbre y un rollo de mecate en su única mano verdadera. Se acercó a mi rincón y me dijo:

«Si no hablas hoy, te vamos a guindar de esa viga del techo. Es la orden superior que nos han dado». Yo creía a pie juntillas que me iban a ahorcar —¡dentro de pocos minutos colgaría mi cadáver de allá arriba con una horrible lengua de caballo muerto fuera de la boca!—, pero nada podía hacer para impedirlo, aunque tuviera la voluntad de querer hablar, porque nada sabía. Así lo repetí, ya sin la más mínima esperanza de que me creyeran, y entonces ellos me anudaron la soga al pescuezo y lanzaron el otro extremo por encima de la viga. El Mocho me golpeó por última vez en la cara con su garfio y me preguntó, también por última vez: “¿Vas a contarnos o no lo que sabías del alzamiento de Maturín?”. Y como nada contestaba, porque ya no valía la pena contestar, templaron el otro extremo del mecate, comenzaron a suspenderme en el aire, sentí como si se me dislocaran los tendones de la nuca y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé tiritaba de frío en el fondo de un calabozo, rodeado por tres ladrones fichados que en ese sitio estaban encerrados desde hacía mucho tiempo. Los tres hampones se me quedaron mirando aletados, tal como si hubieran visto resucitar a un muerto.

(Habla que habla con mis clientes consigo amigos nuevos. Conservo unos cuantos amigos viejos entre la gente de mi mismo origen, compinches desde la escuela parroquial, cuya compañía nunca desprecio y a quienes les corto el pelo con mayor gusto y esmero que a nadie, así esté esperando el turno el Sultán de Estambul. Y ahora, conversa que conversa, me hago también amigo de señores refinados que me invitan a tomar whisky en el bar

de la esquina. Siempre he sido un barbero decente en el hablar y en el decir, modestia aparte, y no faltan clientes de postín que me llevan a su casa y me presentan a su familia, cosa que nunca sucede en otros países, según me cuentan. Eso sí, jamás llego a reunir el dinero imprescindible para montar un salón de barbería de mi propiedad, castillo en el aire de todo barbero que se estime. Entre retribuir las invitaciones de los amigos de categoría para no quedar como un gorrero, y las mujeres que cuestan un ojo de la cara, y las carreras de caballos que son mi lado flaco, se me escapan los centavos sin darme tiempo de guardarlos en alcancía. Los sábados trabajo corrido desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, trece horas muy completas. Salvo el pequeño permiso que me da el cliente de la una y media para echarme un taco, el resto se va en peine y peine, tijera y tijera, navaja y navaja, sin parar. El sábado es un día magnífico, sin embargo, no solamente porque gano más dinero que en todos los otros de la semana juntos, sino también porque con los turnos de la noche, reservados a mis mejores y más viejos amigos, cambia el decorado y empiezan los traguitos en plena barbería. De aquí nos vamos a beber en grande, a casar partidas de dominó y a sellar las apuestas para las carreras del día siguiente. El caso es que yo amanezco con puntualidad los domingos en la cama de la mulata Eduvigis Chacón, donde me llevan mis pasos como un caballo aquerenciado, con la lengua estropajosa por culpa del aguardiente de la víspera, reconfortado en mi malestar por la voz de la mujer agradecida que me grita desde la cocina: «Mi amor, ¿quieres que te prepare un cafecito?».)

—¿Quién se habría atrevido a pensar que tres ladrones fichados, cada uno con su largo expediente de atentados contra la propiedad privada y la vida ajena, se iban a compadecer de mí y a convertirse de golpe y porrazo en tres hermanitas de la caridad? El primero, un negro alto y seco como un poste de teléfonos, había matado sin compasión de su alma al infeliz cajero de un banco que se negó a abrir la bóveda donde estaban los billetes. El segundo, un indio que no miraba sino cuando no lo estaban mirando a él, a más de ratero profesional era contrabandista de cocaína y cultivador de marihuana. El tercero tenía la cara cruzada por una inmensa cicatriz, recuerdo de una pelea a muerte con otro delincuente de su calaña. Eran tres desechos de la sociedad, tres picaros sin escrúpulos, tres amenazas públicas. Sus retratos, con un número atravesado en el pecho, aparecían a cada rato en las últimas páginas de los periódicos, ilustrando las reseñas de sus fechorías y de sus fugas espectaculares de las cárceles donde los encerraba la justicia.

¿Quién habría sido capaz de suponer que se les ablandaría el corazón, si lo tenían, cuando me vieran en aquel estado, con la cara desfigurada por los puñetazos de *esbirros*, la sangre coagulada al pie de las narices, las llagas de las quemaduras convertidas en repulsivas pústulas negras, la sed que me hacía jadear como un perro cansado, el hambre y el terror que me ponían a hablar disparates como si delirara de fiebre? Los tres hampones me dieron a beber un poquito de leche de una cuchara, los tres hampones colocaron deliberadamente bajo mi cabeza una cobija

plegada en tres dobleces, los tres hampones obtuvieron no me explico dónde un frasco de agua oxigenada para vaciarlo sobre mis heridas y mis quemaduras. Y eran efectivamente tres facinerosos de baja ralea, de esos que aparecen en la parte trasera de los periódicos, en la sección de atracos y crímenes, porque la primera página está destinada a los próceres de la dictadura, doctores y coroneles que practican el atraco y el crimen en una escala mayor y más respetable.

(La mulata Eduvigis Chacón, aunque me reserve religiosamente la noche de los sábados, no es a fin de cuentas sino una putica realenga que se acuesta con cualquier hijo de vecino por veinte bolívares. En lo que a mí respecta, soy un hombre libre y escotero hasta que aparece, mejor dicho, reaparece en mi vida la catira Rosario Cardozo. Rosario y yo nos conocimos cuando niños: estudiamos en la misma escuela parroquial y nos escabullimos a matar pájaros por los lados del Cementerio. De tanto andar juntos nos hacemos novios, nos damos besos a escondidas detrás de las matas de mango y ella se deja sobar las teticas pero nunca me permite pasar de ahí. Un buen día se muda ella al otro extremo de la ciudad, cerca de una fábrica de cigarrillos donde trabaja, y vivimos alejados así por muchos años. Ahora vuelvo a verla y me quedo patidifuso al comprobar lo buenamoza que se ha puesto, cuando desfila sin yo esperarla por el espejo grande de la barbería. Abandono a un doctor con la cara enjabonada, corro a alcanzarla en bata de barbero y esta misma tarde empatamos los amores. «Vente a vivir conmigo», «Te juro por mi madre

que te quiero mucho», y otras mil carantoñas le hago, pero ella me responde remolona que espere y mientras tanto se planta en los besos, porque ni siquiera me deja sobarle las tetas como cuando éramos muchachos. Hasta que el lunes menos pensado se presenta a la barbería, muy circunspecta, muy vestida de negro y me dice: «Oye una cosa, Nicolás, me he convencido de que tú me quieres y he resuelto irme a vivir contigo». No me cabe en el pecho tamaña alegría: ¡Adiós, dominó del sábado en la noche!, ¡Adiós, cama de la mulata Eduvigis Chacón!, ¡Viva Jalisco, manitos! Dedico una semana entera a buscar una pieza bien linda, una pieza digna de la catira Rosario Cardozo que ahora es mi mujer sin cura ni juzgado que nos compliquen el cariño, una pieza donde ella dormirá entre mis brazos y haremos lo posible por tener un hijo, como Rosario Cardozo lo sueña y yo también.)

—Ya esta historia se va a acabar —dijo el Barbero—. Los tres hampones me salvaron la vida con sus cucharadas de leche y con sus medicinas que yo no supe nunca de donde las sacaron. Una noche se los llevaron de pronto y me dejaron solo en aquel calabozo inmundo. Y una semana más tarde me trasladaron a la cárcel donde me encontré con ustedes, catalogado el Barbero inmerecidamente como revolucionario de pelo en pecho que se negó a declarar en las torturas lo que sabía, cuando en realidad no sabía absolutamente nada. Mi único consuelo fue una cartica que llegó a mis manos un viernes de marzo, día de San José. Era de Rosario Cardozo, mi mujer, para informarme

que tanto ella como el muchacho se hallaban bien de salud y no dejaban de pensar en mí.

—¿El muchacho? —preguntó el Tenedor de Libros—. ¿Qué muchacho?

—Pues, mi hijo. El hijo mío y de Rosario Cardozo: un carajito catire como su madre que acaba de cumplir seis años.

—¿Tú tienes un hijo? —gritó desde su cama el Periodista—. ¿Y cómo se llama?

A lo cual respondió el Barbero sin disimular su orgullo:

—Se llama Honorio.

SEGUNDO CUADERNO

HONORIO Y SU MUERTE

Julio, miércoles

Al atardecer hablaron concretamente de Honorio. Desde el instante en que el Barbero reveló su existencia y mencionó su nombre, a cada uno de sus cuatro compañeros de celda le cosquilleaban en la cabeza unas cuantas preguntas relativas al inesperado personaje.

—Ese hijo tuyo... —se decidió finalmente el Médico con fingida indiferencia, como si le concediera al tema una mínima importancia—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es un catirito, ya se los conté —respondió el Barbero—. Con el pelo rubio y los ojos azules de la madre, pero parecido a mí en la manera de caminar y en todo lo demás.

—¿Va a la escuela? —se apresuró a añadir el Capitán, resuelto a ahondar en el asunto.

—Bueno, ya les dije que no tenía sino seis años. Sin embargo, está aprendiendo las letras en un kindergarten. Rosario misma lo lleva de la mano todas las mañanas.

—¿Y también lo va a buscar a la salida? —preguntó a su vez el Tenedor de Libros.

—No. A la salida regresa con los otros muchachos de la cuadra. A fin de cuentas, la distancia entre la escuela y la

casa no llega a doscientos metros.

—Es un poco arriesgado para un niño de seis años andar solo por las calles, así se trate de doscientos metros — insistió el Tenedor de Libros.

El Barbero se burló de sus temores:

—No, hombre, no lo creas. Honorio no es hijo de rico, ni sobrino de Ministro. Raptarlo no sería ningún buen negocio.

—¿Y por qué le pusieron ese nombre tan estrafalario? — intervino de nuevo el Capitán.

—Honorio se llamaba mi padrino, un doctor de la provincia. Comprendo que no es un nombre corriente, ni tampoco muy bonito que digamos, pero había que ver la felicidad de mi papá cuando le participé que su nieto se llamaría igual que su compadre. Valía la pena proporcionarle esa alegría al viejo, palabra de honor.

—¿Qué tipo de alimentación le dan al muchachito? — quiso saber el Médico.

—A mí no me lo preguntes —contestó el Barbero y guiñó un ojo—. Ese problema lo resuelve la madre por derecho de haberlo parido. Rosario le sirve en el plato lo que le parece mejor: avena, frijoles, carne asada, puré de papas, qué sé yo. Y nadie se atrevería a decir que se equivoca, porque Honorio está que revienta de salud. Cualquiera pensaría que es hijo de un matrimonio alemán.

Al Periodista le interesaban otros detalles. Por ejemplo: si Honorio era un niño dócil o si, por el contrario, mantenía en jaque al barrio con sus travesuras.

—Honorio es terrible —le confesó el Barbero—. Hay que bajarlo a la fuerza de las ramas de una mata de caimito que está plantada en la plazoleta de la esquina. Y eso que Rosario no es consentidora, ni le permite jugar a la pelota con ella. Cada vez que Honorio se descarrila le caen en las nalgas un par de correazos bien asentados.

—¡Le pegan! —protestó el Periodista indignado—. ¿Cómo es posible, pareja de salvajes?

El Barbero intentó disculparse como pudo:

—No hay otro recurso, viejo, no hay otro recurso. Honorio es el diablo suelto, ni más ni menos. Rosario y yo hemos oído decir que según la educación moderna no se les debe pegar a los niños. Pero si a Honorio no le sonamos una buena pescozada a su debido tiempo, nos tumba la casa. Tú harías lo mismo que nosotros si estuvieras en nuestro lugar. Lo que pasa, viejo, es que no conoces a Honorio.

Julio, sábado

Este será un día inolvidable. Al amanecer llegaron los *esbirros*, cargados de tenazas y martillos, a desclavar los cartones que tapiaban las rejas. Por primera vez se hizo el día en los quince metros cuadrados de su mezquino universo. Dos franjas de luz turbia entraron en vanguardia por los altos boquetes del muro del fondo, por las dos

claraboyas enrejadas que se abrían a ras del techo. Después arrancaron los *esbirros* los cartones de la puerta y ante los ojos de los presos surgió el ribete de un corredor de cemento, más allá una estrecha ensenada de tierra ocre, y luego una tapia gris a manera de recortado horizonte.

El acontecimiento daba a entender que el régimen de estricta incomunicación había concluido. Ahora pasarían a ser presos políticos comunes y corrientes, al igual de centenares de hombres que vivían cautivos en otros pabellones, aunque ellos cinco continuarían confinados en el ala derecha del edificio, segregados de los demás reclusos por los muros interiores de la cárcel.

Eran las cinco y media y había amanecido prematuramente. Un *esbirro* describió el cerrojo del calabozo y se les permitió salir juntos al corredor, ir sin custodia a los lavaderos, caminar a lo largo del pasillo, al menos hasta las cuatro de la tarde, hora precisa de ser encerrados nuevamente. En aquel costado del penal sólo habían sido construidos tres calabozos: en primer término el que ellos habitaban, en seguida el de los lavaderos y letrinas, y un tercero adosado a la pared del fondo. Este último estaba vacío y mirarlo causaba en el ánimo una impresión de desgarradora soledad, con sus cinco camas desamparadas y sin colchones, como si hubieran muerto sus ocupantes.

Frente a ese calabozo deshabitado, en el recodo más remoto del patio, se alzaban cuatro árboles en hilera: un mango, un naranjo, un granado y un limonero. El mango aventajaba a los otros en altura, en el espesor de su ramaje

y en el rebrillo de sus verdes; era el cacique indiscutible de la pequeña tribu vegetal.

También había sido sembrado, en medio de los árboles, un madero en cuyo tope florecía por las noches la luz de una lámpara.

El resto del rectángulo fronterizo a los calabozos era la explanada de tierra ocre acorralada por los altos muros grises. En el extremo de la entrada se divisaba la reja que comunicaba con el pasadizo exterior. Por aquella puerta desfilaron la noche de la llegada, lo recordaban nítidamente. A esa misma puerta se acercaron hoy al mediodía y Genaro les sirvió a regañadientes el rancho en los platonos de peltre. Eran los habituales macarrones apelmazados y mal cocidos que ellos procedieron a mejorar con el *diablito* del Capitán, con el salchichón del Periodista y con las sardinas del Tenedor de Libros. Ahora podrían comerlos al aire libre, sentados en el cemento del corredor o a la sombra de la mata de mango.

Han reencontrado la luz del sol y por eso será un día inolvidable. Detrás de los cartones que anochecían el calabozo, sus pensamientos giraron semanas y semanas alrededor del sol, como la tierra y los planetas todos. Ahora el sol estaba ahí, parado frente a ellos, rechinando su clarín de oro sobre la corteza ocre del patio, reventando maretazos de plata contra el farallón gris de las paredes, abuelo de todos los árboles, semilla de todos los hombres.

Julio, domingo

Un *esbirro* gritó sus nombres en sucesión desde la reja de la entrada:

—¡Roseliano Luigi!

—¡Nicolás Barrientos!

—¡Salvador Valerio!

—¡Luis Carlos Tosta!

—¡Eugenio Rondón!

Era la primera correspondencia que se les permitía recibir desde que estaban presos. Cada uno tomó sus papeles con simulada serenidad y se fue a leerlos adonde lo llevaron sus pasos. El Médico se metió en el calabozo, se tendió boca arriba en su camastro, limpió cuidadosamente con un pañuelo los cristales de sus anteojos y se dispuso a descifrar la escritura temblorosa de las mujeres de su casa: «...no hacemos sino pensar en ti, como a través de tantos años pensamos ayer en tu padre, que en paz descanse...», «...hemos puesto en orden, con mucha paciencia, los libros de tu biblioteca...», «...no tenemos problemas económicos de ninguna especie...», «...las mermeladas se están vendiendo más que nunca...», «...estuvo aquí de visita tu amiga Angelina...». Después de ese nombre venía o debía haber venido un trozo que los censores de la cárcel arrancaron a filo de tijera.

El Capitán se refugió en la sombra de la mata de mango con la carta de su madre entre las manos. Era un relato

muy extenso, escrito en la letra menuda y florida que le enseñaron a principios de siglo las monjas de Santa Rosa. Refería la vida y milagros de los numerosos miembros de la familia: los viejos tíos, duros y corpulentos como samanes; los primos ultracatólicos, empeñados en seguir reproduciéndose; la prima Imelda, tan bonita, que todavía soñaba en casarse con él. Y concluía hablando unas líneas de ella misma: «...me he trasladado a Caracas para sentirme más cerca de ti, porque yo encaramada en aquella montaña y tú a orillas de ese río, era como si estuvieras en más nunca, en el otro mundo...».

La carta del Tenedor de Libros, que leyó de pie y sin apartarse un palmo de la reja donde la había obtenido, resultó la más breve. Era de su padre, a quien no veía desde que se fugó de su pueblo sin despedirse de nadie para ir a buscar fortuna en la capital. Pero el viejo, comprensivo y noblote, se sentía orgulloso del hijo que había descollado en la política, que tuvo el coraje de enfrentarse a enemigos tan poderosos y tan crueles sin doblegarse bajo el acoso y las torturas. A la carta, de por sí concisa, las tijeras de los censores le habían recortado por añadidura más de la mitad. Apenas quedaba el encabezamiento: «...la familia entera goza de buena salud...» y un párrafo que enterneció al hijo encarcelado: «...fui hasta Caracas a tratar con un empleado del cementerio...», «... le pago cincuenta bolívares mensuales por el cuidado de la tumba de Mercedita Ramírez, tu mujer...», «...hasta flores le pone, de vez en cuando...». El resto era aquel inmenso tajo que mutiló tantas palabras. «¿Qué barbaridad capaz de ocasionar tamaño desguace se le ocurriría escribir al viejo?», no cesaba de preguntarse el

Tenedor de Libros.

El Periodista, más afortunado que los otros en el reparto, tremolaba ufano no una sino tres cartas. Siguió los pasos del Médico, se encaminó hacia el calabozo y se tendió en su cama de preso. La censura había cercenado unas cuantas líneas al mensaje del padre y otras muchas al de las hermanas. Solamente el de Milena se conservaba intacto. No obstante, ninguna otra entre los centenares de cartas que fueron distribuidas aquella mañana en los tres pabellones del penal, contenía tal número de cosas «censurables» como la de Milena. Estaba compuesta en un lenguaje de bachillera sentimental, con citas de Shelley y de Heine que hicieron sonreír al Periodista. Imaginaba el ojo obtuso de los censores tratando de penetrar en la urdimbre retórica tejida por la mano de Milena: «...en el bosque de mis congojas resplandecen como matices de un arco iris los arpegios armoniosos que preludian ahora nuestras viejas y cariñosas tías cuyas querellas tanto me hicieron llorar en el pasado y tanto me obligaron a rogarle a Jesús Nazareno para que interviniera y practicara el milagro de avenirlas...», «...tía Adela y tía Concepción comieron amarteladamente en casa la otra noche, en presencia de mamá, y se besuqueaban como en la boda de tía Úrsula, quien esta vez llegó con sus barajas de bridge a la hora de los postres..”.

Milena apuntaba en su aparente chismografía que habían mejorado las condiciones de lucha contra la dictadura al iniciarse un acercamiento entre los partidos políticos de oposición, rencorosamente divididos hasta la fecha en beneficio de su común adversario. Noticias emboscadas en

una espesura de frases dulzotas y retazos de versos románticos que infundieron respeto a las confundidas entendederas de los censores: «...como nuestro amado poeta de Dusseldorf, todos los días me digo al levantarme: ¿vendrá mi dulce bien?...». ¡Dios guarde a Milena por los siglos de los siglos!

El Barbero se apartó a leer su carta, tan importante para todos, al recodo más lejano, más allá del limonero, justo al pie del torreón donde estaba incrustada la garita de un centinela. Las palabras de la catira Rosario Cardozo rezumaban ternura desde el «mi negro adorado» de la primera línea hasta el «muchos besitos» a caballo sobre la rúbrica. El padre del Barbero, a pesar de sus sesenta y cinco años, seguía dale que dale a la cuchara y a la argamasa como maestro de albañilería. Rosario, por su parte, había conseguido reenganchar en la fábrica de cigarrillos y ganaba lo suficiente para mantener la pieza limpia y lozana en espera de su dueño. Le hablaba también de Honorio, naturalmente. Pero estos últimos párrafos concernían por igual a los cinco presos.

Una vez leídas y bien releídas las cartas se congregaron alrededor de la cama del Médico, en el centro del calabozo. Escucharon y comentaron con avidez las noticias políticas enviadas en clave por Milena y descifradas por el Periodista. Luego permanecieron en caviloso silencio.

Fue el propio Periodista quien habló de nuevo para preguntar al Barbero:

—¿Cómo está Honorio? ¿Qué te dicen de Honorio? Entonces el Barbero refirió dos acontecimientos de indiscutible trascendencia. Primero, Honorio ya ducho en el abecedario y garrapateador de palabras primordiales como «mamá», «mano» y «casa», había sido ascendido del kindergarten al primer grado. Segundo, Honorio había pasado el sarampión.

—¿Es una enfermedad grave? —se dirigió en consulta el Capitán al Médico.

—Es grave solamente cuando se presentan complicaciones, que en la gran mayoría de los casos no se presentan. Por otra parte, el sarampión les da a todos los niños del mundo.

—Además —añadió el Barbero—, la carta dice que ya se encuentra bien, completamente curado, trepado a la mata de caimito y asistiendo otra vez a la escuela.

—Seguramente la madre no se apartó de su lado mientras estuvo enfermo —conjeturó el Tenedor de Libros.

—¡Ni un segundo! Yo conozco a Rosario —afirmó sin vacilar el Barbero. Y los cinco hombres sonrieron plácidos y confiados.

Agosto, lunes

De sus casas enviaban libros, correo tras correo. Libros que lejos de llegar a su destino, se amontonaban abandonados en el piso de la oficina del alcaide. Los

censores habían escudriñado meticulosa e infructuosamente sus páginas en busca y rebusca de recados subrepticios. Pero fue tan sólo hoy, al cabo de varios meses, cuando les entregaron seis o siete volúmenes perdonados en su calidad de textos de estudio o en virtud de su inocuo contenido.

El Capitán obtuvo su *Algebra* y su *Geografía universal*. Le fueron decomisados un compendio de Táctica Militar y el folleto amarillo de la Constitución, catalogados ambos en el índice de la literatura inconveniente.

Tampoco logró cruzar la barrera una antigua edición madrileña de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, remitida al Periodista por las manos de Milena, escandalizados los *esbirros* ante el apestoso olor a Rusia que del Dostoievski y del Karamazov se desprendía.

El Médico, en contraste, recibió libremente, junto con su *Patología tropical*, un flamante ejemplar de *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, de Federico Engels, obra que envió Angelina sin muchas esperanzas y alcanzó la indulgencia de los censores en gracia a su título tan respetable y a la procedencia germánica del autor.

Agosto, otro lunes

El nacimiento de los cinco pollitos no fue de ninguna manera un hecho trivial, sino un apasionante proceso auspiciado con entusiasmo desde su iniciación y vigilado hasta el desenlace con desvelada impaciencia.

La historia comenzó cuando una de las gallinas del alcaide se coló una madrugada en el calabozo y puso un huevo sobre la camisa deshilachada que el Barbero había arrojado bajo su cama. Discutieron un rato si añadían o no el huevo al rancho del desayuno, mas privó finalmente la resolución de dejarlo donde lo habían encontrado, como señuelo para sucesivas posturas de la gallina.

El animal volvió, en efecto, repetidas veces a depositar sus huevos en la camisa del Barbero convertida definitivamente en nidal. En cuanto sumaban la media docena, los presos se los distribuían a uno por cabeza y conservaban el restante en el ponedero.

Un día la gallina empezó a dar síntomas de clueca. Corría desatentada por el calabozo, se revolcaba en la tierra del patio, emitía desafinados cacareos y erizaba sus polvorientas plumas negras. El Barbero se atrevió a insinuar tímidamente:

—¿Por qué no le sacamos cría?

Ninguno se opuso. Disponían de cuatro huevos en depósito, a más de un quinto que había hallado inesperadamente el Capitán al pie del limonero, producto de alguna otra gallina desgarrada. Ya de común acuerdo, bastó colocar los cinco huevos sobre la vieja camisa y aguardar el cumplimiento del ciclo final de la reproducción, aunque el Barbero no se limitaba a aguardarlo sino que lo amparaba paternalmente.

La clueca permanecía echada día y noche, lo cual no

impedía que el Barbero se levantara dos o tres veces antes del alba a verificar su presencia. Y si por azar la gallina había escapado al patio en procura de agua o alimentos, el Barbero corría con el alma en un hilo a arropar los huevos con su cobija hasta que el calor de la madre retornaba al nidal.

Al cabo de veintidós días la blancura de las cascaras había adquirido opacidades de marfil. Y ayer, ¡ite, misa est!, los cinco presos fueron testigos del anhelado acontecimiento.

Los convocó la voz exaltada del Barbero:

—¡Vengan a oír! ¡Vengan a ver!

Se escuchaba un apagado pío pío dentro de los huevos. Se escuchaba a la par el tic tic de los piquitos esforzándose por agrietar el muro de la prisión. Era la hora de la clase de inglés, pero ninguno se acordó de ese detalle hasta tanto no vinieron al mundo los cinco pollitos, cuando ya la hora de la clase de inglés había pasado y la hora siguiente también.

El primero en aparecer, tras picotear y picotear en el mismo sitio, tras distenderse en insistente gimnasia dirigida a quebrantar la corteza caliza que lo separaba de la vida, fue un menudo y húmedo durazno de carne recubierto de pelusas amarillas. En pocos minutos nacieron otros tres, de parecido tamaño y color. El último, en cambio, tardó un tiempo mucho mayor en escapar de su encierro porque no logró partir el cascarón en dos mitades como lo habían hecho sus hermanos, sino que lo destrozó

torpemente en innumerables fragmentos. Más pequeño y débil que los otros, tambaleaba cuando dio sus primeros pasos a la luz del mediodía.

Eso sucedió ayer. Hoy los cinco pollitos se han hecho dueños de un rincón del calabozo, protegidos por la recelosa custodia de la madre, que no les permite apartarse una pulgada de su lado. El Barbero ha insistido tercamente en brindarles pan mojado, harina de maíz y un tantico de agua en un platillo de peltre. Al principio la gallina acogió con prevención de plumas engrifadas aquella solicitud de un ser extraño para con sus hijos, pero luego se resignó a aceptar pasivamente, aunque sin alejarse de la escena, que el Barbero les ofreciera agua y pan mojado para su sed y su hambre de recién nacidos.

Septiembre, domingo

Llegó correspondencia por segunda vez. Las respuestas de los presos, entregadas a los guardias hace más de cinco semanas, habían sido objeto de una censura aún más rigurosa que la sufrida por las cartas provenientes de la calle. Se les advirtió de manera categórica que estaba prohibido mencionar enfermedades en ningún tiempo de verbo, es decir que ni siquiera se podía escribir en pretérito: ¡"tuve gripe». En cuanto a quejarse del rancho o del régimen carcelario, eso traía como consecuencia, junto con la destrucción del mensaje, un castigo adicional de incomunicación y ayuno para el preso que intentara enviarlo.

Pero tales calamidades resultaban incidentes secundarios.

Lo fundamental era la presencia de nuevas cartas de la gente querida, privadas a tijeretazos de palabras sustanciales, pero cartas al fin. ¡Nadie, salvo un preso, alcanza a expresar íntegramente la recóndita esencia de una carta escrita con amor!

Las noticias reveladas por el Barbero ocasionaron una fogosa polémica al anochecer, ya corridos los cerrojos del enrejado. La catira Rosario Cardozo participaba que Honorio había cumplido siete años, se preparaba para la primera comunión e iba a recibirla el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción.

El Periodista estalló sin más ni más:

—¿Cómo se les ocurre obligar a comulgar a un niño de siete años? Según la propia religión católica, la comunión es un sacramento metafísico y complicadísimo, el más complicado de todos los sacramentos. Los fieles reciben en la lengua, y se comen sobre la marcha, el cuerpo y el alma de Nuestro Señor Jesucristo, un Dios que contiene tres Divinas Personas sin dejar de ser un mismo Dios, transubstanciados los cuerpos y las almas de esos tres Dioses, que en todo momento son un solo Dios verdadero, en una lámina de trigo. Tal galimatías no lo entiende un niño de siete años ni que haya salido tan precoz como Mozart. Yo, por ejemplo, cumplidos los treinta y dos, no he logrado todavía descifrar ese embrollado jeroglífico.

El Médico fue más contundente:

—¡Qué transubstanciación de mis tormentos! Se trata de

simples patrañas y fanatismos inadmisibles en este siglo. Debes impedir a toda costa —se dirigió al Barbero— que le metan telarañas en la cabeza a Honorio. Escríbele inmediatamente a tu mujer y aconséjale que aplase esa primera comunión hasta nuestro regreso. Entonces podremos hablar con ella y exponerle nuestras razones. Les deforman el entendimiento y la psicología a los niños cuando les hacen tragar historias sagradas que nunca han sucedido, misterios de fe medievales que están en flagrante contradicción con la realidad científica, y les inculcan de paso un terror enfermizo hacia un infierno imaginario. Debes escribirle sin dilación a tu mujer.

El Capitán disintió redondamente de esas opiniones:

—Yo soy partidario de que Honorio haga la primera comunión, no tan sólo porque soy católico y mi religión encierra la única verdad indestructible, sino porque además vivimos en un país católico, habitado por un pueblo católico, donde el ateísmo no pasa de ser una majadería de intelectuales presuntuosos. Por otra parte, el alma pura de un niño está más capacitada para recibir el cuerpo de Cristo que ninguna otra. Debes escribirle a tu mujer —se dirigía al Barbero— para manifestarle la inmensa alegría que te causa la primera comunión de Honorio.

El Tenedor de Libros se mostró de acuerdo con el Capitán y aportó sus razones:

—Yo no soy católico practicante pero creo en Dios, fui bautizado e hice la primera comunión como va a hacerla

Honorio. Me parece que quien debe decidir en este asunto es la madre, y ella ya ha decidido. Cuando Honorio llegue a hombre tendrá tiempo sobrado para abandonar el catolicismo si así se lo ordena su conciencia, como ha hecho el Médico, o para conservar sus creencias, como ha hecho el Capitán. Pero por ahora es la madre quien tiene la palabra. Nosotros, a pesar del cariño que nos inspira Honorio y por más que nos interese su futuro, no debemos inmiscuirnos en una cuestión tan peliaguda.

Llovieron réplicas y contrarréplicas hasta el sonido cortante del pito de silencio. El Periodista citó a Voltaire y a Bertrand Russell. El Capitán insistió en defender su evangelio con la convicción de un cruzado. El Médico aprovechó la oportunidad para exponer la teoría del materialismo histórico. El Tenedor de Libros reivindicó una y otra vez los derechos inalienables de la madre.

El Barbero los escuchó pensativo, evidentemente conmovido bajo las tolvaderas de ternura que el solo nombre de su hijo despertaba en sus cuatro compañeros de cárcel. Y se abstuvo discretamente de pronunciarse sobre el problema de la primera comunión que él mismo había puesto sobre el tapete.

Septiembre, miércoles

Día de requisa. A una hora intempestiva, porque no era la del rancho ni mucho menos la de volver a la celda para ser encerrados como todas las tardes, se les hizo formar en fila. Allá, en el ángulo más remoto del patio, permanecieron custodiados por dos guardias mientras

cuatro *esbirros* entraban al calabozo y desataban un registro despiadado sobre sus escasas pertenencias.

¿Qué buscaban? Acaso literatura subversiva, o cartas clandestinas provenientes de los vecinos pabellones, o bebidas alcohólicas obtenidas por milagro de Dios, o armas llovidas del cielo o cualquier otro objeto de presencia y uso prohibidos. Escudriñaron los atadijos de ropa, la «despensa» donde guardaban los restos de las últimas encomiendas recibidas; esculcaron debajo de las almohadas y colchonetas, incluso en las patas de las camas, que eran de metal hueco. Los libros fueron vueltos a hojear y remirar cuidadosamente en persecución de anotaciones marginales o de papeles ocultos, como también del sello del censor que había autorizado su lectura. No escaparon al riguroso examen ni los comestibles comprados en la proveeduría de la cárcel, tenducho o tarantín conocido entre los presos bajo el curioso apodo de «la cueva del humo».

La operación duró más de una hora. El Médico particularmente se sacudía de indignación a cada registro de esos porque los *esbirros* desordenaban sus apuntes de estudio y en ocasiones se llevaban páginas enteras que nunca devolvían. Pero la inquietud predominante en el ánimo de los cinco, en tanto transcurrían las requisas, era una navaja de hoja larga y aguda, más puñal que navaja, conseguida por el Tenedor de Libros en forma tan misteriosa que ni sus propios compañeros se dieron cuenta de cómo ni cuándo llegó a sus manos. El Tenedor de libros la conservaba escondida en una grieta casi invisible de una pared lateral del calabozo. Si llegaban a encontrarla un

día, los presos serían sometidos a violentos interrogatorios y a las más duras represalias. De eso no tenían la menor duda.

Hoy tampoco dieron con ella.

Octubre, sábado

En la «cueva del humo» venden gaseosas, cigarrillos, fósforos, galletas, azúcar, sal, papel higiénico, jabones, lápices, cuadernos y demás artículos elementales de ese tipo. Es un negocio privado del alcaide, en cuyo provecho las mercancías duplican o triplican sus precios al cruzar los muros de la cárcel. Se llama justamente “la cueva del humo» porque no en otra cosa se transforma el dinero depositado en la alcaidía por los familiares de los presos cuando cae en la hoguera de aquellos arbitrarios aranceles.

Los habitantes del tercer pabellón han comprado pizarras y tiza en «la cueva del humo». Tienen en su poder desde hace varias semanas un pizarrón grande, o más apropiadamente una tabla rústica charolada en negro, sobre cuya superficie rugosa el Capitán despliega sus ecuaciones, el Médico sus fórmulas químicas y el Tenedor de Libros sus *irregular verbs*. Pero estas pequeñas pizarras de ahora, a más de ser útiles desde el primer día para tomar apuntes durante las clases, sirvieron más tarde para acometer una empresa de inapreciable magnitud. Para establecer comunicación con los presos del pabellón vecino, nada menos.

Fue cuestión de paciencia y tenacidad. A las tres de la

tarde, cuando el aire caliente se volvía bocanada de fuego y ningún guardia o *esbirro* se atrevía a asomar la nariz por los corredores calcinados, alzaban verticalmente la cama del Barbero y la adosaban al muro del fondo. Alguno trepaba al borde superior del mueble y mantenía largo tiempo la pizarra en alto, con una letra escrita en tiza, una gran letra visible a muchos metros de distancia. Mientras tanto, otro de los presos subido en igual forma a la cama del Capitán, escrutaba desde el agujero izquierdo del calabozo las claraboyas del muro de enfrente.

Al cabo de siete días se salieron con la suya. Primero aleteó un pañuelo rojo, indicio de que, ¡por fin!, había sido captada la señal. A los pocos minutos una pizarra similar a la de ellos, con la horqueta y el travesaño de una A trazados en tiza, apareció entre las rejas de un tragaluz lejano. Y desde aquella misma tarde se estableció un cruce de mensajes, desmenuzados signo a signo, entre los presos del pabellón central y los del flanco derecho de la cárcel.

El Periodista delectó desde su atalaya y el Capitán copió en el pizarrón:

SOMOS 84 EN ESTE DEPARTAMENTO

25 PROCEDEMOS DEL CAMPO DE
CONCENTRACIÓN DE GUASINA

HAY 60 MÁS EN EL PABELLÓN DE LA IZQUIERDA

LAS NOTICIAS DE AFUERA SON BUENAS

LOS ESTUDIANTES SE HAN DECLARADO EN
HUELGA POLÍTICA

LOS PARTIDOS DE OPOSICIÓN ENTABLARON

CONVERSACIONES DE UNIDAD

En los días siguientes adoptaron el inglés para comunicarse, con el propósito de confundir a un hipotético guardia que llegara a sorprender el relampagueo de las pizarras. Hoy, un sábado de octubre a las tres de la tarde, recibieron en ese idioma un informe macabro.

ANOCHÉ SE AHORCÓ EN EL LECHOSO DEL PATIO

EL COMPAÑERO SEBASTIÁN RODRÍGUEZ

El Tenedor de Libros se apresuró a preguntar en tres gritos de tiza:

WHY?

Y llegó la contestación, letra a letra:

PORQUE SUPO QUE SU HIJO HABÍA MUERTO EN
LAS TORTURAS

Noviembre, jueves

Los huéspedes han crecido. Ya no son aquellos durazos de pelusa amarilla, atrincherados tras la madre en un rincón del calabozo, sino cinco pollos zanquilargos, machos los cinco, con aspiraciones a gallo cuatro de ellos.

El más alto y vistoso, que fuera también el primero en romper el cascarón, se llama Gallardo. Es posiblemente producto del huevo que encontró el Capitán al pie del limonero y es además, como salta a la vista, hijo de un gallo de pelea del alcaide. Pinta relucientes plumas en oro y castaño, apunta airosas espuelas de combatiente, aunque en el grosor de las patas y en el caminar ordinario se advierte la herencia plebeya de la madre.

Luego vienen tres pollos negros, tan parecidos entre sí que un extraño no conseguiría diferenciarlos. Sin embargo, los presos saben de positivo cuál es Baltasar, cuál Gaspar y cuál Melchor, por mucho que estos reyes magos sean los tres de idéntico color y de igual tamaño. Baltasar hace esfuerzos por cantar como gallo e intentó escaparse una madrugada en pos de una gallina a quien pisar.

El quinto es el infeliz Pollo Loco. Nació el último, enclenque y patuleco, y para remate le pegó un moquillo que agravó sus condiciones deplorables. Corre a la deriva, tropieza con las paredes, grazna como un cuervo o chilla como una lechuza. Es tan grotesco y disparatado que mueve a risa, pero mofarse de su cómica desventura implicaría verter desconsideradamente dolor y amargura

sobre el alma del Barbero.

Todos picotean en los platones de los presos, se suben a sus hombros y a sus cabezas, acuden a su llamado o juegan a perseguidos. Tales familiaridades adquieren caracteres más íntimos si se trata del Barbero. Los pollos duermen bajo su cama, cuando no alguno de ellos sobre la cama misma. El Barbero les adereza los alimentos, les saca los piojitos, les acaricia las crestas, y ellos rondan a su alrededor, amorosos y agradecidos. Pollo Loco, en contrapeso a sus desdichas, disfruta de singulares privilegios. Para Pollo Loco es el maíz más tierno, para Pollo Loco es el primer arrumaco mañanero, para Pollo Loco es casi siempre la distinción de dormir sobre la cama.

El Periodista ha llegado a sugerir que Pollo Loco exagera bellacamente su cojera y sus desatinos con la intención taimada de estimular los mimos y la piedad del Barbero.

En cuanto a la gallina, desapareció del calabozo hace mucho tiempo. El Capitán opina que anda poniendo huevos en otros sitios, pisada por otros gallos. Pero el Tenedor de Libros sostiene que el alcaide se la comió en hervido un sábado cualquiera en que regresó borracho de la ciudad.

Noviembre, domingo

Hoy llegó correspondencia para todos, menos para el Barbero. Tal omisión afligió sensiblemente a sus compañeros. Causaba pena irse a leer cartas al calabozo y

dejarlo a él con los brazos caídos frente a la reja.

¿Estaría enferma la catira Rosario Cardozo? ¿O no tuvo tiempo de escribir, agobiada por el ajetreo de la fábrica y el cuidado del muchacho? Eso se preguntaban mientras el Barbero rezongaba con justificado resentimiento:

—Ella no debería olvidar que un preso sin correo es el ser más desgraciado del universo.

—Tal vez decomisaron tu carta de punta a punta los censores —le dijo el Médico, al atardecer, a guisa de consuelo.

Y el Periodista, en gesto generoso que el Barbero agradeció emocionado, le dio a leer la carta de Milena para que no se quedara sin unas frases de ternura, así no hubieran sido escritas para él.

Lo cierto fue que hoy vino correo, no llegaron noticias de Honorio, y eso bastó para empañarles la cristalina alegría de recibir correspondencia.

Fines de noviembre, lunes

Anteanoche trajeron a un extraño personaje y lo encerraron en el último calabozo, aquel que está más allá de los lavaderos y las letrinas. En tanto lo arrastraban como un leño por los corredores, el desventurado profería alaridos guturales que no parecían de garganta humana. Desde el primer instante comprendieron que se trataba de un loco.

El nuevo recluso aulló y aulló desde la medianoche hasta que amaneció el día, sin permitirles hilvanar el sueño. Gritaba arrebatadamente, en un indeclinable diapasón de furia, y ellos no lograban explicarse cómo no se le rompían las cuerdas vocales, cómo no quedaba afónico de tanto grito.

Por el contrario, cuando creyeron que comenzaba a fatigarse, cobró renovadas fuerzas y se desgañitó sin parar durante el entero día de ayer y la entera noche de anoche. Hoy en la mañana decidieron quejarse ante el *esbirro* que vino a descorrer el cerrojo.

—Llevamos cuarenta y ocho horas sin dormir —le dijo el Médico en representación de los cinco presos.

El *esbirro* se retiró y regresó un rato más tarde con la respuesta:

—Doctor, dice el alcaide que le da permiso a usted para meterse en el calabozo del loco a curarlo. Si usted se atreve, por supuesto...

Se atrevió. Le abrieron el candado y entró a la celda.

El hombre había corrido a agazaparse en el rincón más oscuro en cuanto oyó el acercarse de los pasos y el crujido de la llave en la cerradura. Sus cabellos eran una marchita melena mugrienta, pelambre de león de circo enfermo y maltratado. Apestaba a cien orines y a cien excrementos, a carroña, a pescado podrido, a cloaca reventada, a todas las cochambres de este mundo. Adherido a la pared del

calabozo, aullante y gimiente, no semejaba ya león sino lobo herido a punto de saltar sobre sus acosadores.

A medida que el Médico y los *esbirros* avanzaban hacia él los gritos se le hacían más irracionales y se le desencajaban en aumento los ojos que pugnaban por escaparse de las órbitas. El Médico les pidió entonces a los *esbirros* que lo dejaran a solas con el enfermo y ellos accedieron de muy buena gana.

El loco no cesó de gritar mientras los pasos del Médico llegaban lentamente hasta su rincón. Y alcanzó el tono mayor de sus aullidos cuando el Médico, violentándose para hacer frente al tufo de sentina, lo abrazó afablemente y le dijo:

—Yo soy un preso como tú. Yo soy tu amigo. Yo soy tu hermano.

Calmarlo era un difícil empeño. Trató de investigar de qué prisión venía, por qué lo habían encarcelado, a cuáles torturas había sido sometido, cuándo se había vuelto loco. Pero sólo obtuvo, al cabo de tantísimas palabras, que cambiara sus gruñidos de lobo acorralado por un llanto sin lágrimas de hombre sin esperanza.

Al reintegrarse al seno de sus compañeros de calabozo, emitió su diagnóstico:

—Ese hombre se volvió loco de miedo.

Diciembre, martes

¿Cuántos hechos trascendentales estremecían al mundo? ¿Cuántos grandes hombres morían? ¿Cuántos libros extraordinarios se escribían? ¿Cuántas conquistas científicas realizaban los sabios en sus laboratorios? El latido de la historia se había detenido bruscamente para ellos como las manecillas de un reloj sin cuerda. Se encontraban olvidados en el fondo de un pozo alrededor de cuyo brocal no paraban de corretear los niños, ni de brillar el sol, ni de crecer la hierba, ni de enamorarse los machos y las hembras, sin que ellos lograran enterarse de tales episodios, lo cual venía a ser como si nunca sucedieran. Uno de sus más vivos anhelos era la lectura de un periódico. Un periódico de un día cualquiera, con sus despachos cablegráficos de Pekín y de Washington, su reseña del último salón de pintura y del último match de boxeo, sus anuncios de las películas que aquella noche estrenaban, sus sucesos callejeros del día anterior: el policía que mató a su amante con el revólver de reglamento, la muchacha que se bebió un veneno porque su novio ya no la quería. Pero a ese respecto el alcaide había sentenciado inapelablemente: «Primero les dejo pasar una ametralladora que un periódico».

Cuál no sería su ansiedad al divisar una mañana, enredada en los verdes más altos de la mata de mango, la hoja de un periódico. Se le había volado de las manos, era lo más probable, al centinela de la garita y blanqueaba allá arriba como un gran pétalo arrebujaado entre las ramas. El Capitán y el Periodista intentaron treparse al árbol, pero el tronco resultó mástil escurridizo, trinquete escalable únicamente por monos y marineros. Los otros ni siquiera ensayaron. Se resignaron a lanzarle piedras menudas desde

diversos ángulos del patio en un inútil esfuerzo por tumbarla de su ramaje. La hoja de periódico permaneció inaccesible entre los verdes, como un inmenso pétalo blanco, durante siete días.

Pero anoche cayó un aguacero y la hoja de periódico se vino abajo, arrastrada por los goterones de la lluvia. Amaneció al pie del árbol, disimulada bajo vetas de fango, encharcada e ilegible. Ellos esperaron pacientemente que se abriera la puerta del calabozo a la hora de costumbre, que se alejaran los *esbirros*, y entonces fueron a recogerla como un fruto, la llevaron a los grifos de los lavaderos, le arrancaron las costras de tierra ocre y descubrieron las letricas negras de los linotipos como si se tratara de un hallazgo maravilloso.

No tuvieron suerte. Un lado completo de la hoja estaba copado por insulsos avisos comerciales y el otro pertenecía de cabo a rabo a crónicas de la «vida social». Una terrible desilusión para el Médico que, tras dilapidar toda una semana en tirar piedras como un vagabundo, ahora se tropezaba con ese sartal de frivolidades que jamás se había molestado en leer. Más mundano, el Periodista recitó la «vida social» en alta voz cuando retornaron a la reclusión del calabozo.

Se regodeó particularmente en el recuento de un banquete brillantado por la presencia de lo más selecto de la sociedad caraqueña: millonarios, banqueros, americanos de las petroleras, descendientes de próceres, ministros de la dictadura, el cuerpo diplomático y el jefe máximo de los torturadores que presume de dandy en sus horas libres. El

Periodista leyó con entonaciones de ujier el prolijo inventario de apellidos lustrosos. De repente pronunció el nombre de Noemí y el Capitán se estremeció en su camastro.

—Noemí Mendizábal —se detuvo a comentar el Periodista—. Una mujer encantadora.

—¿La conoces? —dejó caer con fingida indiferencia el Capitán.

—Apenas la conozco de vista. Pero es una mujer encantadora, palabra de honor —insistió el Periodista.

El Capitán se estremeció de nuevo en su camastro. El Periodista había sintetizado su juicio en tres palabras: «una mujer encantadora». Pero era hartó improbable que Noemí hubiese pasado frente al Periodista, hombre atlético y apuesto, con ojos verdes de violinista ruso y perfil de bandido napolitano, famoso por la agudeza de sus entrevistas políticas, sin dirigirle dos o tres miradas dulces de soslayo, sin lanzarle sus redes de «mujer encantadora».

El Capitán no ha dormido esta noche. El reflector de la garita más próxima escudriña circularmente desde su torreón los matorrales exteriores del edificio y luego se vuelca en los patios interiores, gira que gira sin parar. En sus rondas mete su garrocha de luz por la claraboya izquierda del calabozo y barre con periódica precisión la cama del Capitán. También una bandada de cucarachas voladoras, congorchos, coquitos y otros insectos acorazados aletea sobre su vigilia.

Mas no son el relámpago de los reflectores, ni el revoloteo de los bichos alados, los motivos de su desvelo.

Diciembre, lunes

A más de las horas de clase, a más de las horas de dominó y de charla, a más de las horas de pensar y callar, a más de las horas de sueño, sobran horas para el trabajo, tan largos son los días del preso.

El Capitán ha aprendido a tejer. Compró en «la cueva del humo» un huso rudimentario, un telar primitivo sentado frente al cual emplea sus tardes en el corredor. Con la ayuda de una paleta, semejante a un machete de madera, entrecruza los hilos de sedalina y van saliendo, en las vueltas y revueltas de un torno, cubiertas de zapatillas, cinturones y otros adornos femeninos. Al principio producía tejidos burdos y torpes, pero con el tiempo se ha transformado en habilidoso artesano que bien puede enviar sus objetos al mercado de la ciudad.

El Tenedor de Libros y el Periodista se dedican a la agricultura. En un recodo del patio sembraron sus humildes parcelas que riegan y abonan solícitamente. El cultivo de las hortalizas los ha convertido en protagonistas de una testaruda competencia, tan implacable como la rivalidad que divide a sus partidos políticos o como sus pugnas en el juego de dominó. Ningún esfuerzo es bastante en el afán de cosechar un tomate más rojo o un repollo más hermoso que los de su adversario. Han encargado a sus casa textos de horticultura con el fin de elevar a planos científicos una emulación que beneficia

por igual a los cinco presos en el resquicio de mejorar el rancho de la cárcel.

El Médico, por su parte, aunque lo vean tendido en su cama, no abandona la *Patología tropical*, ni la *Fisiología*, ni los cuadernos de anotaciones.

El único haragán impenitente es el Barbero. Mientras sus compañeros trabajan, él se acuesta a mirar las ranuras del techo o se sienta a la mexicana junto al tronco de la mata de mango a pensar cosas que nunca conversa con nadie. Tantos días de cautiverio lo han vuelto taciturno y tristón. No obstante su prodigiosa memoria ha agotado ya su repertorio de cuentos pícaros y a su traviesa imaginación no le asisten ganas de idear otros nuevos.

Hoy, por casualidad, le concedieron licencia al Barbero para cortarles el pelo a sus compañeros de calabozo. Provisto de peine y tijeras los invitó a sentarse por turno en un taburete atravesado en mitad del corredor y trabajó más de tres horas seguidas bajo la vigilancia de un par de *esbirros*. Se esmeró de tal modo, ¡era el mismo Nicolás Barrientos de su mejor época!, que jamás quedaron en cárcel alguna cabezas de presos más acicaladas que aquéllas.

El Barbero reconquistó su felicidad por una tarde, le retoñó en los labios su olvidada palabrería y volvió a contar la increíble historia del billarista Peníchez.

«¡Qué gran jugador era Peníchez!»

Diciembre, jueves

A media mañana entró al patio un *esbirro* y le notificó al Capitán:

—Una visita lo espera en la oficina del alcaide.

Era un insólito acontecimiento, una gracia que jamás se otorgaba a los presos de aquella cárcel.

El Capitán, pálido y alterado, preguntó:

—¿Es un señor o una señora?

—Creo que es un tío suyo —gruñó el *esbirro*.

Se acentuó la palidez del Capitán. ¡Algo muy grave le había sucedido a la madre cuando a él se le concedía el inaccesible favor de recibir a un miembro de su familia, al tío Oswaldo seguramente!

Estuvo ausente más de dos horas y regresó transfigurado, radiante de un júbilo que no alcanzaba a disimular. Pero sus compañeros debieron, mal de su grado, esperar hasta las cuatro y cinco de la tarde, ya bajo llave en el calabozo, para enterarse de las portentosas novedades:

—Era, como yo me figuraba, mi tío el doctor Oswaldo Luigi. Obtuvo el permiso de visitarme a través de unos amigos suyos que trabajan en el Ministerio de la Defensa. Aparentemente vino a saber de mi salud y a traerme noticias de mi madre. Pero después bajó la voz en la

oficina del alcaide, al no más distraerse un minuto la vigilancia de los *esbirros*, y me transmitió noticias sensacionales.

—¿Como cuáles? —preguntó nervioso el Tenedor de Libros.

—Como todas las que me dijo. Los estudiantes de los liceos y de las universidades se mantienen en abierta rebelión a pedradas contra la policía. Los partidos, unificados en un comando de lucha, preparan una huelga insurreccional. Está en marcha al mismo tiempo un complot de grandes dimensiones, con oficiales de aire, mar y tierra comprometidos. Mi tío, que por cierto nunca ha pecado de optimista, opina que la dictadura se derrumbará antes de dos meses.

Esta noche no ha dormido el Capitán, y no por el resplandor de los reflectores ni por el revoloteo de los insectos, ni tampoco por el azaroso recuerdo de Noemí. La verdad es que esta noche no duerme nadie en el calabozo.

Diciembre, viernes

Hoy amaneció muerto Pollo Loco debajo de la cama del Barbero. Lo enterraron al pie de la mata de mango, serios y compungidos, como si presenciaran el sepelio de un pariente.

Diciembre, al día siguiente

La muerte de Pollo Loco ha venido a recrudecer la

pesadumbre del Barbero. Hoy en la madrugada se le oyó ahogar sollozos y musitar maldiciones. A sus cuatro compañeros les preocupa la conversión del Barbero en un hombre arisco y cabizbajo, cada día más ausente de este mundo.

Ignoran, sin embargo, que detrás de aquellos murallones de tristeza y lejanía se oculta y se retuerce un estado de ánimo tan desolado que no alcanzan a definirlo la palabra «lejano» ni la palabra «triste». Tristeza quiere decir aflicción producida por un hecho doloroso que ya ha acaecido, pesar nacido a consecuencia de una causa concreta y determinada. En cuanto a lejanía, significa tan sólo distancia que nos separa de alguien. El problema del Barbero es mucho más grave porque la aparente tristeza es angustia soterrada y la aparente lejanía es terror a lo imprevisto.

Cualquiera pensaría que su espíritu ha sido doblegado por el recuerdo de las torturas sufridas o por la monotonía de los meses de cautiverio. Pero no se trata de eso. Para nada interviene el pasado en sus sombrías cavilaciones, como tampoco interviene el presente duro, sino que todo remolinea alrededor de algo terrible que le ha de suceder en el futuro, en cualquier resbalón inesperado, algo indefinible y espantoso, tanto o más despiadado que la muerte. Cuando la certeza de ese horrible acontecer próximo se hace más patente, un sudor frío le moja las sienes, el corazón le palpita desbocado —o al menos él siente como si le palpitara— y se le detiene luego de repente varios segundos, o al menos él siente como si se le detuviera.

Está gravemente enfermo, como tres y dos son cinco. No vale la pena contárselo al Médico porque éste le responderá que no tiene absolutamente nada, que sus malestares no pasan de aprensiones ridículas, como le dijo la primera vez cuando intentó enumerarle los síntomas de su peligrosa enfermedad. Pero el Médico se equivoca en esta ocasión. O si no se equivoca, es que pretende engañarlo piadosamente, ¿ese marxista con alma de Francisco de Asís! Nadie sino el propio Barbero está en condiciones de palpar el irreparable derrumbamiento de su organismo. Si permanece acostado mientras los otros trabajan es porque una debilidad de tuberculoso, o de anémico entumece sus miembros, porque ya dejó de ser un hombre útil y sano como los otros. Además, tendido en la cama, agazapado dentro de sí mismo, le resulta más hacedero vigilar los pasos sigilosos de un enemigo que lo acecha, un enemigo del cual no sabe quién es ni cómo es, si ser humano perverso, si ofidio venenoso, si noticia aciaga, si estallido de la naturaleza, si locura de la mente o parálisis del cuerpo, pero cuyo poderío reside precisamente en su indeterminada condición, en sus pisadas de presagio y en sus uñas de melancolía.

El cerebro funciona como el complicado mecanismo de los relojes. Así lo concibe el Barbero y se esfuerza por imaginar el engranaje de las mil ruedecillas de diversos tamaños que muelen los pensamientos, destilan las palabras y determinan en el ritmo de sus vuelcos la maldad y la bondad de cada individuo. El corazón, a su turno, es como el péndulo que cuelga al pie de las agujas tasando lo que resta de vida, tic, tac, tum, tum, tam, tam, de aquí para allá y de allá para acá.

Ahí justamente, en el funcionamiento de esos artefactos, reside el riesgo incesante. Una cualquiera de las mil ruedecillas que dan vueltas dentro del cerebro puede zafarse del sistema y quedarse girando a ciegas con sus diminutos dientes al aire. Entonces se dislocará bruscamente la maquinaria delicadísima que rige sus sentidos y encauza sus acciones. Perderá el habla y la vista, o se le enturbiará la razón que es casi como no hablar ni ver. O bien la otra herramienta, el péndulo que tasa su muerte, tic, tac, tum, tum, tam, tam, ese péndulo suyo que a veces acelera su repique y otras parece detenerse o se detiene en realidad, estallará como un resorte roto dentro de su pecho y quedará su cadáver inmóvil sobre el camastro de preso, tan feo y tan retorcido como los despojos del pobre Pollo Loco.

O quizás la desventura no provendrá de sus sesos ni de su sangre sino de un origen extraño a su armazón corporal, de una noticia tenebrosa que lo condenará a infelicidad perpetua, o de un cataclismo que no dejará sobre la corteza de la tierra sino pajarracos negros devorando la carroña.

Está gravemente enfermo, ¡vaya si lo sabrá él mismo! aunque el Médico se empece en sostener lo contrario.

Diciembre, noche de Navidad

Celebraron la nochebuena, presos y todo. El Tenedor de Libros, a cuyo cargo estaba la administración de la despensa, había reservado las más suculentas viandas recibidas en la última encomienda para servir las en la cena navideña. Un salchichón de los que enviaba la madre del

Capitán, cortado en rodajas y circundado de aceitunas, cubría la bandeja de peltre que ocupaba el centro de la mesa donde solía jugarse al dominó. No había pavo, es verdad, pero en cambio compraron un pollo de tres libras y media en «la cueva del humo» —¿quién iba a parar mientes en precios leoninos ante fecha tan solemne?— y el Tenedor de Libros, cocinero infinitamente superior a Genaro, lo doró en el patio al fuego de un asador improvisado.

El Capitán les reservaba una sorpresa inimaginable. A fuerza de ingenio y terquedad había fabricado a hurtadillas un alambique rudimentario, obra maestra de sus manos de artesano agilizadas en las faenas del telar. La parte de arriba era un pote vacío, con su etiqueta candorosa de leche en polvo, en cuyo seno se curvaba en espiral un tubo delgado que el Capitán retorció a pulso hasta convertirlo en serpentín. A la base circular del pote soldó como pudo un segundo envase algo más grande que había sido de kerosén. Un caño de hojalata unía ambos recipientes por el lado exterior. La boca de otro conducto metálico asomaba al costado opuesto como espita del serpentín.

Ya concluida su labor de latonería, el Capitán hizo fermentar agua de papelón junto con rodajas de papas y vertió ese líquido en la especie de embudo que sobresalía al tope de su alambique. Colocó sobre un fuego la estrafalaria cantimplora de dos pisos y se arrinconó a esperar que se cumpliera el proceso de destilación.

Obtuvo un aguardiente absurdo, pócima de boticarios o menjurje de brujas, pero apropiado de todas maneras para

alumbrar con la chispa de un trago la cena de Navidad. De los pabellones interiores llegaban a retazos aires de villancicos cantados por los componentes de la banda de música de Maturín que había sido encarcelada en masa, sin excluir al director ni los atriles, a consecuencia de aquel alzamiento que desgració de paso la vida del Barbero.

Cuando cesó la cadencia de los aguinaldos distantes, el Capitán cantó a media voz para sus compañeros de celda un viejo romance colonial:

*San José pidió posada
para su esposa María;
no se la quisieron dar
porque no le convenia.*

Un trecho más lejos, en un mísero establo, hallaron hospedaje. San José colocó sobre la mesa tosca el pan y el vino de la cena pero la Virgen prefirió refugiarse en el llanto aliviador de las mujeres embarazadas.

*San José tendió la cama
con linos de Alejandría,
y dijo a su casta esposa:
ven a dormir, mi María.*

A la medianoche, el anciano carpintero cabeceaba de cansancio en tanto su esposa le regalaba el clavel de una sonrisa desde la paja del pesebre:

A Dios tiene entre pañales

*luminosos como el día,
la más hermosa del mundo,
la virgen Santa María.*

¡Salve! ¡Salve, Regina, Salve!

El Capitán calló gravemente y sirvió un trago que el Médico rechazó pero que los otros cuatro se tomaron sin pestañear. Se subía a la cabeza aquel vapor de papelón fermentado y papas rancias. Bajo su efecto se esfumó la melancolía del Barbero y ya estaba el hombre a punto de referir el más sicalíptico de sus cuentos cuando el Tenedor de Libros le pidió que les hablara de Honorio.

—¿Qué más puedo decirles del muchacho? Ya les he repetido cien veces su vida y milagros.

—Es que también nos interesa su porvenir —terció el Periodista—. Según los vientos que soplan, esta poderosa dictadura se va a ir a pique de un momento a otro. Y al encontrarnos en la calle, será indispensable que nos ocupemos un poco de Honorio.

El Médico, el Capitán y el Tenedor de Libros respaldaron las palabras del Periodista. Cada uno había pensado por su cuenta en el común compromiso de velar por la suerte de Honorio que habían adquirido tácitamente entre las sombras del calabozo y que los mantendría unidos cuando retornaran al aire libre. Ninguno de ellos concebía una separación a la desbandada, olvidados de Honorio, al no más les abrieran las puertas de la cárcel.

—Al día siguiente de salir de aquí, me presentaré en tu casa —afirmó rotundamente el Médico—. Quiero comprobar si ese catirito es de veras tan inteligente como tú nos has contado.

—Supongo que no pretenderás iniciarlo en la filosofía marxista a los siete años de edad —le replicó receloso el Capitán—. Por lo demás, yo también iré en seguida a conocerlo.

—¡Protesto, señores, protesto! —gritó el Periodista casi en serio—. No se trata de usar a Honorio como conejillo de Indias para experimentar la eficacia de vuestra verborrea política o religiosa. Nuestro papel se reduce a quererlo y arrimarle el hombro.

—De quererlo, ya lo queremos en cantidad —dijo el Tenedor de Libros al borde de emocionarse—. Y de meterle el hombro, cada uno de nosotros hará cuanto pueda por serle útil. ¿Quién lo duda?

—Será preciso comprarle ropa y zapatos, mientras el Barbero consigue trabajo —señaló el sentido práctico del Capitán—. La madre debe haber hecho grandes sacrificios para alimentarlo y vestirlo tantos meses sin hombre que la ayudara.

—Y trasladarlo sin dilación a un buen colegio —añadió el Médico—. De eso me encargo yo.

—Yo lo llevaré al cine los domingos —prometió el Periodista

— ¡Con lo que me gustan las películas de vaqueros, nos vamos a divertir los dos a rabiarse!

—Y yo le enseñaré a nadar y a jugar pelota —completó el Tenedor de Libros—. Hay que prepararlo para que llegue a ser un hombre fuerte, capaz de abrirse paso con los puños si se le presenta el caso.

El Barbero, abrumado, apenas se atrevía a balbucear torpes cumplidos:

—Muchas gracias, muchas gracias. Pero, caramba, ¿cómo se van a molestar de esa manera por Honorio? Si es un pobre catirito del pueblo que está empezando a deletrear, que todavía no sabe ni sumar. A lo mejor lo encuentran bruto y sufren una gran desilusión.

—Tú no te metas en este asunto —le aconsejó el Periodista—. Limitate a aportar el muchacho, que ya es bastante.

—No olviden que yo soy su padre —se atrevió a reclamar el Barbero.

—Por lo mismo que eres su padre —ahora le cayó encima el Médico— debes estar interesado en que disponga desde el principio de las armas más convenientes para avanzar y defenderse en la vida.

—No, si yo no me opongo —se disculpó resignado—. Es

que me causa vergüenza pensar en los engorros que se van a echar encima por mi carricito.

—Tómate otro whisky de papas —sentenció el Capitán— y se te pasará la vergüenza.

Apuraron el último trago, incluso el Médico que rectificó su intransigencia puritana en homenaje al recuerdo de Honorio. Y se durmieron después de la medianoche, un poco borrachos y al límite del vómito por culpa del horrendo brebaje del Capitán.

Como una excepcional concesión al nacimiento de Jesús, el pito de silencio se había retardado hasta las doce en punto.

Enero, viernes

—Algo de vastas proporciones debe estar sucediendo en la capital, o tal vez en varios sitios del país al mismo tiempo —dedujo en alta voz el Capitán.

Jamás habían presenciado en la cárcel una batahola parecida, semejante trajín de guardias y *esbirros*, tal aprontamiento de fusiles y ametralladoras. En los rostros de los *esbirros* apuntaba una inquietud que bien pudiera ser el primer peldaño del pánico. A los ejecutantes despiadados de desmanes y torturas, a los sicarios violentos y autoritarios ya no los escudaba la convicción de que el régimen en cuyo nombre golpeaban y asesinaban era invulnerable. Se les advertía en el huidizo espejear de las miradas.

Las pizarras del pabellón vecino anunciaron ayer que se había producido un levantamiento de aviadores militares en la madrugada de año nuevo, noticia recibida a través del correo clandestino. Pero esa rebelión fue sofocada sobre la marcha y ya el año contaba con diez días de edad. ¿Qué acontecimientos posteriores desquiciaban de modo tan manifiesto al alcaide y a los guardias, a los *esbirros* y a los cocineros? Vislumbraron una explicación al atardecer, cuando las pizarras lejanas transmitieron su último mensaje, precisamente su último mensaje antes de borrarse para siempre:

LA HUELGA GENERAL HA SIDO DECRETADA PARA LA SEMANA PRÓXIMA

Dos minutos después aparecieron en tropel los *esbirros*, con sus inmensos cartones, sus clavos y sus martillos, a privarlos de luz y de aire como la noche en que ingresaron al penal. Escucharon el claveteo sobre las paredes del corredor hasta dejar tapiada la puerta, y luego sobre el alto muro del fondo hasta apagar las claraboyas. Pero no eran los golpes seguros y rítmicos de la primera vez. Sino un clavo aquí, otro allá al cabo de un silencio, una conversación en murmullos antes del tercer clavo. También el pulso de los *esbirros* había cambiado.

Quedaban incomunicados nuevamente, acorralados en el área negra del calabozo, excluidos del día y de la noche por la cerca de cartones opacos, obligados a comer el

rancho repulsivo que traería Genaro con su delantal pringado de manchones grasientos y su cucharón asqueroso de arrastrarlo por la mugre y los salivazos del piso.

—Nos consideran los cinco presos más peligrosos de esta cárcel —dijo el Tenedor de Libros con ingenua jactancia.

(Mi primera visita, aun antes de ir a conocer a Honorio, será para la tumba de Mercedita Ramírez, mi mujer. Verificaré cuidadosamente si el empleado del cementerio contratado por mi padre se ha preocupado de mantenerla limpia de yerbajos y lagartijas. Le llevaré un ramo de cincuenta rosas —eran rojas las que más le gustaban— y lloraré un poquito sin que nadie me vea. Después iré en busca de mis compañeros de partido: los que salen de otras cárceles, los que afloran de la resistencia, los que regresan del desierto. Nos daremos grandes abrazos de hermanos que vuelven a juntarse tras larga ausencia. Y nos consagraremos día y noche, de conuco en conuco, de caserío en caserío, a reagrupar nuestras milicias disueltas. Cumpliremos nuestra misión de llegar al poder para reedificar este país sobre bases más justas.)

—Tal vez nos creen capaces de sublevar a los otros presos, de arrebatarnos las armas a los guardias, de tomar la cárcel —respondió el Periodista.

(Iré a darle un beso a Milena, pasaré por la redacción del

diario a repartir saludos y a beberme una botella de whisky con los reporteros, habitaré por unos días mi antiguo cuarto en la casa de mi padre, me ocuparé del porvenir de Honorio, pero no olvidaré por un segundo mi compromiso de matar al Bachiller. Las masas enfurecidas tratarán de atraparlo pero el Bachiller es un alacrán malicioso, un zorro viejo que logrará ocultarse en algún sitio, en la Embajada de cualquier dictadura latinoamericana donde le darán asilo cortésmente: «Entre usted, señor Bachiller, entre usted». Me reconforta esa fe en la bellaquería del Bachiller, en la habilidad resbaladiza del Bachiller, porque la muerte del Bachiller es un derecho mío que no me puede ser arrebatado por nadie, ni siquiera por el pueblo.)

—Todo depende del resultado de la huelga general — opinó el Médico—. Si estalla una huelga general completa y combativa en estos momentos de desconcierto, a la dictadura no la salva ni el Dios de los Ejércitos.

(Llorarán de alegría —ellas dirán que de alegría— las mujeres de mi casa, al verme caer en sus brazos sano y salvo. De igual modo recibieron a mi padre cuando volvió de sus prisiones. Aunque mi padre no estaba tan sano ni tan salvo, como tampoco lo estoy yo, para ser sincero conmigo mismo. En los últimos tiempos me he observado una tos extraña, pérdida de peso, desgano en el comer, grados de fiebre en los atardeceres y sudores fríos por las noches. La dirección del partido resolverá enviarme a un

sanatorio, a la Unión Soviética sin duda. Yo me opondré, alegando que nadie debe escurrir el bulto en situación tan comprometida, pero me obligarán disciplinariamente a hacer el viaje, los conozco muy bien. Me curaré la tuberculosis entre nieves y pinares, e iré después a la Plaza Roja, a visitar la tumba de Lenin antes de regresar a mi puesto de combate, i Me curaré porque si bien es cierto que hasta después de muertos somos útiles, también en vida podemos serlo.)

—No creo que han procedido estúpidamente al encerrarnos con llave —dijo el Capitán—. Les confieso que he pasado noches enteras meditando un plan para sublevar al presidio en la hora oportuna. Y la hora oportuna me luce que está próxima.

(Será letra muerta y papel mojado la sentencia del supuesto tribunal militar que me condenó a doce años de cárcel y me expulsó del ejército. Por el contrario, se me incorporará sin dilaciones a mi batallón, con el grado de Capitán y el uniforme de ayer. Mi voz volverá a resonar en el patio del cuartel —¡Al hombro, ar!, ¡Preparen, ar!— y la coreará el chasquido seco de los fusiles entre las manos de los soldados. Le pediré a mi madre que se quede en la capital y ella aceptará en el acto, encantada de vivir a mi lado y de oír su Mozart y su Brahms desde una butaca frente a una orquesta de carne y hueso y no por intermedio de discos y agujas. En cuanto a Noemí, insistiré en mantenerme lo más lejos posible de sus hermosos ojos grises, ávidos de lisonjas: ¡maldito sea!, ¿a

quién estarán mirando mientras yo me hallo preso? No me acercaré a Noemí. Tengo confianza en mí mismo pero preferiré no ponerla a prueba frente a ella.)

El Barbero fingió que dormía para no decir nada. El encierro y la oscuridad eran el marco más adecuado para su angustia. Permanecía mañanas y tardes en su camastro, con los ojos cerrados para no mirar el techo, sin pensar una idea, al atisbo de su desgracia irremediable.

En el calabozo del fondo estallaron inopinadamente los aullidos del loco, excitado quizás por el aire tenso que gravitaba sobre la cárcel o por la falta de frases de alivio que el Médico solía acercarse a pronunciar junto a su reja.

—¡Me van a matar! —gritaba—. ¡Socorro, Virgen del Carmen, que ese hombre me ha mandado a matar!

Decía tan sólo «ese hombre» porque aún entre las nieblas de su locura lo estremecía el terror de pronunciar el nombre completo.

Enero, martes 21

La noche de la muerte de Honorio un presentimiento daba tumbos contra las paredes del calabozo, como un pajarraco oscuro y torpe. Los cartones amortiguaban el cuchicheo de la lluvia que caía sobre el patio, mientras a lo lejos gemía el loco con un llanto de niño, o más bien de niña. Desde el instante en que fueron encortinados no trascendía hasta ellos una sola referencia del mundo exterior, ni siquiera

habían vuelto a escuchar una voz humana salvo las propias. Los italianos entraban con el rancho pero procedían como autómatas, sin mirarles ni hablarles. Se acalló bruscamente el rumor de músicas que brotaba de la radio del guardia. Los presos del pabellón vecino no se numeraban en voz alta al amanecer.

Para colmo de males, el Barbero yacía tendido en su colchoneta más taciturno que nunca, en acecho de una triste noticia que no acababa de llegarle. Reconstruía o imaginaba retazos de su infancia, una infancia desolada sin los besos furtivos de la catira Rosario Cardozo, una infancia sin árboles ni pájaros. Surgía su madre envuelta en humo, amenazada por las llamas de un fogón, espiada por un negro alto y poderoso que se escondía agazapado en un pedregal, un negrazo horripilante decidido a golpearla y ultrajarla. El Barbero evocaba una niñez desdichada y la vivía de tal modo que se orinaba en la cama como entonces.

Ahora sí era indudable que iba a morir. Iba a morir esa misma noche, eso no tenía vuelta de hoja. Bien pudiera opinar el Médico lo que le viniera a la mente y sacar a relucir palabras raras como «psiconeurosis» y otras que él no entendía. Bien pudieran los demás compañeros acercarse una y otra vez a la cabecera de su cama a repetir hipócritas frases de consuelo que, lejos de consolarlo, lo herían profundamente: «Tú no tienes nada, Barbero», «Déjate de pendejadas y piensa en algo diferente», «Mañana te burlarás de tu gravedad fingida de esta noche».

Él sabía a ciencia cierta que iba a morir en pocas horas. Apenas sentía ya los latidos de su corazón, irregulares, incontrolables, ajenos a su cuerpo.

Barruntaba allá abajo la presencia de unas piernas dormidas sobre las cuales había perdido todo control, maderos paralizados e insensibles para siempre. Por ese sitio, por sus piernas, había comenzado a llegar la muerte. Ahora remontaba lentamente el cauce que conducía a sus vísceras vitales, resuelta a apoderarse de su corazón y de su cerebro, que sería lo último en apagarse. Le tocaría una muerte consciente y sincera, sin pérdida de los sentidos, sin abolición de la memoria, sin engaños de ninguna clase. La muerte estaba ahí y él la aceptaba a pie firme. No lograrían hacerlo cambiar de opinión los «pero, chico, si estás lleno de vida, si nos vas a enterrar a todos nosotros» del Periodista, ni mucho menos la «psiconeurosis» y demás terminachos pedantes del Médico.

Iba a morir esa misma noche, pero antes de morir recibiría una noticia pavorosa, de eso estaba bien seguro. Se hallaban rigurosamente incomunicados, los italianos no les dirigían la palabra, ya no cuchicheaba la lluvia ni lloriqueaba el loco. El mundo exterior era un remoto picacho inaccesible, como era un absurdo sueño irrealizable que llegara a sus manos un papelito de la catira Rosario Cardozo. Sin embargo —él no podía explicarse cómo—, se presentaría de pronto una noticia pavorosa para amargarle los últimos minutos de su vida miserable.

La muerte lo hallaría despierto como todo un hombre. Sus compañeros tampoco dormían porque un presentimiento

daba tumbos contra las paredes del calabozo como un pajarraco oscuro y torpe. Antes de despuntar la madrugada el Barbero los llamó por sus nombres, los agrupó alrededor de su cama y les habló con una voz que él creía de moribundo aunque el Médico insistía en afirmar que le faltaban por vivir unos cuantos años de peine y tijeras.

—Yo me voy a morir esta noche, por mucho que ustedes se empeñen en negarlo —dijo—. Pero no quiero morirme sin quitarme de encima un peso que no me deja agonizar tranquilo. Yo no soy digno de ser amigo tuyo, Periodista. Ni tuyo, Médico. Ni tuyo, Capitán. Ni tuyo, Tenedor de Libros. Les he dicho una mentira que ustedes han creído con toda el alma y que yo dejé crecer en el alma de ustedes como un hombre perverso.

Los miró con ojos de súplica y continuó:

—Yo no tengo ningún hijo. Honorio no existe, no ha existido jamás. Bastante hicimos la catira Rosario Cardozo y yo por tener un hijo para ponerle el nombre de Honorio, el nombre de mi padrino, pero la verdad es que nunca lo conseguimos.

Los demás lo escuchaban atrincherados en un mutismo, hosco, por no decir agresivo.

—Les mentí por envidia. Deben tener en cuenta que mi vida ha sido una vida insignificante y vulgar. Voy a morirme esta noche sin haber pasado de ser un barbero infeliz. Ustedes, en cambio, son jefes políticos que están presos por algo serio, que fueron torturados por haber

combatido, no por hablar pistoladas como yo. Lo que ustedes cuatro no tenían, lo que hubieran deseado tener, eso no se me escapaba, era un hijo. Como yo, que siempre he soñado con un carajito llamado Honorio y catire como Rosario Cardozo. Si yo hubiera tenido un hijo habría llegado a ser en este calabozo tan importante como ustedes, más importante que ustedes. Por eso les inventé a Honorio y ustedes me creyeron. Y seguí mintiendo porque la credulidad de ustedes llegó casi a convencerme, a mí, el padre de la mentira, de la existencia de Honorio.

El Barbero sentía el silencio de los otros como una dura lápida que le oprimía las costillas.

—Les suplico que me perdonen porque voy a morirme esta noche —concluyó entre dos sollozos.

El Barbero no iba a morir, todos lo sabían. En la calle se extendía la huelga general como las aguas de una inundación, estallaba la rebelión en las ciudades, los adolescentes se batían a tiros con la policía, las mujeres tremolaban banderas, se tambaleaba la dictadura herida de muerte. Pocas horas faltaban para ser libres, para que el pueblo viniera a derribar las rejas de la cárcel con sus manos poderosas. Entonces cada uno tomaría su camino, el Barbero se olvidaría poco a poco de esta noche aciaga, incluso llegaría con el tiempo a considerar su mentira como una broma risueña, aunque un tanto pesada, que les jugó a sus compañeros de calabozo. Una linda broma digna de ser referida a sus clientes enjabonados y de toalla blanquísima al pescuezo.

Pero, para los otros, Honorio era un ser real, tiernamente nacido y amado entre las sombras de una cárcel. Y ese ser real, ese hijo que había crecido en cuatro pechos privados del sol y de la ternura, acababa de morir.

Aquella noche, la noche de la muerte de Honorio, cuatro hombres sin hijo, metieron de frente la cabeza entre la almohada para ahogar sus viriles ganas de llorar.